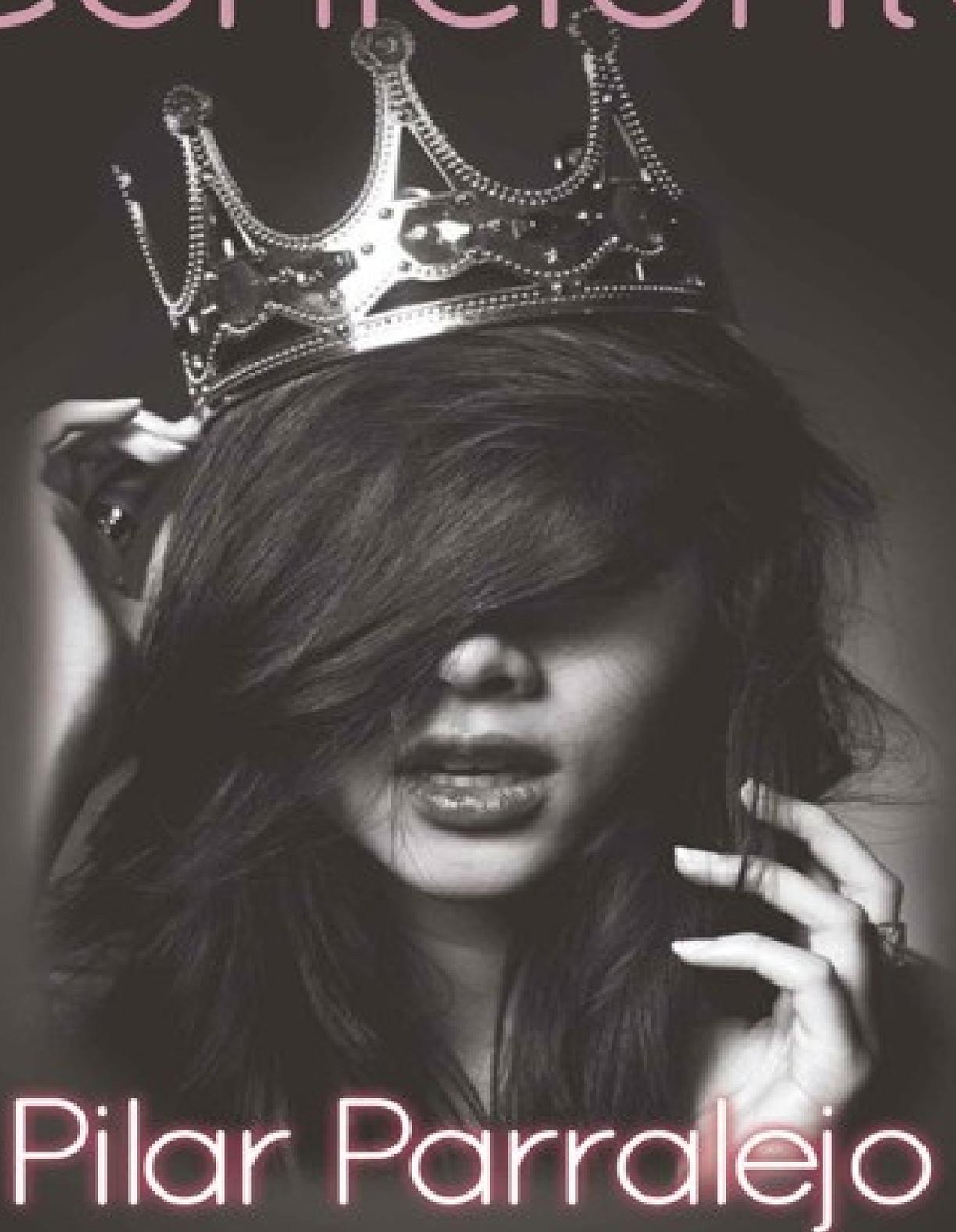


No soy tu  
Cenicicienta



Pilar Parralejo

# No soy tu Cenicienta

## Sinopsis:

¿Quién iba a decirle a Lorraine que escribir una novela le iba a dar tantos quebraderos de cabeza?  
¿Quién iba a decirle a Steven que su vida daría un cambio de trescientos sesenta grados por culpa de una escritora a la que no conocía?

Después de un mini-secuestro en limusina, de un juicio en la que ella es la denunciada, y de un par de enfrentamientos, Lorraine termina aceptando la propuesta más rara e incómoda de su vida: hacerse pasar por novia del rico heredero a causa de su propia novela.

Solo hay tres condiciones: Ni contacto físico, ni reclamaciones y por supuesto no enamorarse el uno del otro.

Título original: No soy tu Cenicienta

Diseño de la cubierta: Ediciones Infinity

Fotografía: Thai Pham

Maquetación: Ediciones Infinity

Primera edición: Junio de 2014

©2014, Pilar Parralejo

ISBN: 978-1500298135

Queda prohibido, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

## Capítulo Uno

Lorraine Gibson nunca pensó que escribir una novela pudiera cambiarle la vida. Empezó con historias sencillas a los quince años, escribiendo sobre romances imposibles entre príncipes y plebeyas, pero al cumplir los veinticuatro los príncipes eran magnates multimillonarios y las plebeyas secretarias pobres pero inteligentes a las que todos menospreciaban. *Pretty Love* no era muy diferente, salvo porque la secretaria no era tal, sino un chico de clase baja que enamoraba al rico heredero con el que tenía sórdidos encuentros en salas oscuras en locales para gays. Al principio pensó en cambiar cuatro detalles para que no fuera una historia demasiado exagerada, pero a Shelby Sheron, su editora, le encantó. «Si no supiera que nunca has estado en uno de esos sitios juraría que los frecuentas asiduamente», le decía cada vez que leía el manuscrito en busca de errores. Y después de un revuelo más grande del que ella misma pensó, se encontraba, al lado de su editora, tras una mesa coquetamente decorada para la ocasión y a punto de empezar con la presentación de su primera novela publicada.

La pequeña sala de la biblioteca estaba repleta, al menos habían setenta u ochenta personas, muchos de ellos chicos jóvenes, lo que le hizo sonreír al suponer que muchos de ellos se veían arrastrados por el morbo del sexo homosexual que describía y otros muchos quizás eran gays y se sentían curiosos por Elizabeth Abbott, el pseudónimo con el que firmaba sus obras desde siempre. Muchos de ellos habían comprado un ejemplar y lo ojeaban mientras ella hablaba sobre su novela.

La verdad es que Lorraine nunca se había interesado en el sexo homosexual, tenía un par de amigos que lo eran y había tenido un par de compañeras de universidad que también eran gays, pero pese a llevarse bien con ellos nunca se interesó en cómo lo hacían o en los rituales previos. Para su libro simplemente había imaginado escenas de lo más morbosas entre un hombre experimentado y un chico que era capaz de todo por un poco de ese dinero que el rico heredero le prometía. El resultado: el éxito.

A todo el mundo parecía atraerle la historia y al terminar la presentación y la ronda de preguntas, muchos se aventuraban a sugerirle escenas con las que decorar la segunda edición, artilugios que podrían usar los protagonistas o incluso hombres nuevos con los que los personajes pudieran interactuar mientras mantenían relaciones en esas salas oscuras de los locales de ambiente que los protagonistas visitaban para sus encuentros. Ella se limitaba a sonreír y a asentir ante las narraciones de los asistentes, incluso recibió decenas de notas con los detalles que le sugerían.

Al fin, Shelby dio por acabada la presentación y minutos después Lorraine salía de la biblioteca por la puerta trasera con dirección a su coqueto apartamento.

Adoraba el lugar donde vivía, lo hacía sola, a pesar de tener un par de hermanas y tres hermanos, a pesar de que sus progenitores fueran dos madres y dos padres. Le había costado mucho poder alquilar ese apartamento de cincuenta metros en Ocean Boulevard por el que pagaba una fortuna cada mes, pero las vistas, la tranquilidad y el confort lo valía.

Caminaba sonriente, segura de sí misma y orgullosa de lo que había logrado en los pocos meses que le llevó escribir su obra. Llevaba un ejemplar de *Pretty Love* pegado a su pecho y lo miraba continuamente, sintiendo como si ese fuera un sueño hecho realidad. Se detuvo en un semáforo, esperando que la luz roja se volviera verde y le diera paso cuando una enorme limusina blanca se detuvo frente a ella. La curiosidad la llevó a fijar la vista en una de las ventanillas largas a través de

las que no se veía absolutamente nada.

Del vehículo descendieron el chofer y el acompañante y, sin mediar palabra la agarraron de los brazos y se acercaron al coche.

Sin saber qué diablos estaba pasando trató de librarse del agarre de los dos hombres. Forcejeó con todas sus fuerzas, incluso el libro que llevaba entre las manos se cayó al suelo tratando de soltarse, pero, lejos de preocuparse por recuperarlo lo que realmente quería era huir. Las personas que la acompañaban en el semáforo no hicieron nada por ayudarla, pese a que pidió ayuda casi a gritos. En poco menos de un minuto estaba dentro de la limusina.

Gritó cuanto pudo, y trató de salir del coche, pero sus manos temblaban tanto que ni siquiera era capaz de subir el botón de seguridad para desbloquear la puerta.

Golpeaba los cristales de las ventanillas con ambas manos cuando en el silencio de esa parte trasera se escuchó un carraspeo masculino. Lorraine buscó instantáneamente al dueño de ese sonido y encontró a un hombre, elegantemente vestido, en la parte opuesta a ella, con la mampara de separación tras él.

—¿Quién eres tú? —Preguntó con un tono de voz suave.

Él no respondió, siguió mirándola con ese aire hostil que le envolvía.

—¿Qué quiere hacerme?

Pero el hombre misterioso permaneció en silencio, con la vista fija en ella.

No pasaron muchos minutos hasta que el coche se detuviera y fue entonces cuando saltaron las alarmas internas de Lorraine. Habían llevado la limusina hasta una playa, donde a un lado quedaba la carretera y al otro lado solo había agua y arena, sin nadie que pudiera ser testigo de lo que fuera que ese tipo pretendiese hacerle.

Cuando la puerta se abrió el hombre silencioso se desplazó por los asientos acercándose a ella. La escritora trató de salir de prisa, pero el chofer seguía ahí.

El hombre agarró con fuerza una de sus muñecas y tiró de ella, saliendo y sacándola del coche, y caminó unos metros hasta detenerse. La soltó justo frente a él, teniéndola de frente.

—¿Qué es lo que me van a hacer? —Estaba a punto de ponerse a llorar para suplicar por su vida—.

Dios mío, me van a matar. Van a violarme, a matarme y a robarme. Me enterrarán en esta playa sin que nadie se entere jamás de lo que me han hecho ... —gimoteaba mirando a su alrededor— Me van a ...

—¿Quiere callarse de una maldita vez? —Habló al fin— No me de ideas porque ganas no me faltan.

—¿Qué quieres de mí? Yo no tengo dinero, aunque por tu forma de vestir o el coche que llevas ... dudo que te haga falta.

—Esto ...

El hombre, un joven de no más de veintiséis años, buscó algo en el bolsillo interno de la americana de su traje y, tan pronto como lo sacó se lo lanzó a la cara. Lorraine lo recibió, evitando que le golpeará.

—Mi libro ... ¿Me has secuestrado para que te lo firme?

—¿Para que me lo firme? Debe estar bromeando. ¿Tiene usted idea de cuánto pienso pedir en compensación por los daños que está ocasionándome con su “novela”, Señorita Abbott?

—Daños ... ¿Puedes ser más explícito?

—Deje de tutearme, no me conoce ni tenemos ese tipo de confianza.

—Vale. Pero tampoco sé cómo debería dirigirme a alguien que me ha secuestrado a plena luz del día y me trae a un lugar como este ...

Ambos permanecieron en silencio un par de minutos, analizándose uno al otro.

El sol empezaba a ponerse y la iluminación amarillenta pero intensa hacía que entrecerrasen los ojos.

Lorraine esperaba que dijera algo, le resultaba atractivo y verlo con esa actitud tan seria e inflexible la ponía aún más nerviosa. Sus ojos azules no se habían apartado de los suyos ni un solo segundo y eso la intimidaba, aunque no fuese a demostrárselo.

—¿Y bien ... ?

—No, bien no. Señorita Abbott, su libro ha puesto mi vida del revés en solo una semana.

—No sé si sentirme halagada u ofendida. ¿Me ha secuestrado para decirme esto ... ?

—No la he secuestrado, sólo la he traído a un lugar retirado donde mis amistades no pudieran vernos ni por accidente.

—Oh ...

—Solamente quería informarle de mi decisión de demandarla por difamación, por publicar un libro basado en mentiras y totalmente inventado.

—¿Difamación dice?

El hombre se acercó a ella de un paso y antes de que ella retrocediera estiró el brazo y le quitó el libro de las manos. Lo sacudió frente a su cara y lo abrió por la página cincuenta y tres.

—Stefan bajó las escaleras sintiéndose excitado con solo pensar en Kirk —leyó, alzando la vista un segundo para mirarla—. Llevó las manos a su cinturón en la más completa oscuridad, mientras se encendía cada vez más imaginando la boca de ese chico alrededor de su erección. Kirk era todo lo que Stefan no había encontrado nunca en una mujer, y las había tenido a montones: la modelo pelirroja, la actriz rubia, la secretaria de caderas anchas y labios sensuales, incluso la última, la científica de ojos negros con la que había llegado a comprometerse.

—¿Qué tiene de malo ese fragmento?

—Me pregunto cuando diablos me ha visto usted acudir a un lugar como el que describe. De dónde ha sacado la información sobre mis ex o cómo sabe sobre mi compromiso, un compromiso que duró sólo unas horas y que no sabía nadie más que Euleen y yo.

—¿Acaso está diciendo que me he basado en usted para el personaje de Stefan?

—Bueno, a las pruebas me remito. Salvo la relación homosexual ... el resto es una descripción total y absolutamente detallada sobre mí.

Lorraine empezó a reír. Aquello no solo parecía la alucinación de un demente sino que rayaba en lo absurdo. Lo miró, secándose la lágrima que se escurría por el rabillo del ojo y después de darle una palmada en el brazo pasó por su lado y siguió caminando por el borde de la carretera ante la mirada sorprendida de ese hombre.

Cuando Steven Logger entró en la limusina dejó ir la sonrisa que había contenido y la maldijo mientras lanzaba el libro contra la mampara que separaba la parte del conductor de la suya.

Nadie, jamás, en toda su vida, le había humillado del modo en que esa chica lo había hecho, y pensaba llegar hasta el final, por muy bonita que la hubiera encontrado, por mucho que le hubiera gustado ese perfume sutil que usaba, o por mucho que le hubieran hipnotizado esos ojos azul oscuro. Iba a denunciarla por libelo y le haría pagar por todo lo que estaba pasándole a causa de ese libro.

## Capítulo Dos

Lorraine miraba embelesada las fotos de un modelo francés, un chico que le serviría de inspiración para su próximo libro. Entre la suave melodía francesa que el equipo de música hacía resonar en su apartamento, se coló el tintineo de su teléfono móvil. Arrastró la silla blanca en la que se sentaba hasta la mesa del salón, donde lo dejaba siempre para no distraerse mirándolo continuamente. Sonrió al ver el teléfono de su editora en la pantalla, y pensó, equívocamente, que era noticias sobre la venta de *Pretty Love*.

—¡Shelby!

—Menos mal que respondes, Lori. Tenemos un serio problema, serio de verdad.

—¿Pasa algo?

—¿Algo? Algo sería decir poco. Tenemos una citación judicial para mañana mismo.

—¿Cómo? —Automáticamente apareció en su mente la imagen de aquel atractivo hombre de ojos azules que la había acusado de difamación semanas atrás.

—Un tal Steven Logger ha interpuesto una demanda por calumnias y alevosía.

—Así que se llama Steven ...

—Lori, ¿Me has oído? ¡Tenemos una denuncia! Por tu libro ...

Lorraine salió de su apartamento con la velocidad de un rayo, dirigiéndose a la oficina de su editora. Shelby debía estar histérica y necesitaba decirle que todo iba a salir bien. Tenía claro lo que debía hacer: disuadirían a ese tipo, aunque no resultase tarea sencilla. Podía demostrar que su novela no estaba inspirada en la vida de nadie y, que no tenía en qué basarse para acusarla de nada que no fuera que le gustase o no su novela.

Sorana, la abogada de la editorial había trabajado rápido para el poco tiempo que tenían y el resto de la tarde la pasaron revisando la denuncia y las pruebas que Steven aportaba para acusarla.

—Tienes que reconocer, Lori, que si es cierto lo que dice, tu obra parece basada en su vida —dijo la abogada.

—No me importa las pruebas que él aporte.

—Pero pueden llevarte a la ruina, y a la editorial también ...

Lorraine se puso en pie y puso las manos sobre la mesa, mirando a su editora y a la jurista.

—Por la forma en la que actuáis da la impresión de que me culpáis ... ¡Me parece genial! Puesto que sé el lugar y la hora nos vemos mañana allí.

—Espera, no te puedes ir así.

—¡Oh sí! Claro que puedo, mirad como lo hago.

Esa era la primera vez que alguien la acusaba de nada, y además también era la primera vez que tenía que enfrentarse a algo de esa magnitud: un juicio, ¡y por difamación!

Caminó a paso ligero, cruzando calles, hasta la playa del faro, un lugar que quedaba bastante retirado de su casa, pero un sitio tranquilo y casi siempre desierto.

Se sentó en la arena, entre los matorrales que crecían por allí y respiró hondo. Eran pocas, muy pocas las veces que se sentía de mal humor, y menos aun cuando estaba enfadada, pero ese día tenía ambas. Saber de ese tipo había crispado sus nervios, y aún más al saber de la denuncia y que las dos personas que se suponía debían defenderla, parecían más acusarla.

Se dejó caer de espaldas sobre la arena y cerró los ojos. El sol calentaba en exceso, se acercaba el verano y a ciertas horas era imposible soportar el calor, aun así, Lorraine no se movió. Disfrutó del sonido de las olas rompiendo en la orilla y de la brisa primaveral que hacía ondear las ramas de la hierba.

Se había concentrado tanto en el sonido del mar y en su respiración que terminó dormida durante varias horas.

Cuando despertó ya empezaba a anochecer y corrió a su apartamento.

La noche pasó despacio. Lorraine no había logrado pegar ojo ni un solo minuto. El simple hecho de encontrarse con ese despreciable hombre y el motivo por el que debía verse con él eran suficiente motivo por el que quisiera huir lejos, pero ella no era esa clase de personas, y menos aún, teniendo la certeza de que él no tenía razón, por mucho que insistiera en que su personaje estaba basado en él. Se arregló frente al espejo.

Había sacado decenas de prendas sin saber cuál era la más adecuada para la ocasión. No quería ir demasiado formal, pero tampoco demasiado informal, de modo que se decantó por vaquero ajustado de los que tanto le gustaban, una blusa de color verde grisáceo y unos zapatos blancos. Alisó su larga melena negra y onduló algunos mechones.

Después de maquillarse ligeramente y de ponerse una chaquetilla de lana blanca que llegaba justo por debajo del trasero salió de casa.

Durante la noche había ido recopilando todos los datos que había ido guardando mientras escribía *Pretty Love*. Los recortes de revistas con fotos de ropa, de modelos, de peinados femeninos. Había impreso el historial de búsquedas de internet, en el que figuraban las fechas en las que lo había hecho. Y, con una caja repleta de papeles, entró en el imponente edificio del juzgado.

Justo al cruzar el arco de seguridad encontró a la abogada y a la editora que la representaban, una visiblemente más nerviosa que la otra, que parecía más disgustada, como si diera por hecho de que ese era un juicio perdido.

—Buenos días.

—¿Buenos días? —Preguntó Shelby al borde de un ataque— ¿Sabes la noche que me has dado? Te llamé medio centenar de veces.

—No lo oí ...

—¿Traes algo para tu defensa?

—Lo traigo todo. Todo en lo que me basé para el personaje de Stefan, todo sobre Kirk, todo sobre ... todos. Además hay una lista de sex shops que visité para que me informaran sobre artilugios ... y la lista de locales de ambiente gay en los que me inspiré para los encuentros de Stefan y Kirk, algunos no son ni del país. Hay incluso un estudio de iridología para saber qué eran las manchas de los ojos de Stefan ...

—Voy a echarles un ojo. Esperad aquí.

Shelby no se acercó a Lorraine, estaba tremendamente molesta con ella por la forma en la que se había ido. Fue a una zona con asientos y esperó allí con un ejemplar de *Pretty Love* entre las manos. Realmente no dudaba de la escritora, había seguido de cerca el progreso del libro y confiaba en ella, pero nunca, en sus quince años de editora, había tenido una demanda, si siquiera una queja. Había tenido opiniones positivas o negativas por los libros que su editorial había publicado, pero nunca una denuncia.

No hizo falta mucho para que Steven y su abogado llegasen al juzgado, ambos elegantemente trajeados.

El aludido no tardó en localizar a Lorraine y dejó ir una sonrisa inconsciente al verla. No podía negar

que era bonita, ni podía negar que era sexy, ni que le gustaban sus ojos o la mirada arisca que había visto en ella le única vez que se encontraron. Se acercaron a ella con intención de saludar, pero tan pronto como la escritora los vio se dio la vuelta para alejarse de ellos. No iba a ser amigable con el tipo que la había acusado de calumnias.

Dentro de la sala donde iba a celebrarse el juicio, Steven miraba continuamente a Lorraine, esperando verla humillada por lo que le había hecho, incluso pensaba que la vería nerviosa, pero parecía tranquila, tan segura de sí misma como cuando se enfrentó a ella muchos días atrás.

—¿Señorita Lorraine Gibson? —preguntó la fiscal, ella asintió.

—Un momento —interrumpió Steven—, ella no se llama así, su nombre es Elizabeth, Elizabeth Abbott.

Había estado tan ofuscado con esa novela, con esa difamación, que ni siquiera pensó que el nombre de la autora pudiera ser un pseudónimo.

La escritora empezó a reír descaradamente, obligando a la fiscal a llamarles la atención.

—Elizabeth es su nombre artístico —murmuró el abogado.

El juicio empezaba mal para él.

Después de mucho exponer, de muchas acusaciones y mucha defensa, llegó la hora de las pruebas. Steven aportó el libro y algunas fotografías.

—Y verá usted, señor juez —dijo acercándose al estrado—, ¿Ve las manchas de mis ojos? —El hombre asintió. Steven cogió el libro frente al juez y buscó en las primeras páginas, donde estaba la descripción detallada del supuesto personaje ficticio— Stefan era atractivo, sus ojos tenían un bonito color turquesa con pequeñas motas plateadas. Parecía un cielo lleno de estrellas. Su piel estaba siempre ligeramente bronceada libre de imperfecciones, salvo la pequeña cicatriz en equis que había en su cintura.

—¿Qué quiere decir con eso?

Steven no dijo nada, aflojó el cinturón de su pantalón y sacó la camisa para mostrar su cintura, donde había una cicatriz exactamente igual que la del libro.

Lorraine lo miraba atónita ¿Podía ser verdad?

Shelby se hacía aire con las manos, como si no pudiera respirar. Miraba de reojo a la escritora queriendo ahogarla con sus propias manos por haber inventado una descripción como aquella, pero pronto llegó el turno de la defensa, y Lorraine no iba a dejar que su abogada tratase de defenderla con unas pruebas que ella misma conocía bien, de modo que se puso en pie y tras pedir permiso para hablar volcó sobre la mesa del juez la pila de papeles.

—Esto, señor, es la imagen de un iris con motas. Como un cielo lleno de estrellas —miró hacia atrás— un buscador de internet me proporcionó esa y otra docena de imágenes más. —Aclaró—. Aquí tenemos a las chicas que me inspiraron para los personajes de las ex. Aquí una encuesta sobre qué cicatrices gustan más a las mujeres y aquí las fotos que mostraron. Señor mío, el resultado de esa encuesta es el que usé en Stefan. Tengo pruebas de todo, hasta de los cambios que realicé al original Stefan a medida que avanzaba en la historia.

—Está bien. Puede sentarse. —El juez hizo una pausa mirando aquellas fotos y alzó la vista para mirarles— Por favor, esperen fuera unos minutos para que deliberemos.

Steven estaba seguro de que iba a ganar el juicio, había demostrado demasiadas cosas como para que ella saliera indemne.

No necesitaba su dinero, él era bastante rico, y lo sería aún más cuando tomase posesión de la herencia

que su padre iba a dejarles a él y a su hermano mayor. Lo que realmente quería era verla tan humillada como se había sentido él cuando las chicas con las que salía le llamaron para mostrarle su disgusto por ser gay, la humillación por ver a su padre llamándolo de todo o la humillación que sintió cuando su hermano le dijo que un desviado no tenía derecho a ser su hermano. Sus amigos bromearon con ello y en pocos días, algo que no tenía nada que ver con él, causó que se viera extrañamente solo en ese círculo de confianza en el que ellos parecían saber sobre su sexualidad más que él mismo.

Una hora después salían del juzgado. Lorraine iba completamente seria mientras que Steven sonreía de un modo extraño.

—Señorita Gibson —saludó el abogado de la acusación—. Enhorabuena.

—Gracias. Lamento que no hayan podido salirse con la suya.

Shelby empezó a reír por la respuesta de la escritora y Steven se acercó a ellas, tendiendo la mano a la editora como un saludo.

—Siento que tenga que lidiar con alguien como la señorita Gibson —le dijo, mirando a la escritora de reojo.

—Es un amor, aunque con este tema haya tenido unos días grises.

—Permítame dudarle. Señora Deepson —miró a la abogada—. Tengan las dos un buen día.

Sin mirar a la culpable de sus pésimos días, golpeó el brazo de su abogado y bajaron las escaleras con dirección a la limusina en la que aguardaba el chofer.

## Capítulo Tres

Días después del juicio Lorraine había decidido tomarse un pequeño descanso, un par de semanas en algún lugar, no muy lejano, que se llevase toda la tensión por la que había pasado ese día y que aún la afligía.

Reela, una lectora y amiga desde hacía un par de años, llevaba una inmobiliaria, ella era quien le había conseguido el apartamento en el que vivía. Media hora después de su llamada le informó sobre una casita en la playa. Un lugar apartado de la civilización, barato y tranquilo, pero el único inconveniente era que no podía pensarlo demasiado, mucha gente trataba de alquilar esa casa y si ella decía que no, no podría repensarlo.

Solo iba a estar un par de semanas, por lo que cogió poca ropa.

Esos días iba a dedicarlos a pasear, a inventar personajes nuevos y a relajarse. Ni siquiera iba a llevar su móvil.

Detuvo el coche en el camino que llegaba hasta la casita y se bajó de él, mirando hacia la playa, hacia la inmensidad del océano, hacia el horizonte. Si había algo que amaba sobre todas las cosas era el mar, el olor a salitre, el sonido de las olas y el tacto de la arena en sus pies descalzos. Adoraba acercarse a la orilla en días grises y sentir el aire frío golpeando su piel, quizás incluso ver los rayos de tormenta aproximándose por el horizonte.

Tomó aire con fuerza y entró en la casita. Estaba decorada en blanco y gris y olía a madera, como si hiciera poco hubieran cambiado los suelos o como si estuviera recién amueblada. Todo parecía mucho más espacioso que lo que podía apreciarse por fuera.

Dejó las maletas en la entrada y fue a la cocina para comprobar que la nevera estuviera limpia y cuanto espacio había para guardar comida y, minutos después estaba en la carretera, en busca de un supermercado en el que hacer la compra para esos días.

La primera semana pasó mucho más que deprisa, desconectar de todo sentaba mejor que bien y le había ayudado no solo a descansar sino a rellenar decenas de folios con datos detallados de los personajes de la novela que había empezado antes del juicio.

La segunda semana pasó aún más deprisa. A pesar de haber tomado esas mini vacaciones totalmente sola y haber estado aislada de todo, las horas se iban en un abrir y cerrar de ojos y antes de lo que deseó, estaba de vuelta a casa, donde le esperaban cientos de emails, decenas de cartas y paquetes y las llamadas de su editora con novedades sobre el libro.

No hacía ni veinticuatro horas que había vuelto de su aislamiento cuando empezó a sentirse agobiada. Adoraba su trabajo de escritora pero le estresaba todo lo que había después, entrevistas que responder, emails de personas a las que le habían gustado su libro y le agradecían por el buen rato que les habían hecho pasar con él ...

No hacía ni veinticuatro horas de su regreso y ya pedía a gritos unas nuevas vacaciones.

Pasaba del medio día y llegaba la hora de la comida cuando alguien llamó a su puerta. Eran toques fuertes y escandalosos. Pensó que sería el chico de la recepción de su edificio, supuso que había recogido el correo y se lo subía para que no tuviera que bajar ella, como era costumbre en él y abrió la puerta sin pensar lo que se encontraría tras ella.

—¿Steven! —Exclamó sorprendida— ¿Puedo saber qué haces aquí? ¿De dónde has sacado mi dirección?

El muchacho la miró de arriba abajo. Vestía mucho más sencilla de lo que pensó: unas mallas hasta las rodillas de color negro y una camiseta blanca muy escotada y de tela fina y suelta.

—Venía en la denuncia, junto a tus datos —respondió lánguidamente.

—No sé qué quieres pero no quiero que pienses siquiera en volver a venir. Yo no tengo nada que hablar contigo.

—Me da igual, Lorraine —dijo su nombre como si le hubiera mentido en ello— Tienes que ayudarme.

La muchacha lo miró con incredulidad, la llevaba a juicio y ahora le pedía ayuda como si tal cosa.

Cruzó los brazos sobre el pecho y permaneció en silencio, mirando las escaleras, invitándole con su actitud a que se marchase, lo que él ignoró por completo.

—Necesito que me ayudes —repitió, con un tono infinitesimalmente más suave.

—No veo en lo que deba ayudarte, Steven. Así que, si me disculpas por la grosería...

Llevó las manos a su pecho y le empujó hacia atrás para poder cerrar la puerta y dejarle fuera, pero él actuó deprisa, la agarró por los brazos y girando como si bailasen la dejó a ella en el punto en el que estaba él y se adentró en el apartamento.

Lorraine llevó las manos a su cintura y vio como ese sexy pero indeseable hombre se comportaba como si estuviera en su casa.

Cerró la puerta y caminó tras él hasta el salón, dónde Steven curioseaba sin intención alguna de disimular.

—Necesito que te hagas pasar por mi novia. —Lorraine sintió como si esas palabras hubieran llegado a ella como una fría ventolera de invierno, y se encogió cuando un escalofrío recorrió su espina dorsal

—. Tu famoso libro ha causado estragos entre mis amistades y mi familia, y necesito que me ayudes con ello.

—El libro no está basado en ti —repitió como en tantas otras ocasiones.

—Aunque el juez te diera la razón sigo pensando que tu protagonista gay soy yo.

—Bueno, Steven, si te empeñas, puedes pensar lo que tú quieras. No me importa. Pero...

—Me lo debes, por poner mi vida patas arriba.

Lorraine se acercó a él con paso firme y lo agarró del brazo para llevarlo a la salida, pero él se detuvo.

Era más alto que ella, e inevitablemente, también era más fuerte. Aunque hubiera querido, si él no le dejaba, tampoco podría sacarlo de allí con facilidad.

—Puedo pagarte, si es lo que quieres.

—No. Gracias pero no. Lo que quiero es que te largues de mi apartamento. Si necesitas una novia puedes pedir a alguna de tus amigas que lo haga, o contratar a alguien.

—Mis amistades creen que soy gay, y las chicas con las que solía salir ni siquiera me dirigen la palabra. ¡Vamos! Apuesto a que debajo de esa coraza de chica dura hay un corazón. ¿Crees que habría venido hasta aquí si tuviera otra alternativa?

Aquella fue la gota que colmó el vaso. ¿Se rebajaba a pedirle algo como aquello porque no tenía más opciones? Siguió empujando hasta sacarlo por completo y, antes de que articulase una sola palabra más cerró la puerta con un sonoro golpe.

Hacía más de una hora que lo había sacado de allí y seguía con la sensación de que andaba cerca, así que se vistió con intención de salir. Pasearía por la playa hasta que anocheciera y luego, cuando tuviera la certeza de que aquel tipo se había esfumado, volvería a su apartamento.

Al bajar el escalón que separaba el vestíbulo de su edificio de la calle lo encontró de frente, apoyado

en el capó de un coche blanco aparentemente afligido. Steven era realmente atractivo, ya se había dado cuenta de ello la primera vez que lo vio, y cuanto más lo veía más le gustaba, incluso por un momento dudó en acercarse y aceptar su petición, pero luego recordó la demanda, el juicio y sus modales, y se giró para empezar a caminar y alejarse de allí como si no lo conociera, como si no tuviera nada que ver con ella.

Llegó al faro al que solía ir y se sentó entre los matorrales donde se había dormido la vez anterior. Por más que trataba era incapaz de sacar a ese chico de sus pensamientos, sus ojos, su voz, ese aroma masculino que flotaba a su alrededor.

Steven no era un chico de fingir nada, nunca había tenido que hacerlo. Había salido con las chicas que había querido, había comprado lo que le apetecía y había actuado como le había dado la gana hasta la publicación de ese libro que le traía de cabeza y ahora necesitaba que todos supieran que él no era el protagonista *Pretty Love*, por muchas similitudes que hubiera con el personaje de Elizabeth Abbott. Llamó a una docena de chicas con las que salía asiduamente pero, las que aún le dirigían la palabra fingían tener cosas mejores que hacer que salir con un guapo millonario.

Pensar en Lorraine fue la última de sus alternativas. Después de debatirse entre dejar que creyeran lo que quisieran con respecto a su orientación sexual y hacer que ella, que le había perjudicado como lo había hecho, pagase haciéndose pasar por su novia, le pareció la mejor aunque más descabellada opción.

Al subir al coche tenía más que claro lo que le iba a decir, pero a medida que se acercaba a su destino más se arrepentía de su propia decisión, y al tenerla de frente deseó por un momento que aceptase sin miramientos.

Cuando lo sacó de su apartamento pensó en llamar hasta que se cayera la puerta, pero bajó sin más. Esperó mucho, mucho rato mientras buscaba las palabras adecuadas, era evidente que ella necesitaba otro tipo de argumentos, otro tipo de ataques, pero lo único que lograba era repetir en su imaginación la escena de ella abriendo la puerta y mirándolo como al enemigo que era.

Marcharse y no insistir era la opción más acertada, pero en ese momento la vio salir.

Ella caminaba a paso rápido pero no lo suficiente como para que no pudiera seguirle con sus largas zancadas.

La siguió hasta un faro, un tanto retirado de donde vivía. Lo poco, o muy poco que conocía de ella le decía que no era como pensaba. Las chicas con actitudes fuertes nunca buscarían lugares tan bohemios.

Cuando la vio sentarse en la arena, entre matorrales, no pudo más que imitarla. Se acomodó a su lado y estiró las piernas, apoyando sus manos detrás.

—¿Qué ... qué haces aquí?

—¿Sabes? La cicatriz de mi cintura me la hizo mi hermano, buceando. Estábamos con el yate en un arrecife cerca de las maldivas, y mi padre nos pidió que fuéramos a pescar. El que llevase el pez más grande obtendría una parte más grande de la herencia.

—¿Por qué me cuentas eso?

—Resulta que yo solo tenía diez años, y mi hermano con diecinueve ya era un tipo despiadado. Yo llevaba una lanza pequeña, algo bastante inofensivo, pero mi hermano llevaba un arpón.

Lorraine frunció el ceño al imaginar lo que iba a decirle.

—Buceaba detrás de un pez que a mí me pareció enorme cuando de pronto lo vi disparando la flecha. Luego todo se volvió oscuro.

—¿Y qué pasó? —Preguntó curiosa.

—Morí y me convertí en un personaje de ficción ... —sonrió.

—Idiota ...

Se puso en pie tratando de ocultar una sonrisa y empezó a caminar, pero Steven siguió hablando.

—La flecha atravesó el hígado y el intestino y pasé un mes en coma. Lo más gracioso es que mi padre consideró que el pez que había pescado mi hermano era lo suficientemente grande como para darle dos tercios de la herencia.

Ambos permanecieron en silencio unos minutos. Él con la vista fija en el horizonte y ella sin poder apartar los ojos de él.

—El resto de la herencia puedo perderla a causa de tu libro ...

—¿Tan grave sería si realmente fueras gay? Porque eso es lo que más te preocupa, ¿no?

—A mí no. Aunque lo fuera, creo que mi sexualidad solo me concierne a mí. Pero todo mi entorno parece más preocupado en ello que yo. Por eso te he pedido que me ayudes. Todo lo que me está pasando es por tu libro.

Lorraine volvió a sentarse a su lado, pensando qué hacer. Fingir que salía con él no tenía por qué ser tan malo, aunque no soportase esa actitud de un rato atrás, después de que él le contase lo de su cicatriz no le pareció alguien tan malo, no por la historia sino por la forma en la que lo había hecho.

—¿Y qué se supone que tendría que hacer exactamente? —Preguntó sin mirarle.

—No gran cosa. Dejar que te visite un par de veces, salir, quizás, a tomar un café, a comer otras dos o tres veces y creo que con eso bastará. Solo necesito que nos vean juntos, que crean que salimos.

—¿Puedo pensarlo? —Steven la miró y sonrió. Al fin y al cabo ella no era tan despiadada como había pensado.

## CAPÍTULO CUATRO

Caminaron en silencio, uno al lado del otro, de vuelta al apartamento de la escritora, donde él tenía el coche aparcado.

Steven la miraba de reojo mientras lo hacían. Era más alta de lo que pensaba. Pese a haberla tenido de frente en más de una ocasión no había reparado en su altura. Le gustaba como le caía el pelo por la espalda, aun llevándolo atado en una coleta.

—Si aceptase fingir ser tu novia ... Tendremos que establecer un par de normas.

—Vamos Lorraine, ¿Con tus novios has establecido normas?

—No, pero tú no serás mi novio. Solo fingiremos ¿No?

—Relájate, tú tampoco me gustas. No te pediré que te acuestes conmigo si es lo que te preocupa. Se detuvieron al llegar a la entrada del edificio de la escritora y se quedaron mirándose uno frente al otro. El heredero llevó la mano a la de ella y le quitó el teléfono móvil para apuntar su número.

—Te doy el tiempo que necesites para pensarlo. No te molestaré hasta entonces. Cuando lo hayas decidido sólo envíame un mensaje. Estableceremos las normas después. ¿Te parece bien?

—Si.

El chico cruzó la acera y subió en su coche.

Lorraine se sorprendió de que no hubiera ido vestido de traje como las dos veces que lo había visto anteriormente, y de que no hubiera ido en Limusina sino en un coche un poco más normal.

Cuando arrancó el motor y la miró para guiñarle un ojo sintió como un cosquilleo en el estómago.

¿Qué estaba haciendo? ¿Realmente se planteaba ayudar a alguien que la había llevado a juicio?

Subió a su apartamento a pie, negando con la cabeza por la locura que había pensado.

Pasaba de la media noche, Lorraine seguía sentada en el sofá, reclinada en el respaldo con las piernas cruzadas sobre el asiento. Manoseaba el móvil pensando en escribir a Steven y decirle que lo sentía. Miró al frente, en la estantería donde tenía decenas de libros y fijó la vista en la cubierta de *Pretty Love*. La editorial había hecho un estupendo trabajo con ese libro. La cubierta era negra, exenta de fotos o ilustraciones, y simulaba la textura de un sofá de piel, con sus botones hundidos y todo. Las letras eran blancas y rosas. Solo con verlo inspiraba pasión, amor. Se acercó para cogerlo sólo para volver a su sitio después. No entendía como inventar una historia así podía complicarle la vida de esa forma.

—¿Si?

—Soy yo, Steven. Lorraine ... —hizo una pausa corta— ¿Dormías?

—No ... Últimamente me cuesta un poco conciliar el sueño.

—Lo haré. Lo que me pediste. Lo haré.

El silencio se hizo intenso pero cómodo entre los dos.

—Gracias.

—¿Nos ... nos vemos mañana? —él asintió con un sonido nasal— Vale. Buenas noches, Steven.

—Buenas noches, Lorraine.

Aquella había sido la llamada más extraña que había hecho antes y aun después de cortar la comunicación se sentía nerviosa.

La voz de ese chico sonaba muy diferente por teléfono, más grave, más seria, pero aun así tan sensual como oírla directamente de sus labios.

Después de marcharse a casa no pensó que ella aceptase. Parecía demasiado íntegra, demasiado moral

como para aceptar fingir lo que no era. Había grabado su número en su teléfono, pero dio por hecho que ella no le llamaría, al menos no para darle una respuesta que le beneficiase.

Cuando el teléfono empezó a sonar creyó que sería alguno de sus amigos, alguien que llamaba para reírse por lo del libro, pero al oírla a ella le invadió cierta emoción.

Al cortar la llamada no creía que fuera cierto, estaba dispuesta ayudarle.

Terminaba de salir el café de la cafetera y Lorraine iba a la cocina a por su taza de cristal y brillantes cuando sonó la puerta. Se detuvo en el pasillo, mirando hacia la entrada, pensando en quien podría ser. Al abrir se encontró con su ahora novio falso.

—Buenos días.

—¡Steven! No te esperaba ...

—Lo imagino. ¿Es muy temprano? ¿Interrumpo algo? —preguntó, mirando por encima de su hombro.

—No. Iba a desayunar antes de mirar el correo ... ¿Has desayunado? —él asintió.

—No te preocupes, no voy a molestarte más de lo necesario. Vengo para que establezcamos esas normas de las que hablabas ayer.

Lorraine se apartó de la puerta, indicándole que pasase. Era tan extraño tenerlo ahí y que fuera por voluntad propia en lugar de una imposición, tenerlo ahí después de lo que había pasado y después de haber pensado que él era un tipo odioso, pero aún era más extraño pensar que su relación de odio estaba convirtiéndose en una falsa relación romántica ... Del odio al amor solo hay un paso.

Steven parecía tenso, nervioso. Al contrario que el día anterior vestía de traje, como si fuera por negocios en lugar de por una relación amorosa, aunque esta fuera falsa.

La escritora se sentó en el sofá con las piernas cruzadas, esperando que él se sentase y dio un sorbo de café.

—Es una bonita taza ...

—¡Gracias! —dijo mirándola—. A mí también me gusta.

El silencio se instaló entre ellos sin que supieran como romper el hielo.

—Había pensado en hacer una cena esta noche —dijo de pronto—, invitar a mi editora, a uno de mis hermanos que está en la ciudad hoy y no sé ...

—¿Insinúas que vas a hacer publica nuestra relación falsa?

—¡No! Les diremos que hablamos después del juicio y que te invito a cenar como pago por las molestias, así no sospecharán nada. Porque ... ellos no tienen por qué enterarse de nuestro pequeño negocio, ¿Verdad? —Él negó— Entonces hecho. Esta noche cenas aquí —sonrió.

—¿Y las normas?

—Las normas son sencillas. No tenemos relación alguna, por lo que no habrá intimidades entre nosotros. No tenemos relación alguna, por lo que no hay que dar explicaciones ni exigir las. En todos los eventos a los que quieras ir, fingiré como quieras que lo haga, sin posibilidades de que nos reclamemos nada después. Pero sobre todo, y esto es muy, muy importante, no podemos enamorarnos uno del otro —Steven sonrió con esa parte— yo no soy mujer para ti y tú no eres hombre para mí. ¿Te parecen exageradas? —Él negó— Espera, hice un contrato ayer ...

Lorraine buscó en una pila de papeles que había sobre la mesa y le ofreció el documento que había rellenado con todo lo que acababa de decirle.

El heredero leyó los puntos con las explicaciones que había detallada al lado de cada cláusula y después de firmar las dos copias, guardó una perfectamente doblada en el bolsillo interno de la americana.

—Entonces me marchó. ¿Nos vemos esta noche? —Lorraine sonrió en respuesta.

El cielo de esa tarde había sido oscuro, y a la hora de la cena había empezado a chispear. En el salón de su pequeño apartamento no había espacio para demasiada gente, aun así, eran más de siete personas, Shelby, su novio, seis años menor que ella, su hermano, su hermana, las parejas de éstos y ella, y aún faltaba su falso novio.

Ya todo estaba servido en la mesa, y Lorraine pensó que Steven se habría arrepentido y no iría, pero sonó el timbre.

Corrió por el pasillo hasta la entrada y abrió con una sonrisa.

—Pensaba que no vendrías ...

—Nos desviamos para comprar algo. No podía venir con las manos vacías ...

Alzó la mano en la que portaba una caja alargada y se la ofreció. Llevaba una botella de vino de más de mil dólares.

—Dios mío, ¿Has comprado una botella de *Screaming Eagle* para cenar en mi casa? —Él asintió—  
¡Qué desperdicio de dinero...!

Le ayudó a quitarse la americana para colgarla en el armario mientras él miraba hacia el salón.

—Hay algo que he de decirte antes de que entres . Hay más personas de las que pensé ...

—No importa ... ¿Están todos al tanto de la denuncia? —Ella negó— Entonces creerán que soy tu novio.

—No pasa nada, puedo aclararlo después.

En el salón todos se quedaron sorprendidos por la visita. Shelby no creía lo que estaban viendo sus ojos. Miró a Lorraine totalmente descolocada, preguntándole con la mirada qué significaba que el guapo millonario apareciera en su casa después de lo que habían pasado con la denuncia, pero ella respondió gesticulando, sin hablar, que se lo contaría más tarde. Los hermanos y cuñados no tenían no idea sobre un novio, y menos aún sobre uno tan peripuesto. Lo único que ella explicó era que no sacasen conclusiones absurdas ya que él solo era un amigo.

Y, después de las presentaciones sirvió la comida.

Al probar el primer bocado miró a Lorraine con expresión de sorpresa. Supuso que sabía cocinar, vivía sola y debía alimentarse, pero por alguna razón no esperó ese sabor, delicioso, intenso, inolvidable.

Miró su plato analizando la presentación. Ésta no era como en un restaurante, con todo exquisitamente ordenado, a pesar de ello eran platos hechos con amor, y se notaba.

Se llevó un nuevo pedazo a la boca pensando que eso era lo más delicioso que había probado nunca.

Quizás, por minúscula que fuera, cabía la posibilidad de que Lorraine fuera mucho mejor de lo que él pensó cuando la vio por primera vez.

## CAPÍTULO CINCO

La cena transcurría mucho más divertida de lo que ninguno hubiera imaginado. Flynn, el hermano de Lorraine empezó a contar a todos ellos lo que ésta hacía de pequeña, una vez que pinchó, con una piedra puntiaguda, las colchonetas de playa de sus hermanos porque la suya se había roto, o una vez que salvó a un perro de ser atropellado y fue ella quien se llevó la peor parte cuando el perro se giró para morderla. Erin, la hermana de ambos bromeó con el primer novio de Lorraine, un chico con unas gruesas gafas que veía poco y mal y se lanzó a besar a su madre pensando que era ella ... Steven la miraba de vez en cuando con una sonrisa. Nunca había tenido una comida o una cena como esa, con bromas en la mesa, con recuerdos graciosos. Su padre siempre había estado más interesado en sus negocios que en su familia y su madre tampoco era una persona muy familiar, solo le preocupaban los lujos y las apariencias. Y luego estaba Liam, su hermano, nueve años mayor que él y más despiadado aun que su padre. Las únicas personas con las que había tenido comidas amenas y entretenidas habían sido sus novias y las familias de éstas, y nunca le trataron como a un igual sino como alguien respetable con el que había que fingir.

Después tan agradable cena se marcharon sus hermanos con sus parejas, dejando solos a Shelby y su novio y a ellos dos. Por lo que decidieron poner una película y terminar esa velada de forma agradable.

Las escenas románticas hacían que la editora y su novio se acomodasen uno en brazos del otro, se besasen o se mirasen de forma cariñosa, en cambio no tenían efecto alguno en ellos y permanecieron en sus sitios sin dirigirse siquiera una mirada.

Algo después de la medianoche, lo que por la tarde fue una lluvia suave, se había convertido en una espantosa lluvia torrencial. El novio de la editora vivía a escasas manzanas de allí, de modo que, a pesar del diluvio se marcharon, dejándolos solos y tan incómodos como esa misma mañana.

—Voy a llamar a Michael para que venga a por mí.

—Vamos Steven, llueve a mares y a esta hora debe estar durmiendo.

—Bueno, su trabajo consiste en llevarme donde necesite a la hora que necesite, y ahora necesito ir a casa.

—Pues espera, no le lloves, yo te llevo.

—¿Tu? ¿Estás loca?

—Bueno, eso o te quedas a dormir aquí... El sofá es extensible, se convierte en cama.

El muchacho la miró como si estuviera completamente chiflada. El sofá era tremendamente cómodo, había pasado más de una hora sentado ahí, pero no podía quedarse a dormir, no por el apartamento, ni por el sofá, sino por la compañía, por ella.

En vista de que su falso novio no decía nada en respuesta, ella decidió por él. Fue al armario y de él sacó una manta fina, un par de sábanas y una almohada.

Al llegar donde estaba Steven le empujó suavemente para que se hiciera a un lado y soltó la ropa sobre la cama improvisada.

—Yo no...

—Supongo que el rico heredero nunca ha dormido en un sofá, pero no te preocupes, tu duermes en mi cama —sonrió— Ya sabes dónde está.

—Lori...

—Oh, un pijama, claro...

Antes de que se negase volvió al armario. Las noches eran cálidas y su ropa de cama era más que

confortable de modo que le sacaría uno de los pijamas finos. Ella dormía en ropa interior así que la prenda iba a estrenarla él.

—Mejor me voy andando, ya encontraré un taxi —dijo. Sorprendiéndola por la espalda.

Ella se giró de pronto. El pasillo no era muy ancho y al darse la vuelta quedaron uno frente al otro, a pocos centímetros.

Durante toda la cena habían tratado de no tocarse, de no rozarse siquiera, ambos trataban de fingir, pero ninguno quería que fuera lo contrario. Él sólo quería usarla para demostrar a todos que él no era el personaje del libro, que no era gay y que su novia era esa hermosa joven. Ella no quería enamorarse de un niño rico, alguien que podía tener a quien quisiera cuando quisiera y pisotearla después como si fuera una colilla.

Lorraine alzó la mirada, encontrándose con esos ojos estrellados que tanto le gustaban. Bajó sin querer la mirada a sus labios y entonces él empezó a acercarse, o ... ¿Quizás era ella la que se acercaba?

Cuando su falsa novia se dio la vuelta no esperó el hormigueo que empezó a recorrer su estómago. Sus ojos azul profundo se fijaron en los suyos, pero cuando ella bajó la mirada hasta su boca sintió cuanto quería besarla.

Ambos permanecieron en silencio unos segundos mientras acortaban la distancia lentamente, pero tan pronto como se dieron cuenta de que iban a besarse se apartaron.

—El pijama está nuevo. Puedes cambiarte en el baño, si quieres, aunque no miraré —dijo corriendo al salón.

—Lorraine. —Ella lo miró—. Me voy. No puedo dormir aquí.

—No, no te vas. Está diluviando. Te quedas aquí. Sé que mi casa no es tan cómoda para ti como tú mansión, pero haz el esfuerzo. Además, querías que pensarán que somos novios, ¿No? Te quedas, no hay más que decir.

Sin dejar que articulase una sola palabra más empezó a preparar la que sería su cama esa noche.

Después de mirarla durante unos minutos se acercó a ella y tomó el pijama que le había sacado, se metió en el baño y se cambió después de una ducha.

La cama de Lorraine era cómoda, tan cómoda como su propia cama y las sábanas olían a ese perfume al que olía desde la primera vez que la vio, ese olor dulce a vainilla, a natillas, a ella.

Hundió la cara en la almohada y aspiró con fuerza ese aroma, dejando salir el aire con un suspiro. La noche prometía ser larga e incómoda.

Cuando llegó la mañana y empezó a sonar su teléfono en la mesita de noche, Steven abrió los ojos sorprendido. Había dormido toda la noche de un tirón. Ni siquiera miró de quien era la llamada, salió de la cama, desperezándose y bajó para ir al aseo y vestirse.

Aunque no quisiera era imposible no verla, para ir al baño había que cruzar el salón y ella dormía allí. Lorraine estaba boca abajo y medio destapada. No llevaba pijama, solo diminuta ropa interior: un sujetador negro y un tanga a juego que dejaba todo su trasero al aire. Se sintió inquieto al verla. Había visto amanecer a muchas chicas ligeras de ropa, incluso sin ella, pero con todas había mantenido relaciones sexuales, con Lorraine no era así y tampoco lo sería, aun así no podía evitar sentirse excitado. Antes de ir al lavabo se quitó la parte de arriba y la cubrió con eso para no caer en una tentación prohibida y para no despertarla al arroparla con el edredón que se arrugaba entre sus piernas. Una vez vestido se marchó.

El sonido de un mensaje la despertó sobresaltada. Miró a su alrededor desubicada, sin entender por

qué estaba en el sofá en lugar de en su cama, pero al mirar hacia las escaleras que separaban su dormitorio del salón recordó a su falso novio.

Sobre el respaldo de la silla había dejado su ropa y, con cuidado de que no le viera si se asomaba, se vistió. Sin hacer ruido recogió la cama improvisada y subió despacio para ver si dormía, pero se sintió estúpida al ver que la cama estaba vacía. Probablemente estuvo pendiente de que se durmiera y se marchó cuando lo hizo. Ni siquiera había reparado en que había guardado le parte superior del pijama que Steven había usado esa noche.

Estirando la colcha de su cama encontró, entre las sábanas, la pulsera con la que Steven había llegado esa noche. La guardó en la mesilla de noche pensando si devolvérsela o si dejar que creyera que la había perdido como castigo por haberse ido sin decirle nada.

De pronto sonó la puerta y sin dudarle ni un segundo corrió creyendo que era él. Al abrir estaba el recepcionista con una sola rosa blanca.

—Ese chico que la visita la ha dejado en recepción para usted. —Sonrió mientras le entregaba la rosa—. Antes de marcharse de nuevo me pidió que le dijera que sentía haberse ido sin más, pero que parecía cómoda y no quería despertarla.

—Gracias Rudy —sonrió.

—Su novio es muy guapo.

El recepcionista la había visto entrar y salir miles de veces en el tiempo que llevaba viviendo en ese apartamento. La había visto entrar con amigas, con sus hermanos o hermanas, pero nunca con un chico y al verlo las dos veces que le había visto supo rápido que entre ellos había algo.

—Sí, sí o es ... —sonrió.

Aunque no fuera su novio de verdad le halagaba que los demás creyesen que era atractivo.

Pese al enfado matutino temporal, ese día prometía estar lleno de inspiración con el que escribiría en su nueva novela.

Miraba la foto del modelo francés tratando de imaginarlo con su protagonista femenina, pero era imposible visualizar sus ojos, o imaginar un tono de voz, o el tacto de unos brazos que no fueran los de Steven. Aunque le agradaba la idea de tener tan presente la apariencia de un hombre, le incomodaba pensar en él, básicamente porque la imagen de sus ojos le llevaba, inevitablemente al recuerdo de sus labios, y éste al del momento en el que quiso besarle la noche anterior.

## CAPÍTULO SEIS

Pasaron unos días sin verse, sin que ninguno de los dos pudiera quitarse de la cabeza ese casi beso se hubieran dado de no entrar en razón en el momento propicio. Pasaron días buscando la manera de llamarse simplemente para escuchar sus voces, pero a su vez los dos trataban de convencerse de que así era mejor, total, después de un tiempo ni siquiera recordarían sus nombres o sus caras, esa era una relación falsa, exenta de amor mutuo o de sentimientos.

Berg Logger, el tío de Steven, tenía unos asuntos que arreglar en la ciudad. Normalmente iba y venía sin llamar a su familia, pero también había llegado a sus oídos el tema de la homosexualidad de Steven, y esta vez no iba a dejarlo pasar. Citó a su hermano y a su sobrino en la cafetería del hotel donde solía tener sus reuniones de empresa y haría entrar en razón a Steven. Nadie en esa familia había salido desviado, y él no iba a ser el primero, aunque tuviera que darle los golpes que seguramente no le había dado su padre.

Steven pensó como llevar a Lorraine, necesitaba desmentir aquellas habladurías. Aquel no iba a ser un desayuno agradable, sobre todo porque conocía el temperamento de Berg.

Dio vueltas por el salón, buscando como quedar con ella. La hora de la cita se acercaba y aún no sabía con qué excusa llamarla.

—¡Steven! —Exclamó ella tan pronto como descolgó el teléfono.

—¿Tienes tiempo para vernos hoy? Necesito empezar a usar nuestro trato.

Lorraine miró el reloj tratando de recordar si la cita con su editora era ese día o al siguiente.

—Sí, tengo tiempo. ¿Dónde quieres que nos veamos?

—¿Te parece si paso a buscarte en... media hora? —Ella asintió con un sonido nasal.

Puntual como un reloj Steven llamaba a la puerta del apartamento y Lorraine corrió para abrirle. Tan pronto como lo encontró de frente, sintió como se le aceleraba el corazón, sonrió disimulando sus propios nervios y se apartó de la entrada para hacerle pasar.

El muchacho desvió, sin querer, la mirada al trasero ahora vestido de Lorraine y sonrió al recordarla durmiendo de aquella guisa días atrás.

—¿De qué te ríes?

—De nada ... —la muchacha le miró con el ceño fruncido en una expresión graciosa— Vale. Pensaba que no deberías dormir desnuda con un hombre, que no es tu novio, bajo el mismo techo.

—Bueno ... resulta que ... ¿Cómo que desnuda? —Se interrumpió a sí misma— Acaso ...

—¡No! No pienses mal ... —alzó las manos en son de paz— Cuando me levanté para vestirme estabas totalmente destapada. Aunque tratase de no ver nada ...

La muchacha se ruborizó al imaginarlo al lado del sofá mirándola mientras ella dormía.

Al cerrar la puerta del apartamento, Steven fue derecho al salón mientras ella corría para terminar de arreglarse el pelo.

Mientras esperaba a que ella terminase, miró hacia el escritorio y sonrió al ver que tenía, en un pequeño jarroncito, la rosa que le había dejado con el recepcionista.

—¿Te gustan las flores? —preguntó al aire, sabiendo que le escucharía desde el baño.

—No especialmente. Les quitan la vida para que las usemos en decorar algo que podríamos adornar con otra cosa, pero me encantó el detalle.

—Tienes un punto de vista interesante.

—Ya estoy. ¿Vamos? —Steven se puso en pie y ella siguió hablando— Me gustan las flores, pero en el campo, en una maceta, no cortadas. Es igual con los pájaros ¿Te gustan los pájaros, pero les quitas la libertad encerrándolos en una cárcel hasta que mueran?

El muchacho empezó a reír con aquella afirmación. Tenía razón, él también pensaba igual, pero no esperaba que ella lo dijera con aquella sinceridad, de forma tan directa.

Subieron en el coche blanco de Steven para ir dondequiera que fueran, ya que no le había especificado dónde iban.

Lorraine lo miraba de reojo mientras él conducía. Era tan guapo que se arrepentía de haber aceptado ese falso noviazgo. Sabía que aunque no quisiera iba a terminar sintiendo algo por él si seguía aceptando sus peticiones o si trataba mucho con él.

Pese a haber sido siempre una chica muy enamoradiza, había tratado de sacarse las relaciones imposibles de la cabeza antes de que se convirtieran en dolorosos sentimientos. Ahora, aun a sabiendas que esa era una relación falsa, que jamás iba a llegar a ninguna parte, le gustaba la sensación que le daba al verlo, al tenerlo cerca y eso no podía terminar bien para ella, al menos con alguien como él.

Steven detuvo el coche en la puerta de un hotel, donde un uniformado aparcacoches les abrió la puerta para ayudarles a salir.

Lorraine miró a su alrededor un tanto asustada. ¿La llevaba a un hotel? ¿Qué pretendía?

—No es lo que crees. Mi tío es un hombre hosco y autoritario. A veces nos reúne a mi hermano y a mí en este mismo hotel. Es donde tienen lugar sus reuniones de empresa.

Al entrar, el camarero se acercó a ellos con una sonrisa.

—Buenos días señor Logger. Su padre y su tío llegaron hace unos minutos, ¿Van usted y su acompañante a sentarse con ellos?

—¿Mi padre? —El camarero asintió, haciendo que Steven y Lorraine mirasen hacia el salón— Yo me sentaré con ellos, busca una mesa lo más cerca posible a la suya.

El camarero asintió y se alejó de la pareja, buscando entre las mesas ocupadas una que quedase donde el muchacho le había pedido.

—Quería que estuviéramos juntos con mi tío, pero no esperaba que mi padre también estuviera, y no estoy preparado para enfrentarme a él...

—No te preocupes, pero no te vayas si mí.

—¿Estás loca? Igual que has venido conmigo volverás conmigo.

La pareja siguió al camarero hasta que Steven se sentó en la mesa de sus parientes y ella en la contigua.

Supo quién era el padre de su falso novio por la forma en la que se había dirigido a él. Ambos tenían una apariencia imponente, los dos tenían una apariencia elegante y las voces graves y autoritarias. Así como Steven les había saludado con una sonrisa, los hombres solo lo miraron con desapruebo. El chico se sentó a la izquierda de su tío y a la derecha de su padre, teniendo al frente, en la mesa siguiente a Lorraine, que lo miraba extrañamente seria.

La reunión entre los tres Logger iba sucediendo tranquila. Lorraine los miraba disimuladamente mientras bebía con pequeños sorbos su café con vainilla. Pero de pronto, después de un tenso silencio

uno de los tres empezó a hablar.

—Así que... nos ha salido un desviado en la familia. ¿Y cómo lo llevas, chaval? —preguntó Berg un rato después, dándole un sonoro manotazo en la espalda. Algo que podía haber parecido un gesto amigable pero que distaba mucho de serlo.

—Él se empeña en ocultarlo, ya he tenido más de una conversación con él...

—Pues más le vale. Sabes que tu herencia depende de tus apariencias.

—No me importa lo que crea la gente. Os habéis empeñado todos en creer antes a los demás que a mí. Si vais a empeñaros en pensar lo que os dé la gana, no sé por qué demonios me citáis.

El tío de Steven se quedó en silencio, apretando las manos sobre el mantel.

—He salido con decenas de chicas, ahora, por una habladuría todo mi pasado queda en entredicho y solo os imagináis Dios sabe que tórridas escenas entre...

Berg actuó por impulso. De un movimiento rápido lanzó el agua de su vaso sobre la cara de su sobrino, y lo siguió con un fuerte bofetón.

—Eres un maldito desvergonzado. ¿Imaginar qué, dices? No eres más que un sucio depravado.

¿Imaginar qué, ibas a decir?

Lorraine se había quedado petrificada al escuchar el tema de la herencia, pero en cuanto el hombre echó el agua a la cara de su falso novio actuó, dejándose llevar por su espíritu justiciero.

Se levantó arrastrando la silla escandalosamente y se acercó al lado de Steven, haciendo que se pusiera en pie mientras tiraba de su brazo.

—Disculpe la interrupción, su eminencia. Creo que un viejo decrepito debería preocuparse más de que los demás no sintieran asco al ver la saliva espesa acumulándose en la comisura de sus labios, que en que su sobrino fuera o no fuera gay. Ahora si nos disculpan ...

Lorraine no dijo más. Tiró de Steven hacia la salida conteniendo una carcajada mientras los hombres se miraban boquiabiertos.

Steven la miraba espantado mientras ella se doblaba hacia adelante por la risa.

—Dime que no ha pasado lo que creo que ha pasado.

—Lo siento, pero... Mírate, estás todo empapado por culpa de ese... y tu cara, tienes los dedos marcados en la mejilla ...

—¿Has llamado eminencia a mi tío?

—Y viejo decrepito —murmuró el camarero, que había tenido que salirse también a causa de la risa.

—Lo siento. Es solo que me estaba pareciendo demasiado... injusto. He sido víctima de la adrenalina. Subieron al automóvil cuando el aparcacoches abrió la puerta para que entrasen y, tan pronto como se alejaron de allí, fue Steven el que empezó a reír como un loco. Debía reconocer que aquella había sido una escena de lo más surrealista. «Eminencia».

Pese a haberle invitado a comer, Steven prefirió no subir. Aun habiendo reído durante todo el trayecto las palabras «sucio depravado» resonaban continuamente en sus oídos y prefirió no comer con ella o aburrirla con sus asuntos.

Le agradeció lo que había hecho por él, decorando sus palabras con una cálida sonrisa y, después de que ella se bajase del coche se marchó.

## CAPÍTULO SIETE

A la hora de la comida se sintió incapaz de probar bocado. Las duras palabras de su tío resonaban en su cabeza una y otra vez «sucio depravado», «sucio depravado».

Había pasado el resto de la mañana y parte de la tarde estirado en la cama, sin poder pensar en nada más que en esa reunión, en la mirada de asco de su padre o en el tono de voz que Berg había usado con él. Pero de pronto una idea descabellada le cruzó por la cabeza. Era una locura, pero quizás le ayudaría a que todos borrasen esa imagen de él.

Era más de media tarde cuando salía de su mansión y subía al coche. Condujo hasta el apartamento de Lorraine con los nervios por la nueva propuesta agarrotándose en su estómago, desesperados por salir y deseosos una respuesta afirmativa que los calmase.

Entró en el edificio tratando de tranquilizarse a sí mismo antes de verla, pero el recepcionista le informó que no estaba, que iba a correr por la playa todas las tardes cuando se acercaba la puesta de sol y que probablemente no volvería en un buen rato. Salió de la recepción y se apoyó en la puerta de copiloto de su coche con intención de esperar a que ella regresase.

—¿Qué demonios hago aquí? —preguntó al aire una hora después, como si por arte de magia la respuesta fuera a llegar a él desde alguna parte.

Se giró para marcharse con el pensamiento de que abusar de ella no era lo correcto, pero las palabras “sucio depravado” se hicieron eco en su memoria, haciéndole darse la vuelta. Se lo diría, le propondría lo que había pensado y esperaría a que ella aceptase como aceptó ser su falsa novia.

En cuanto sus ojos se encontraron y ella le sonrió se sintió extrañamente tranquilo, aunque incapaz de decirle nada.

—¡Steven! —sonrió, deteniéndose frente a él—No te esperaba otra vez.

—Ya. Es que pasaba por aquí y pensé en pasar a saludarte —mintió.

—¿Subes? He de ducharme pero no tardaré ... Tengo algo tuyo que no pude darte esta mañana.

El muchacho se impulsó con la ventanilla del coche y dio un paso para ponerse al lado de su novia falsa.

La pulsera de Steven había estado guardada en un cajón desde la noche que durmieron juntos en ese apartamento. En un principio pensó en no devolvérsela inmediatamente, castigarle por haberse marchado sin decir una palabra, pero no pudo resistirse.

Después de asearse y de vestirse apropiadamente subió al dormitorio a por ella.

—Se quedó entre las sábanas ... —dijo ofreciéndosela con la mano cerrada mientras se sentaba a su lado

Cuando Steven vio la pulsera, su expresión cambió en una décima de segundo. Su sonrisa cambió a una mueca lúgubre y el brillo amable de sus ojos se volvió sombrío.

La guardó en el bolsillo como si quemase en sus manos, dejando a Lorraine completamente intrigada con ello.

—Gracias. No sabía que la había perdido.

—No parece que te haga mucha ilusión recuperarla ... —murmuró— Pero dime, ¿Por qué has venido?

—Yo ... Es un poco difícil pedirte algo como esto ... ¿Te mudarías a mi casa un tiempo?

—¿Bromeas? ¡No! ¿Por qué iba a mudarme a tu casa? Adoro mi apartamento.

—Es muy grande, y tendrías un cuarto enorme, y un vestidor, y una piscina ...

—¿Por qué me propones esto?

—El incidente de esta mañana ... No he dejado de pensar en las palabras de mi tío. Solo sería un tiempo, para demostrarles que no soy lo que ellos creen. Les callaría la boca sin tener que discutirme con ellos ...

—¿Quieres que me mude contigo para limpiar tu imagen ante tu familia? —Él asintió— ¿Puedo pensarlo? Mudarme a tu casa no entraba en tu propuesta.

Steven se sintió avergonzado como nunca. Prácticamente eran dos auténticos desconocidos. Se puso en pie con intención de marcharse, pero ella le frenó, sujetando su brazo.

—Quédate a cenar, pediré algo del restaurante de abajo y lo pensaré mientras comemos, ¿Te parece?

—No. No quiero incordiarte más. Creo que me he pasado pidiéndote algo así. Me he dejado llevar por mi desesperación.

Lorraine suspiró. No tenía ningún tipo de obligación con él, sin embargo le hacía sentir mal no aceptar su petición.

Probablemente su casa estaría llena de comodidades, sería, quizás, un lugar inspirador, donde pudiera ubicar mentalmente a los personajes de sus libros, quizás podría sentirse como si estuviera en otras mini vacaciones... y esos eran los únicos motivos que lograba encontrar para aceptar semejante propuesta; pero luego estaban sus ojos estrellados y esa expresión de preocupación que tenía dibujada en la cara. No tenía ningún tipo de obligación con él, sin embargo, había aceptado un contrato de falsa relación y ese era un anexo del contrato que debía aceptar también.

—De aceptar ... ¿Cuándo tendría que ser?

—Cuando tú quieras, cuando puedas. Hoy, mañana, en una semana ...

Lorraine lo miró unos segundos y sin decir una palabra subió al dormitorio a por algo de ropa. Preparó una maleta con todo lo que creía podría necesitar y bajó de nuevo al salón.

—Acepto, pero volveré cuando yo quiera y mantenemos las cláusulas del contrato, ni intimidaciones de ningún tipo, no reclamaciones ...

—Sí, sí. Ya lo había dado por supuesto.

Poco después de una hora iba sentada en el asiento de copiloto con ese tipo que le había denunciado por su libro.

Cuando llegaron a la mansión de Steven, éste dejó el coche en un pequeño garaje privado donde estaba la limusina perfectamente cubierta y donde había un coche más, uno deportivo y tan caro que ella no podría pagarlo ni vendiendo un millón de copias de Pretty Love.

Subieron por una escalerilla de piedra, estrecha pero luminosa que daba a una terraza en la que había una enorme piscina ancha y muy larga.

—Puedes bañarte cuando quieras, el agua es caliente —indicó.

—¿De verdad puedo?—Steven asintió y ella se acercó al borde para tocar el agua con una mano.

Lorraine no solía aceptar invitaciones cuando era ella la única implicada, pero esta vez no lo pensó, nada de lo que estaba haciendo era lo que solía hacer.

Después de ver la casa disfrutaría de ese baño hasta cansarse. Adoraba los largos baños, aunque no podía disfrutarlos por la ausencia de bañera en su casa.

Steven la guió por la mansión, mostrándole todas y cada una de las estancias, el enorme salón decorado en piel marrón y madera, la cocina con tonos marrones y negros, la bodega repleta de botellas, su dormitorio y el que ocuparía ella mientras viviera con él. Una habitación enorme de altos techos y con una cama gigante. La ventana, a la izquierda, ocupaba toda la pared y tenía unas

impresionantes vistas panorámicas del océano y de la piscina.

El cuarto de baño tenía de todo, ducha de lluvia e hidromasaje, jacuzzi, lavabos de presencia (solo salía el agua cuando ponía las manos debajo), taza de váter inteligente ...

—Tu casa es increíble.

—Pensaba que no te gustaría. No tiene ese aire modernista que tiene tu apartamento.

—Es clásico, sí, y los colores son oscuros, pero resulta tan romántico ... —Steven la miró con una ceja arqueada— No romántico de amor, claro. Romántico de ... bueno ...

El muchacho empezó a reír como no lo había visto hacer desde que lo conocía. Sabía a lo que se refería con romántico y aun así la miraba de ese modo.

—Siendo escritora deberías poder describir mejor esa palabra.

—No es necesario cuando el lector entiende a lo que me refiero.

Una hora después de haber llegado, Lorraine saltaba al agua caliente de la piscina.

Mientras ella se bañaba él la miraba desde una de las tumbonas. El aire era bastante frío, pero ella parecía estar mejor que bien.

—Dime, Steven, ¿Has traído a muchas chicas aquí?

—Define muchas, ¿Muchas para ti cuantas son?

—Muchas, no sé... ¿Más de diez?

—Claro, y más de cien —Lorraine lo miró con los ojos abiertos de par en par, algo que le hizo reír—

Ten en cuenta que he hecho alguna que otra fiesta en casa... y ya sabes cómo son las fiestas de jóvenes

—Ella gesticuló de forma graciosa, echándose hacia atrás, empujando la espalda contra el agua y sumergiéndose para volver a emerger y regresar para apoyarse en el borde de piedra de la piscina.

—¿Sabes? Vives como uno, y al principio me lo pareciste, pero ahora no me pareces alguien ... con tanto dinero. Actúas muy normal.

—¿Ahora sí parezco normal? —Preguntó él, con expresión de incredulidad— Vaya...

Lorraine salió riendo de la piscina y buscó desesperadamente la toalla con la que secarse para sentarse en la tumbona de su derecha.

—No me malinterpretes. Hasta después del juicio, las dos veces que nos encontramos actuaste altivo y prepotente, como si yo fuera inferior a ti.

—Es que lo eres —la mirada de su falsa novia se volvió seria, hostil— ¿Cuánto mides, un metro y medio?

—Un metro setenta, idiota —Ambos empezaron a reír.

Steven no era el tipo de persona al que le gustasen las niñas modositas, le gustaban con carácter, con determinación y, aunque Lorraine parecía tener bien marcadas esas dos cualidades, también era muy simpática, y dulce, y gentil, alguien que no encajaba en su despiadado mundo, donde todos están más interesados en el dinero que en el amor. Incluso él mismo la estaba usando para su propio beneficio, para tratar de que su padre no le quitase su parte de la herencia.

Con su forma de ser estaba seguro de que podría conseguir a cualquier hombre que le interesase, cualquiera que no fuera él.

La miró directamente, sin tratar de disimular que lo hacía, aun con el pelo pegado a la cara, le parecía preciosa.

—Gracias por haber aceptado mi propuesta, aunque me haya sobrepasado pidiendo algo así.

—Estás desesperado, y la nuestra no es una relación muy normal que digamos. Supongo que dadas las circunstancias tampoco es algo tan raro. No me mudo para siempre, ni para casarnos, ni para hacer lo que haría una pareja normal.

La muchacha sonrió y ambos permanecieron en silencio, con la mirada fija en el horizonte, donde podían apreciarse, tímidamente, las luces de los barcos que se dirigían a puerto.

—Me encantan las vistas desde aquí. Me quedaría a vivir en esta tumbona...

—Desde tu apartamento también ves el océano, y las estrellas.

—Sí, pero no es igual...

Un escalofrío sacudió sus hombros y Steven sacó una manta de debajo de su asiento para cubrirla.

De pronto una enorme estrella fugaz cruzó el cielo, haciendo que se mirasen sorprendidos.

—Oh Dios mío, es ... ¡Ha sido increíble! —Exclamó Lorraine emocionada.

—Nunca antes había visto una estrella fugaz.

—Vives en un paraíso, sin demasiadas preocupaciones y con todo el tiempo del mundo ¿y nunca te has parado a mirar el cielo? —Él negó con la cabeza, devolviendo la mirada al punto exacto donde había pasado esa estrella—. Tenía dos colas, pidamos un deseo cada uno.

—Yo no creo en esas cosas, Lori. —Ella lo miró con el ceño fruncido y se cruzó de brazos—. Está bien. Entonces pediré por ti. Deseo que todo vaya bien hasta el final.

## CAPÍTULO OCHO

En medio del desayuno, Raymond, el mayordomo, aparecía el comedor con noticias breves: el señor Logger, su padre, quería verle, y debía ir a su casa, sin falta, esa misma tarde.

Steven pensó que esa era una oportunidad de oro para mostrarle a su padre que él no era el chico gay del que hablaba el libro, que tenía novia y que vivía con ella (aunque de eso solo hiciera un par de semanas).

Pasó la mañana contándole cosas sobre su familia, pero sobre todo, lo que necesitaba saber sobre la actitud de su padre. Lorraine ya lo había visto, conocía su apariencia, su voz y la forma altiva y prepotente que usaba para dirigirse a su hijo, aun así escuchó atentamente cada detalle que Steven le daba.

Ya entrada la tarde, después de la comida, la hizo arreglarse con lo más elegante que tuviera. Lorraine tardó en cambiarse menos de lo que había tardado ninguna chica con las que hubiera estado. En poco más de diez minutos salía con un vaquero ajustado, con una blusa negra y con un peinado de lo más sencillo pero elegante. Se la veía esbelta y delicada.

—Vaya ...

—¿Voy mal? ¿Debería ponerme algo más serio? Yo no ...

—¡No! Estás preciosa —ella sonrió, mirando su atuendo y mirándolo a él después.

Steven iba casi siempre con traje, no importaba si era gris, color arena o azul. Siempre llevaba la camisa perfectamente almidonada y su corbata perfectamente anudada. Incluso para ir a ver a su padre vestía como un ejecutivo, como si en lugar de una reunión familiar fuera a una reunión de negocios. Subieron al coche con dirección a la mansión en la que se había criado.

La limusina atravesó la verja de la entrada de la mansión Logger y los llevó a través de un amplio camino hasta la zona de la entrada principal, donde había una hermosa fuente circular con varios niveles de los que caía el agua como una cascada. Lorraine la miró a través de los cristales ahumados, fijándose en ella con una sonrisa en los labios.

—Es impresionante.

—Sí, lo es.

—Debió ser divertido jugar al pilla pilla alrededor de la fuente.

—Nunca jugué con mi hermano, él es mayor que yo ... Además tampoco tuve amigos en la infancia. ¿Salimos?

Steven abrió la puerta y le ofreció su mano para ayudarla a salir. Caminaban uno al lado del otro mientras de la mansión Logger salía una hermosa muchacha de hermosos y cobrizos cabellos rizados. Cuando el chico y esa joven se encontraron de frente ambos se detuvieron instantáneamente, mirándose a los ojos con expresiones totalmente serias.

Lorraine los contempló de soslayo, fingiéndose impactada ante la magnitud de aquella casa. En realidad comenzaba a sospechar que entre ellos había habido algo y empezó a sentirse incomoda. El heredero agarró su mano y tiró de ella para seguir caminando, a pesar de que esa joven no dejaba de mirarle.

—Hacía tiempo que no nos veíamos Stevie.

Su voz sonaba amable y cálida, y la forma en la que había dicho su nombre había tensado los hombros

del muchacho.

—Sí, desde que me dejaste.

—¿Ella es la nueva? —sonrió. Esta vez no sonó tan afable.

Steven no respondió. Siguió caminando y tirando de su novia falsa hasta la entrada de la casa, donde la soltó.

Lorraine no dijo nada.

Caminaron uno al lado del otro atravesando un espacioso vestíbulo hasta un salón. Una estancia grande con muebles elegantes, enormes ventanales y donde el hombre de unos sesenta años, perfectamente arreglado, leía un documento. Cuando los oyó llegar alzó la mirada y dejó sobre una mesa, el papel que ojeaba.

—Y al fin te dignas a pisar esta casa. ¿Hace cuánto, seis meses?

—Trece. Pero tampoco es que no nos hayamos visto. No hace falta que lo pintes de esa forma.

—¿Quién es tu amiguita?

—Ella es Lorraine Gibson. Y es mi novia, no mi amiguita —respondió Steven, tomando la mano de ella con fuerza— Él es mi padre, Harry Logger —añadió mirándola.

El hombre la miró de arriba a abajo con cierto desapruebo en sus ojos.

—Buen espectáculo el del restaurante, señorita Gibson —el tono grave de su voz resonó en el salón como si hubiera estado en un anfiteatro. Sin dejar que ella hablase siguió con su discurso—. Tu hermano se casa en un par de meses —miró a su hijo un solo segundo—. Euleen ha pedido que seas tú el padrino de su boda.

Fue en una décima de segundo lo que tardó Lorraine en cuadrar ese nombre con el compromiso fallido de Steven, con su reacción al recuperar la pulsera que había olvidado en su cama o con la expresión de ambos al encontrarse en la entrada un par de minutos atrás.

—No gracias, no me interesa. Euleen puede pedírselo a su hermano, seguro que lo hará encantado —su voz no sonaba acorde a lo que decía. Estaba mintiendo y los tres lo sabían.

—A mí no me interesa que no quieras, ¿Me oyes? Lo harás y punto. Es la boda de tu único hermano. Además, deberías buscar un ... una acompañante. —El hombre seguía sin apartar la mirada de Lorraine ni un segundo, algo que la incomodaba.

—Lo pensaré. Pero ya te he dicho que Lorraine es mi novia, no tengo por qué buscar a otra.

El hombre empezó a reír, como si supiera que aquello no era más que una farsa.

Steven no quiso seguir allí más tiempo, habían ido porque su padre quería darle la noticia y no pretendía quedarse, y menos para ser humillado adrede.

Soltó su mano y rodeó cintura de su novia falsa. Tiró de ella para salir de la mansión.

—¿No vas a saludar a tu hermano o a tu madre? —Preguntó el hombre, alzando la voz con tono autoritario.

—Seguro que no les importa que no lo haga.

Pese a haber salido y encontrarse a varios metros de la entrada Steven no soltó a Lorraine y ella tampoco pretendía apartarse. Por el rabillo del ojo pudo ver al señor Logger tras una vidriera y ella, en un acto protector, se colocó frente a él y le rodeó con un abrazo.

—No hagas nada, tu padre está mirando.

En la limusina no había dicho nada, no había emitido ni un solo sonido, no la había mirado, actuó como si fuera totalmente solo, y al llegar de vuelta a la casa del heredero, éste fue directo a su cuarto. Euleen.

Quizás ella era la chica a la que más había querido de todas con las que había estado, quizás también

era la más cariñosa y la más simpática, pero no todo podía ser tan bonito. Pocas horas después de su compromiso confesó que se había acostado con su hermano y rompió con él entre lágrimas y ruegos de perdón.

Lorraine no sabía de qué manera distraer a su falso novio. Desde que “salían” nunca le había visto tan callado, tan serio o tan apagado. Llamó a su habitación esperando que respondiera, pero en vista de que no lo hacía, abrió la puerta despacio y lo encontró tendido sobre el colchón, con un brazo sobre sus ojos y el otro reposando a su lado.

—¿Estás bien? —él no respondió.

Permaneció en pie, frente a la cama, pero él no decía nada, no gesticulaba, solo respiraba profundamente y tragaba de vez en cuando.

—Steve, me voy. Esta noche dormiré en mi casa... —murmuró, pensando que le diría que no, pero siguió igual, como si ella fuera un fantasma y no pudiera hacerle llegar que estaba a su lado.

Sin decir nada más se dio la vuelta para salir.

Algo dentro de ella esperaba que le pidiera que no se fuera, que se quedase, que permaneciera con él aunque fuera en silencio, pero no fue así.

Salió de la mansión de Steven con una sensación de vacío, como si le estuviera dejando atrás, como si él la hubiera hecho a un lado por el simple hecho de encontrarse con su ex.

Subió al taxi deseando que él la interrumpiera, que le prohibiera marcharse, pero el coche se puso en marcha y no llegó nadie para pedirle que se quedase.

La noche pasó despacio para ambos.

Por la mañana, Lorraine decidió que no podía quedarse con Steven, no quería volver a sentirse jamás como lo había hecho esa noche, ignorada, abandonada. Él no era nada suyo, y esa era la razón más grande que le llevaba a pensar en alejarse de él, antes de que esos sentimientos cambiasen y se volvieran dolorosos. Se vistió con intención de ir a su casa a por sus pertenencias.

Al abrir la puerta ahí estaba Steven. Como si hubiera leído sus pensamientos y estuviera ahí para impedir que se alejase. Tarde, debió hacerlo por la noche, cuando ella fue a ofrecerle su apoyo.

—¿Salías?

—Iba a tu casa a por mis cosas.

—¿Por qué? ¿No estás cómoda?

—Es por lo de anoche. Era evidente que no estabas bien. Traté de consolarte, de hacerte compañía, pero simplemente me ignoraste. Supongo que no soy nada más que un escudo para ti, pero también tengo sentimientos y me sentí poco más que un mueble.

—No eres solo un escudo. Si no te conté lo que me pasaba era para no aburrirte con historias de mi vida —Ella alzó las cejas y se cruzó de brazos—. Pasa. —Steven llevó las manos en sus hombros y la hizo girar para entrar de vuelta al apartamento. La guió por el pasillo y la hizo sentarse en el sofá al llegar al salón—. Euleen es cinco años mayor que yo. Eso nunca nos importó, al menos a mí. Estaba acostumbrado a jugar con chicas, a llevarme cada día a una distinta. Tuve varias novias más o menos formales antes de ella. Las que describías en tu libro —matizó—. Después de varios meses le pedí que se casase conmigo. —Lorraine tragó con fuerza, como si le molestase oír aquella historia—. Después de esa noche, cuando amaneció, confesó que se había acostado con mi hermano. No dijo cuántas veces o si lo había disfrutado, solo que se había acostado con él. Evidentemente nuestro compromiso se rompió y el resto ya lo sabes... Se va a casar con él y se supone que yo seré el padrino de esa boda entre mi ex y mi hermano.

Steven hablaba mientras ella lo miraba desde el sofá. Podía ver, por sus expresiones, que realmente

había querido a Euleen, y que realmente le había dolido que ella le engañase.

Se puso en pie y se acercó a él.

—No sé qué decirte. No sé cómo puedo...

Steven la abrazó sin que se lo esperase.

—No hace falta que digas nada. —Su voz sonaba dulce, amable.

—¿Has desayunado? —Puso las manos en su cintura y le apartó despacio para que no notase que el corazón le latía con fuerza por ese acercamiento— ¿Te preparo un café?

—Solo si me dices que no te vas. Aún no hemos limpiado mi imagen, ¿recuerdas? —sonrió.

—No me iré.

—Además, en unos días hay una fiesta a la que tengo que asistir, y necesito que me acompañes.

Una fiesta ... Lorraine imaginó una de las fiestas en las que decenas de jóvenes bailaban como locos, tomaban alcohol como si de agua se tratase y tenían sexo desvergonzadamente en cualquier parte de la casa.

—No es lo que crees. Es una fiesta de etiqueta, con gente seria ... Gente como lo que pensabas que era yo.

—Una fiesta aburrida.

Ambos sonrieron.

Después de ese café que Lorraine había mencionado, salieron juntos del apartamento con dirección a la mansión de la playa.

Esa noche se había sentido sola, fuera de lugar, pese a que esa era la vida que había llevado siempre, sola, en su pequeño apartamento, con sus libros, sus paseos por la playa y sus llamadas a la editorial.

## CAPÍTULO NUEVE

Al llegar de vuelta a la mansión Steve se sintió incómodo por haberla ignorado esa noche, por haberla tratado como si no fuera nada y haberla hecho sentir mal, sobre todo porque Lorraine no se había comportado como una psicótica sino que lo había hecho con total comprensión.

Justo cuando ella se dirigía hacia las escaleras para ir a su cuarto la interrumpió.

—Ésta es la primera vez que te lo pido ... ¿Quieres ir a comer fuera? Hay un restaurante en Beverly Hills ...

—¿Por qué no cocinamos en lugar de salir?

—¿Quieres quedarte aquí?

—No dormí muy bien anoche ... No estoy de humor para arreglarme e ir a un lugar ...

—Donde solo come gente rica.

—No, no es eso ...

Steven sabía bien que si era eso. No habían hablado mucho sobre el tema de dinero, pero sabía que le incomodaba. Quizás no por el dinero en sí, sino por las actitudes, la educación y la moral de la gente adinerada, empresarios, herederos, las mujeres o amigas (prostitutas) de estos ...

—¿Por qué no cocinamos nosotros?

—Lorraine, yo no sé cocinar ...

La muchacha agarró su mano y tiró de él hasta la cocina.

Elvan, el chef turco que preparaba las delicias culinarias que siempre degustaban en las comidas se sorprendió al verlos allí.

—Elvan, tienes libre hasta la cena —sonrió ella— Nosotros prepararemos la comida de hoy.

—¿La de los sirvientes también? —Preguntó con un notable acento turco.

La muchacha miró a su falso novio sin saber qué responder.

—Sí, la de los sirvientes también. La señorita tiene buena mano en la cocina.

Lorraine cortaba pimiento naranja mientras Steven trataba de no rebanarse un dedo al trinchar cebolla, algo que jamás pensó que haría. Cuando lo veía limpiarse los ojos con el dorso de la mano no podía evitar reírse como una loca, de verdad picaba, aunque él no decía nada.

En un momento el muchacho frotó sus ojos con los dedos llenos del jugo de la hortaliza y empezó a gritar exageradamente.

—¡Pica, pica, escuece! —se quejó, dejando caer el cuchillo, que se clavó de punta en el suelo de madera de la cocina, a escasos milímetros de su pie.

—¡Estate quieto! —pidió ella al ver que no dejaba de moverse.

Bloqueó sus manos y lo llevó a toda prisa al fregadero. Steven se movía como un niño pequeño y ella se vio en la obligación de darle un manotazo en uno de sus hombros.

—¡Estate quieto! —Pidió de nuevo, mojando sus manos y enjuagando sus ojos con cuidado de no hacerle daño— Ahora picará menos.

Lorraine guardaba en su bolso unas gotas que usaba para la irritación ocular, lo usaba siempre que se sus ojos se enrojecían y escocían por la pantalla del ordenador. Después de secarle la cara tiró de él hasta su dormitorio.

Lo sentó en el borde de la cama y le pidió que mirase al techo para ponerle un par de gotas.

—Espera ... eso es ...

—Es para la irritación.

—Pero eso es tuyo.

—No tengo nada contagioso, ¿sabes? Además es mono-dosis, lo estrenas tú. —Steven frenó sus manos para que no le pusiera nada, pero la soltó en cuanto ella lo miró de forma amenazante— Solo es suero, Steve, no te va a hacer daño —sonrió.

El muchacho miró sus manos por un instante pero obedeció, observándola mientras ella dejaba caer un par de gotas en cada uno de sus enrojecidos ojos.

Lo trataba con tanto cuidado que era imposible no sentir nada. Dejándose llevar puso las manos en sus caderas y la atrajo despacio, pero ella no reaccionó al gesto. Solo sopló suavemente en sus ojos y, cuando consideró que ya no debía escocer, tapó el pequeño envase y se lo puso en las manos.

—Guárdalo, dentro de un rato te pondré otra vez.

—Gracias, Lori.

Sin pensarlo se puso en pie, dejó el frasquito sobre la mesita y llevó las manos al cuello de la muchacha, con los pulgares bloqueando su mandíbula. Se acercó lentamente, quería besarla. Iba a besarla.

Se aproximó despacio mientras miraba esos apetecibles labios. Esa era la primera vez que se sentía nervioso por un beso. Inspiró, cerró los ojos y acercó su boca a la de ella. Lorraine giró la cara lo suficiente para que su boca aterrizase en la mejilla. Tomó aire con fuerza, sintiéndose mareada por un momento, pero de pronto colocó las manos en su cintura y lo apartó. Sonrió en respuesta y se dio la vuelta para ir al baño a lavarse las manos, al menos eso era lo que pretendía que pareciera. Solo sentir el calor de sus manos en sus caderas ya era más de lo que podía aguantar. Y la forma en la que sus dedos presionaban suavemente, como si tratase de apoderarse lentamente de ellas le hacía enloquecer, pero ese beso ... No importaba que hubiera sido en la mejilla, el calor de sus labios, sus manos bloqueando su cara ...

—No seas tonta, Lorraine. No vayas a caer, no te dejes llevar. —Respiró hondo mientras se miraba en el espejo.

Sabía que esa no era una relación real, y que jamás lo sería, pero a duras penas podía evitar empezar a sentirse de ese modo, inquieta, nerviosa, expectante.

Se mordió los labios desde dentro de la boca y sacudió la cabeza. Seguiría haciendo lo mismo para lo que se suponía que estaba ahí. Fingir.

Después de un rato, con su corazón un poco más calmado, Lorraine le pidió que dejase que continuase con la comida ella sola, usando como excusa el incidente de la cebolla, que podía haber sido serio si el cuchillo le hubiera caído en un pie.

Steven salió a la terraza unos minutos, se sentía agitado. ¿Qué estaba pasándole? No había podido controlarse a sí mismo, no había podido evitar atraerla cuando la tuvo tan cerca y tampoco había podido controlar sus ganas de besarla. Se sintió ridículo al verse a sí mismo besando a una chica en la mejilla.

Aquella cercanía prohibida empezaba a hacerle perder la razón, y lo peor era que sabía que esa no se trataba una relación real, y que jamás lo sería, pero ya no podía evitar sentirse así cada vez que la tenía cerca.

Estando un poco más sosegado regresó a la cocina.

Se apoyó en el marco de la puerta y la observó. Nunca antes había visto a nadie preparar comida. Alguna vez, de pequeño, se coló en las cocinas de la mansión Logger en busca de un tentempié, algo que llevarse a la boca mientras esperaba a que diera la hora del desayuno o de la cena, pero nunca

prestó atención al cuidado de preparar las verduras, las carnes o la pasta. Nunca se fijó en como preparaban las salsas o las cremas. Lorraine cortaba las cosas con cuidado y las depositaba después en pequeños recipientes de cristal, ordenándolo todo por colores.

Se movía segura de sí misma, como si cocinar fuera algo sencillo y agradable.

—¿Te gusta ver a los demás cocinar? —preguntó sin mirarle, con una sonrisa en los labios.

—Me gusta verte a ti. El día que cené en tu casa ... fue la comida más deliciosa que he probado en mi vida.

—Oh ... ¡Gracias! Es un poco tarde, pero gracias ...

—¿Dónde aprendiste a cocinar así?

—Bueno, tenía abuelas, y tengo un padrastro y una madre que cocinan a diario ... Además, yo no tengo un chef turco que me prepare los manjares que te prepara Elvan, y vivo sola, así que no me queda más remedio que cocinar y disfrutar haciéndolo cada día.

Después de una hora, Lorraine separaba sus raciones de las de los sirvientes y las llevaba a la mesa del salón, que también había querido preparar ella, esta vez con la ayuda de Steve.

Igual que la vez anterior el muchacho la miró mientras degustaba el primer bocado. Los sabores parecían estallar en su boca como fuegos artificiales.

—Está buenísimo ... —murmuró.

Ella solo sonrió.

—Dime, Steven, ¿Cómo es la fiesta a la que quieres que te acompañe? —Preguntó después del postre.

—Es de etiqueta. Iremos a la mansión Bebempt, un lugar enorme y lujoso. Es el aniversario conmemorativo de la organización que presiden y todos los años reparten lo recaudado en la fiesta entre algunas ONG. Mi padre siempre dona millones a la causa, y yo llevo diez años asistiendo solo para hacer acto de presencia. Siempre me he aburrido horrores.

—¿Qué es lo que se hace en una fiesta así?

—Beber, ser hipócrita y hacer negocios. A esas fiestas no se va a hacer amigos sino aparentar y a tratar de beneficiarse de otros. Unos van a cerrar acuerdos, algunas van en busca de un nuevo millonario al que atrapar y yo ... yo te llevaré para limpiar mi imagen de lo que ellos mismos se han convencido.

—Es un poco cruel por tu parte, ¿No?

—Por supuesto que no. Te propuse hacerte pasar por mi novia y aceptaste, incluso pusiste tus propias normas ... Pero no estás obligada a ir. No es mi intención forzarte a nada que tú no quieras.

—Iré. Te dije que iría donde tú quisieras. Buscaré algo adecuado entre mis cosas y te acompañaré.

Trataré de actuar lo mejor posible para ayudarte y haremos que nadie más diga lo que no es.

Por un momento Steven se sintió mal por usarla, aunque esa era la idea inicial y la base de esa proposición.

Estaba anocheciendo cuando Lorraine decidió salir a la piscina, ésta vez no para bañarse, sino para meter los pies en el agua.

Steven paseaba a lo lejos, por la arena, en el borde de espuma de mar que las olas dejaban perfilado en sus vaivenes, y ella no pudo evitar mirarle. Se preguntaba internamente si tanto seguía amando a Euleen, si la quería llevar a la fiesta porque estaría ella, si alguna vez habría alguien que hiciera feliz a ese chico.

Se había perdido en sus propios pensamientos hasta el extremo de no haber visto a Steven cuando se

sentó a su lado. Cuando despertó de su trance él la miraba con una sonrisa.

—Te he preguntado que si te apetecía nadar ...

—No ... No te he visto llegar.

—Ya, estabas absorta. ¿Y bien? ¿Te apetece nadar conmigo?

Ella dudó por un momento. ¿Nadar con él? Hasta ese instante no se dio cuenta de que aún no le había visto sin ropa y la propuesta de meterse juntos en el agua la hizo sentir nerviosa. ¿Y si trataba de besarla de nuevo? ¿Y si era ella la que no podía controlarse e intentaba besarle? ¿Y si se dejaban llevar y terminaba pasando algo más que un simple beso?

—Estoy cansada ... Creo que lo mejor es que me vaya a dormir.

—Está bien. Buenas noches.

—Sí, buenas noches, Steven —dijo, girándose y trotando hacia su dormitorio con la prisa empujando por su espalda.

Estaba estirada en la cama preguntándose si su falso novio seguiría en la piscina. Daba vueltas continuamente, debatiéndose entre mirar por la ventana o no hacerlo, pero justo cuando iba a ponerse en pie creyó escucharlo toser mientras iba, seguramente, a su habitación.

Se sonrió a sí misma por la curiosidad que había sentido y se dejó caer de nuevo de espaldas, cubriéndose los ojos con un brazo.

De pronto se abrió la puerta del dormitorio, no había escuchado llamar. No se movió. Se sintió tan nerviosa de pronto que no supo qué hacer.

—Oh, lo siento, no ... ¿Estás dormida? —Preguntó Steven en un murmullo— Supongo que sí. No deberías dormir con estas posturas, si dejas los pies colgando toda la noche por la mañana los tendrás entumecidos y no podrás caminar.

Steven agarró sus tobillos y la estiró adecuadamente sobre la cama, cubriéndola después con la sábana y la colcha.

La miró unos segundos con una sonrisa en los labios y acto seguido dejó su teléfono móvil en la mesita de noche.

—Lo habías olvidado en la piscina.

Cuando Steven salió del dormitorio sonrió. Sabía que no estaba dormida, por los latidos acelerados de su corazón, que hacían mover sutilmente su camiseta y por la respiración irregular.

Aquella noche Lorraine tampoco pudo conciliar el sueño. Se sentía inquieta sin saber por qué. A pesar de ello se convenció a sí misma de que no era ese chico quien la hacía sentir de ese modo y a partir de esa mañana actuaría con la misma normalidad con la que había actuado siempre.

## CAPÍTULO DIEZ

Había llegado el día en el que debía demostrar a todos que él no era gay, que él no era el personaje del libro, que tenía novia (aunque esa fuera en verdad una farsa actuada por los dos) y que vivía con ella. Agradecía a Lorraine que hubiera aceptado fingir, que aceptase lo que le proponía sin peros y esa tarde, horas antes de la fiesta, decidió salir a solas para hacer unas compras.

Steven había mirado catálogos de diseñador online, había buscado algo serio y a su vez desenfadado que pudiera llevar a la fiesta con total comodidad.

Entró en una docena de tiendas en busca de la prenda perfecta hasta que, como por arte de magia, apareció frente a él el anuncio de un nuevo local: el *atelier* de un nuevo diseñador.

La mayoría de la ropa en aquel lugar era blanca o negra, pero eso no era un problema en absoluto. Caminó entre maniqués y estantes hasta que encontró exactamente lo que buscaba, algo fino, elegante y que le quedaría mejor que bien.

Al llegar a casa corrió al dormitorio de Lorraine, ella caminaba nerviosa por la habitación. Se había puesto un vestido negro, pero le quedaba demasiado estrecho para llevar eso a ninguna fiesta de etiqueta.

—¿Por qué no pruebas con esto? —preguntó, ofreciéndole una bolsa negra, con letras doradas y asas de cuerda azul.

—¿Qué es?

—Solo algo ... Míralo.

Lorraine caminó hasta la cama y apoyó en ella la bolsa mientras él se sentaba a su lado.

Al sacar la prenda se dibujó una sonrisa en su cara y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Estás bien? —Preguntó asustado.

—Estoy feliz. No me esperaba esto, pero llega en el mejor momento.

Estiró los brazos y le abrazó con fuerza antes de ir frente al espejo para cambiarse de traje.

Steven no pensó que pudiera emocionarse por regalar un vestido. Había regalado incluso joyas, pero nadie había tenido nunca esa reacción. La miró un tanto agitado mientras ella bajaba la cremallera y deslizaba la prenda quedando en ropa interior.

Ya la había visto de esa guisa en más de una ocasión, en su apartamento, en la piscina, pero hasta ese momento no había sentido algo como lo que sentía. La había visto desnudarse como si lo hubiera hecho para él y no podía apartar los ojos de su cuerpo, de sus manos al ver como deslizaba el vestido dejando al descubierto toda su figura.

Lorraine se miraba embobada, aquella prenda era preciosa, elegante, simple. La tela caía por uno de sus brazos, dejando al descubierto su hombro, al otro lado, una especie de nudo, sujetaba arriba el vestido. Casi no tenía escote. Las aperturas de los costados llegaban hasta la pelvis, y caían sobre el cinturón negro que se ceñía a sus caderas, la parte de abajo se ajustaba a su piel y cubría hasta los pies. Era la cosa más hermosa que había llevado nunca.

—En el maniquí se veía precioso, pero aún queda más bonito en ti —confesó, recordándole que estaba ahí, con ella.

—Gracias, de verdad. —Se acercó a él y le dio un dulce beso en la mejilla—. Es realmente maravilloso.

—Pero hay algo de lo que no te has dado cuenta.

Ella creyó por un momento que se trataba de la etiqueta y giró sobre sí misma en busca de ella. Steven

se puso en pie y la rodeó con los brazos. Aspiró el aroma de su perfume mientras metía lentamente las manos a través de las aperturas laterales. En un gesto rápido y hábil, aflojó el cierre de su sujetador. —Ésta no es una prenda en la que deba verse tu ropa interior —murmuró mientras le ayudaba a quitárselo lenta y sensualmente.

Lorraine se ruborizó por segundos. Había estado tan embelesada con ese vestido, que no se había dado cuenta de que se veía el sostén. Tampoco esperó tampoco que él fuera a actuar de esa forma, tan directo, tan ... respiró pausadamente, convenciéndose a sí misma de que eso solo era una actuación.

—Entonces, ¿Vamos? —Ella asintió con una sonrisa, mirándose al espejo una última vez antes de marcharse.

La limusina se detuvo a la entrada de una mansión al menos cuatro veces más grande que la de Steven. Fuera había varios aparcacoches y decenas de parejas elegantemente vestidas que se dirigían al enorme portón de acero y cristal.

Lorraine daba pequeños pellizcos a la tela de su vestido mientras movía las piernas frenéticamente, pero él la frenó despacio, haciendo fuerza con una mano en sus rodillas.

—Hey, no te pongas así, lo haremos bien. Tú no te separes de mí, finge que estás perdidamente enamorada de mí y, antes de que quieras darte cuenta, estaremos de vuelta en casa.

—¿Y si hablo de más?

—Olvida los «y si» —sonrió— Lo haremos bien.

El chofer abrió la puerta y el primero en apearse fue él, tendiendo una mano para ayudarla a salir.

El señor Logger había asistido a la fiesta como hacía cada año. Reconoció la limusina de su hijo en cuanto la vio llegar ya que era la única Audi de la ciudad. Cuando lo vio bajar pensó que iría solo, pero pronto se dio la vuelta y ayudó a la chica con la que había ido a su casa.

La forma en la que su hijo sonreía parecía sincera, pero las molestias que se estaba tomando con esa joven decían más de lo que imaginaba y aunque se empeñase en disimularlo, sabía que lo suyo con esa muchacha era falso y que su presencia allí solo era una actuación para callar las habladorías.

Steven caminaba con ella a su lado, tranquilizándola a medida que se acercaban a la entrada, pero no pasó mucho hasta que Lorraine se diera cuenta que lo que realmente le ponía nerviosa de verdad no era actuar mejor o peor en esa fiesta sino el tacto de sus manos en su cintura. Esas pequeñas caricias que sus dedos hacían directamente sobre su piel, provocando pequeñas descargas eléctricas que la recorrían entera.

Aquella mansión era tan lujosa como imponente. De los techos abovedados colgaban majestuosas lámparas de araña llenas de cristales. Las columnas de mármol que decoraban la antesala parecían traídas directamente de la antigua Grecia, con preciosos capiteles en los que las volutas se enroscaban elegantemente en espiral. Los suelos ajedrezados brillaban como el océano en invierno.

—Esto es impresionante.

—Es frío e inhumano. —Ella se giró hacia él con una sonrisa y Steven tomó su mano derecha para ponerla en su antebrazo—. ¡Que empiece el espectáculo!

Caminaron hasta el enorme salón, deteniéndose en la entrada como para analizar la situación, buscando dónde exponerse primero. De la bandeja que llevaba uno de los camareros cogieron un par de copas de champán y pasaron entre el gentío.

Lorraine agarraba con fuerza su brazo y, aunque el calor de él se filtraba por la ropa, no evitaba que se sintiera helada por los nervios.

Después de unos minutos el muchacho supo bien dónde acercarse: un grupo de chicas con elegantes pero atrevidos vestidos.

La muchacha de pelo rubio sonrió tan pronto como la pareja se acercó a ellas.

—Vaya, pero si es nuestro hermoso Stevie —dijo sonriendo.

—Buenas noches, chicas. Os presento a Lorraine Gibson, mi ...

—¿Novio? —Preguntó graciosamente, lo que tensó la sonrisa de Steven y provocó un estallido de risas y murmullos alrededor de ellos—. Es broma, tonto. Tu novia es muy hermosa, ¿De qué familia es?

Hablaban de ella como si no estuviera presente, lo cual tampoco le importaba, cuanto menos dijera, menos podría meter la pata.

—Ella no es ... olvidadlo. Vamos a saludar al resto, pasadlo bien.

—¿Estás bien? Pareces incómodo.

—Estoy bien.

Por el rabillo del ojo había visto un grupo de amigos y socios de su padre. Dejó ambas copas en una de las mesas cercanas y llevó la mano a la que ella tenía en su brazo para acercarse a aquellos hombres con intención de demostrar que no era lo que ellos decían, pero de pronto Lorraine se detuvo, mirando al grupo de empresarios al que se dirigían.

—Oh dios mío, ¿Ese es Jimmy Carlton?

—¿Lo conoces? —preguntó, mirándola con una ceja arqueada.

—¿Que si lo conozco? Fuimos novios un tiempo.

—¿Novios?

Steven miró al muchacho con una sensación que nunca había sentido antes y luego a ella, que tenía una sonrisa de oreja a oreja. ¿Acaso le molestaba que se conocieran?

Se acercaron despacio mientras Lorraine pensaba como actuar frente a su ex.



Llevaban algo más de un año cuando, en una de las visitas a la casa de los Carlton, a varias manzanas de la suya, se enteró de que, la hija del dueño de la empresa donde trabajaba el señor Carlton, estaba interesada en él.

Sabía que Mandy era muy rica, pues era la hija de un magnate. Después de pensarlo durante varios días, decidió que no podía seguir con él, no quería que su relación siguiera adelante y que su futuro juntos fuera una vida de trabajar, facturas, más trabajar y más facturas. Una esposa adinerada era el sueño de todo hombre y si además era bonita más aún.

Con el dinero de su primera nómina y lo que tenía ahorrado de sus trabajos de paseadora de perros, se independizó. Se fue sin despedirse de él y a setenta y cinco kilómetros de distancia.



Cuando la pareja llegó al grupo de personas Steven trató de presentarla, pero tan pronto como Jimmy se fijó en su acompañante supo quién era. De un par de pasos acertó la distancia entre ellos y la abrazó, elevándola del suelo y girando con ella entre sus brazos, dejando al resto de hombres totalmente sorprendidos.

—Madre mía, Lori, ¡Pero qué guapa estás!

—Tú también Jim —sonrió—, tú también.

Steven se acercó a la chica y la apartó despacio con las manos en su cintura.

—Te fuiste sin despedirte ...

—Lo hice por tu bien ... ¡me enteré de que te casaste! ¡Enhorabuena!

El falso novio tenía la expresión más seria que había visto desde que se conocían, y supo rápido que estaba metiendo la pata, que estaba hablando de más, de modo que dio un par de pasos atrás y se colocó al lado de él.

—Ellos son Tod, Franc, Vic y Horatio. A James ya lo conoces. Está casado con Mandy, la hija de Horatio —explicó—. Ella es mi ... es Lorraine Gibson, mi novia.

—Vamos Stevie, todos aquí saben que eres gay —dijo Jim sin intención de molestar.

Steven carraspeó notablemente molesto, pero no dijo nada para defenderse.

Se sentía tan extraño al ver como Lorraine y ese estúpido de James hablaban tan amigablemente que, inesperadamente, se apartó del grupo con dirección a la mesa.

Jamás, en toda su vida, se había sentido tan irritado por algo como aquello. Era su novia falsa pero su novia al fin y al cabo. ¿Celos? Sacudió la cabeza ante esa idea de locos.

En vista de que Steven no regresaba al grupo, Lorraine saludó a los hombres y, después de una sonrisa afable, cruzó la enorme sala en busca de su novio.

—Nunca imaginé que encontraría en un sitio como este a mi ex —sonrió mientras tomaba un vaso con agua helada que el camarero le ofreció después de pedirlo—. Hacía mucho que no lo veía pero no ha cambiado nada.

Steven no respondió. La ignoró como si fuera una desconocida, como si ella no fuera nada suyo. Algunas personas en la sala, sobre todo las chicas a las que habían saludado en primer lugar, los miraban, esperando el menor indicio de que estuvieran enfadados, así que Lorraine agarró su brazo, le quitó la copa para dejarla en la mesa y tras una sonrisa al camarero, tiro de él hacia la pista de baile. Rodeó su cuello con los brazos para bailar, pero Steve no se movió, permaneció inmóvil, evitando mirarla como si sus ojos pudieran, como los de Medusa, convertirle en piedra.

—Estás serio, ¿Qué te pasa? —Preguntó al ver que no reaccionaba— ¿Estás enfadado por lo que la gente murmura? No hagas caso de lo que digan. Muchos solo quieren molestar, pero no te que dejes arrastrar por ellos, eso es lo que quieren. —Lorraine llevó las manos a sus mejillas y le obligó a girar la cara y a mirarla—. Baila conmigo.

Aunque no quisiera no pudo evitar ceder a su petición. Llevó las manos a su cintura y la pegó a él. El calor de sus piernas atravesaba el vestido y la tela de su pantalón, haciendo que aún se sintiera más molesto al imaginarlos juntos.

Sus movimientos, lejos de ser lo gráciles que tendrían que ser en un baile como los de aquel salón, eran bruscos, obligando a la muchacha a que se apartase de vez en cuando para reclamarle con la mirada.

El padre de Steven llevaba rato observando a su hijo. Después de que se dijera que era gay no había vuelto a tener pareja hasta que de pronto apareció con esa chica. Hasta ese día podría haber jurado que solo la usaba como escudo, para que nadie le acusase de nada que no debiera saberse, pero la forma en la que le había visto acariciar su cintura, el tono de su voz cuando ella hablaba con Carlton o la forma en la que la miraba no era la que usaría un chico gay con una novia falsa.

Siguió mirando a su hijo mientras bailaban entre el gentío, pero de pronto todos se quedaron en silencio, sorprendidos por lo que acababa de pasar en medio de la pista.

En uno de los movimientos, Lorraine ya no quiso soportar más y se detuvo, quedando frente a él, necesitaba saber por qué estaba actuando tan agresivo.

—Vamos, dime qué te pasa... —él no respondió, giró la cara para no enfrentarse a ella, pero ella bloqueó el gesto—. Dime qué te pasa ...

Steve la miró directamente a los ojos, pero ella lo miraba de aquel modo, entre curiosa y asustada y de pronto no pudo contenerse a sí mismo. Llevó las manos a sus mejillas y la trajo hacia su boca.

—Me pasa que me gustas, que estoy loco por ti y que me mata imaginar que estúpido de Carlton haya besado tus labios.

Sin decir más, sin dejar que ella dijera nada, la besó, llamando la atención de todos, aunque en ese momento fuera lo que menos le importaba.

Sus bocas permanecieron fundidas unos segundos, o quizás unos minutos. Ninguno reparó en ese tiempo en el que no podían ver nada más, pero cuando él se apartó para mirarla, Lorraine se disculpó y corrió al baño en busca de algo con lo que calmar sus nervios.

Se dijo mil veces que esa no era una relación real, que ella solo fingía que salía con él para que nadie más dijera jamás que él era lo que en realidad no era, pero su «Me gustas, estoy loco por ti» había hecho que sintiera como si la tierra se abriera bajo sus pies, y ahora temblaba, víctima de todo lo que empezaba a despertarse en ella.

Daba vueltas en el cuarto de baño con las manos en el pecho, tratando de calmarse. ¿Cómo iba a mirarle a la cara después de eso? ¿Qué iba a hacer ahora?

Hacía media hora que Lorraine había entrado en el tocador y le inquietaba que estuviera enfadada por ese beso, o más que eso: por su repentina confesión. Sin haber logrado prestar atención a la conversación que tenía con uno de sus amigos, cruzó todo el salón para buscarla. Todos allí miraron al muchacho, pero él no se dio ni cuenta, abrió la puerta del baño y la empujó ligeramente para cerrarla, sin éxito.

—¿Estás bien?

—Sí ... —lo miró a los ojos creyendo que su corazón se detendría en cualquier momento— Me ha sorprendido ese beso, es solo eso.

—Lo siento. No quería... —Demonios, si quería, claro que quería, y llevaba demasiado tiempo queriéndolo.

No terminó de hablar, se abalanzó sobre ella y la besó nuevamente, solo que esta vez sí fue un beso correspondido. Así como él bloqueó su cara, ella llevó las manos a las de él, entrelazando los dedos. Steven la llevó despacio contra el lavabo para que se apoyase en él y colocó las manos en su cintura a través de las aperturas del vestido sin dejar de besarla. Casi podía sentirla arder bajo la tela, y eso solo podía significar que se sentía igual que él.

De pronto, cuando ella abrió los ojos para mirarle, vio que la puerta estaba abierta y que había gente mirándolos a través de la apertura. Lo apartó de un empujón y después de una mirada desconcertada salió del baño.

Corrió fuera de aquel salón lleno de gente sin intención de volver a entrar.

Steven permaneció un par de minutos apoyado en el lavabo, con una mano cubriendo sus ojos y la otra sobre la fría porcelana, deseando no haber metido la pata con ella.

No pasó mucho. Salió del baño mirando a todas esas personas como si no los conociera, sintiendo que acababa de tirar por la borda algo que aún no sabía qué era pero que le importaba.

No reparó en despedidas o saludos, y le importó poco lo que fueran a decir o inventar después. Salió del salón, atravesó el vestíbulo corriendo por los brillantes suelos, escuchando sus propios pasos y la alcanzó en la entrada.

La abrazó por la espalda, pegando su cuerpo al de ella y apoyando el mentón en su hombro derecho. —Lo siento mucho, me he dejado llevar.

Lorraine no respondió. Llevó las manos hasta las de él, soltó su agarre y siguió caminando lentamente hasta el exterior, dejándolo atrás sin detenerse a mirarlo ni una sola vez.

## CAPÍTULO ONCE

No dijeron nada al bajar de la limusina. Steven no le quitaba el ojo de encima, pero ella solo evitaba cruzar miradas con él, y al entrar en la mansión subió directamente a su habitación. El simple hecho de sentir sus ojos sobre ella la ponía más nerviosa de lo que había hecho nunca antes la mirada de un hombre, aunque la de él no fuera lasciva, aunque la de él no estuviera llena de deseo. Cerró la puerta y caminó pensando cómo demonios iba a mirarle a la cara después de eso, sintiéndose como se sentía.

Steven fue al salón y se sirvió un vaso de whisky, se sentó en uno de los sillones de cuero marrón y se aflojó la corbata. Le angustiaba no poder disculparse por haberle dicho que le gustaba, por saber que le había incomodado el que la besase como lo había hecho.

Miró el líquido ámbar de su vaso mientras lo movía en círculos, y antes de dar el primer sorbo lo dejó sobre la mesita de cristal. Corrió al dormitorio de Lorraine sorteando los escalones de dos en dos y entró en el dormitorio sin llamar.

—¡Steven! —lo miró sorprendida.

Pero él no dejó que dijera nada más. La atrajo con una mano en su cintura y la otra tras su cuello, besándola como nunca había hecho antes con nadie. Contuvo el aliento mientras acariciaba su boca con los labios, esperando para ver qué hacía, algo que tampoco había hecho nunca. Nunca se había sentido de esa forma mientras besaba a una mujer, jamás había tenido miedo de ser rechazado. Fue esa duda la que hizo que el beso le pareciese más importante de lo que había sido el primero. Ése era el motivo por el que sentía como si estuviera besando a una chica por primera vez.

Se apartó despacio para mirarla. Ella tenía los ojos cerrados y los labios entreabiertos, como si esperase que siguiera.

—Lorraine —murmuró. Inmediatamente volvió a apoderarse de su boca.

Notó las caderas entre sus manos y la presión de su cuerpo contra él. Ella había llevado las manos a su pecho y pudo apreciar su calor a través de la ropa. Pese a todas las chicas con las que había estado nunca había reparado en cómo se sentían las curvas de una mujer entre sus manos o lo eléctrico que podía ser un beso cuando en realidad se desea como lo deseaba él.

Cuando llevó la mano de su cadera a su espalda, Lorraine lo empujó como había hecho en el baño de la mansión de la fiesta, mirándolo con desconcierto.

—¿Por qué has hecho eso, Steven? Aquí no hay nada que fingir.

Su pulso era tan fuerte que se apreciaba la sacudida de cada latido a través del vestido.

—Te lo dije antes —murmuró— Me gustas. Estoy... estoy loco por ti.

Ambos se miraron unos segundos sin saber qué hacer.

Lorraine no supo cómo había vuelto a pasar. Cuando se dio cuenta, Steven estaba besándola de nuevo y ella se encontraba en el círculo de sus brazos sin encontrar en sí misma fuerza de voluntad para apartarle. Lo peor era que no quería rechazarle, quería seguir sintiéndolo alrededor suyo.

Steven deslizó una mano por sus costillas, haciendo que contuviera el aliento. Se detuvo en la curva de su pecho y acarició despacio por debajo, sintiendo como trataba de contener un gemido. Siguió hasta su espalda lentamente, extendiendo el calor por donde pasaba su mano, y luego llevó la otra hasta llegar a la base de sus pechos, ahuecando uno y apretándolo ligeramente mientras interrumpía el beso para mirarla.

Sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, Lorraine llevó las manos hasta su cuello, enredando los dedos con su pelo y atrayéndolo hasta ella para que siguiera besándola de ese modo.

Le gustaba tanto que no quería que parase, que no quería parar.

Steven tomó su gesto como una instigación a que siguiera, e inmediatamente introdujo la lengua en su boca, haciendo de ese beso algo excitante y placentero.

Subió las manos hasta sus hombros, clavando los dedos suavemente mientras la pegaba contra su cuerpo por unos segundos. Lorraine pudo sentir la dureza de su pantalón y sonrió, sabiendo que él estaba tan caliente como ella.

La tela del vestido era fina y elástica, y no le costó deslizarlo hacia abajo. Ella, lejos de oponerse cuando lo bajó, empezó a aflojar el nudo de su corbata y desabotonó la camisa para acariciarlo.

En el mes y poco que hacía que fingían salir, Lorraine no lo había visto sin camiseta ni una sola vez, intuía que estaba en forma, pero no fue hasta que abrió la camisa que vio realmente su cuerpo. Su estómago estaba plano y duro, bien definido, y aún se tensó más cuando la atrajo con las manos para pegarla a él.

Steven inclinó la cabeza para besar su cuello y ella aprovechó para deslizar su ropa hacia atrás, igual que había hecho él con su vestido.

No sabía cuándo se había dado cuenta Steven de que le gustaba, no sabía cuándo había nacido ese deseo, pero en ese momento no importaba. Cuando subió a su boca Lorraine bloqueó su cara con las manos en sus mejillas, devolviéndole el beso como no había hecho hasta ese momento, con toda la pasión desatada, con el deseo a flor de piel.

Sentía sus manos por todas partes, apretando su cintura, acariciando sus hombros, clavándose en su espalda.

Steven se deshizo de su cinturón y luego buscó el que dejaba el vestido de ella a la altura de las caderas, la quería desnuda, tanto o más que la primera noche que pasó en su apartamento, cuando el deseo por ella había empezado a crecer.

Mientras él acariciaba su trasero, ella desabotonó su pantalón, metiendo la mano por la apertura y notando que estaba preparado, henchido y duro como una piedra.

Le hizo contener el aliento cuando empezó a mover la mano arriba y abajo, y se mordió el labio inferior al apretar suavemente el extremo y ver el efecto que producía en él.

Steven se apartó, sin dejar que siguiera, y terminó de desnudarse. Acortó nuevamente la distancia entre ellos con el deseo quemando bajo su piel. Tomó su cara entre las manos y se apoderó fieramente de su boca. Caminaron despacio hasta la cama y se dejó caer sobre el edredón, tirando de ella para ponerla a horcajadas sobre él.

—¿Qué estamos haciendo, Steven?

—¿No es evidente? —sonrió seductoramente, acariciando su cintura, haciéndola sonreír también por las cosquillas.

—¿Pero por qué estamos haciendo esto?

—Porque los dos lo queremos.

Sin darle la oportunidad de negarlo, sin dejar que dijese nada más, inclinó la cabeza para besarla de nuevo.

Envolvió los brazos en su cintura, buscó primero un pecho y luego el otro con los labios mientras ella echaba la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados, entregándose por completo al placer que le daba con solo ese gesto. La escuchaba respirar pesadamente y mientras acariciaba el pezón con la lengua, lo mordía y lo succionaba, ella se acariciaba el otro pecho con una mano, apretando el pezón entre los dedos.

Sintiéndose cada vez más excitado metió una mano entre sus piernas, acariciando por encima de las húmedas braguitas mientras ella seguía jadeando. Pero aquello no era suficiente. Deslizó la mano

dentro de la prenda y la tocó, esta vez sintiendo la humedad caliente que emergía de ella. Intensificó las caricias, penetrándola con los dedos mientras ella se humedecía los labios y abría la boca con cada exhalación, pero de pronto se apartó.

—¿No te gusta?

—Sí, pero ...

Steven la tomó de repente por la cintura y la tumbó sobre la cama, quedando él encima. Tiró hacia abajo de la única prenda que le quedaba y la contempló totalmente desnuda.

—Pensé en esto la primera vez que te vi. —confesó.

—Steven ...

—Shh —siseó.

Se deslizó sobre ella y la besó intensamente, mientras la acariciaba. Luego, de pronto se apartó, y atrayéndola la puso en pie. La llevó hacia la ventana y la puso de cara al cristal, bloqueándola con su cuerpo, quedando él a su espalda. Lorraine tomó aire al sentir el frío vidrio en sus pechos y en su abdomen. Él agarró sus manos y las puso a los lados de su cabeza, entrelazando los dedos. Le separó las piernas con la suya y se acercó a su oído.

—¿Estás lista? —preguntó con un tono aterciopelado. Ella sabía lo que seguía y asintió con un sonido provocativo acompañado de una sonrisa.

Él no lo pensó, llevó las manos a su cintura y con una embestida fuerte se hundió en su sexo.

Lorraine se sintió llena, caliente, terriblemente excitada. Empujaba hacia atrás mientras él se presionaba contra ella una y otra vez, saliendo y entrando de nuevo con movimientos poderosos, vigorosos e intensos. De pronto se apartó, la hizo girarse y la elevó por la cintura. Ella enroscó sus piernas a su cintura y él los llevó de vuelta a la cama.

—Quiero verte mientras lo hacemos —dijo con voz ronca, estirándose sobre el colchón.

Lorraine sonrió se deslizó sobre él, deteniéndose en el lugar que la reclamaba y pasó una pierna por encima de las suyas para sentarse sobre su poderosa erección.

Esta vez ambos sintieron la entrada de forma distinta, ella mandaba. Y, mientras él apretaba sus caderas atrayéndola con fuerza, ella se acariciaba y apretaba los pechos, incrementando aún más el placer.

El clímax llegó casi inmediatamente, con la fuerza de un huracán. Steven la escuchó gemir al mismo tiempo que lo hacía él y pocos segundos después se dejó caer sobre la cama, a su lado.

Nunca antes había hecho el amor de esa manera, nunca había experimentado ese remolino de sensaciones con una mujer. Llevó un brazo sobre ella, ofreciéndoselo de almohada y se giró para tenerla frente a frente mientras Lorraine le ponía una mano en el pecho y la otra en la cintura.

—¿Te he dicho que me gustas? —Preguntó. Ella abrió los ojos y lo miró directamente a los suyos con la respiración aún agitada.

—Si ...

Por un momento se sintió ridículo, ella no le había dicho en ningún momento que sintiera algo por él, pero empezó a hablar.

—No sé si esto ha estado bien ...

—¿Te ha gustado? —Ella asintió, cerrando los ojos y acomodándose en su brazo— Entonces ha estado mejor que bien.

## CAPÍTULO DOCE

La noche había dado paso a la mañana y Lorraine se despertó con el canto de los pajarillos. Se acomodó entre los brazos de ese hombre y sonrió al recordar lo que había pasado tan solo unas horas atrás. Lo miró detenidamente, como tratando de memorizar cada una de las líneas de su cara pero de pronto, la sonrisa de su cara se esfumó. No podía ser, acababa de darse cuenta de que estaba perdidamente enamorada de él, que todos los sentimientos que trataba de retener desesperadamente, él los había desatado por completo en una sola noche y se sintió ahogada. Era como si hubiera abierto una puerta dentro de ella, liberando todo lo que había tenido cautivo durante todas esas semanas. Mientras él dormía a su lado, se vistió y salió a la playa. Había amanecido hacía poco y el sol aun no calentaba.

Se abrazó a sí misma tratando de no temblar por el frío, pero poco después sintió la cálida suavidad de una manta sobre sus hombros.

—Te vas a helar aquí fuera.

—Tenemos que dejarlo aquí, Steve. No puedo seguir, ni con esto, ni aquí, ni viéndote.

—¿He hecho algo?

—No, no has sido tú, he sido yo. He... he incumplido la parte más importante del contrato y no puedo seguir con esto.

Steven la miraba sin entender del todo a lo que se refería. Ninguno había seguido cada cláusula de ese contrato, se habían reclamado, habían tenido más que un simple contacto físico y, al menos por su parte, se había enamorado de ella, y lo había comprobado al sentirse loco de celos al saber lo de ella con Jimmy Carlton.

—Recogeré mis cosas y me marcharé en un rato.

—Vamos Lori, ¿No puedes replanteártelo? ¿No puedes quedarte un poco más?

—No lo entiendes, ¿Verdad? Me he enamorado de ti, Steve, y eso era lo único que quería evitar.

—Pero eso no es tan malo... Yo...

—No, no es malo —interrumpió—, pero lo nuestro no puede ser. Yo soy de clase media, escritora con un futuro incierto... tú eres rico, tienes un futuro por delante con las empresas de tu padre, lo que más te conviene es una chica de tu clase, no una Cenicienta.

—¿Te refieres a una chica como Lucinda? ¿O como Ylene? ¿O quizás como Euleen? Lorraine, ¿No crees que mi futuro debería decidirlo yo?

La muchacha lo miraba directamente a los ojos y, cuando una lágrima rodó por su mejilla él no dudó en llevar una mano hasta ella para secarla.

—Lorraine, yo...

Ella no esperó a que dijera más. Llevó una mano hasta la de él y la apartó despacio. Corrió por la arena hasta la casa y subió las escaleras de dos en dos para ir a por sus cosas a su habitación.

El vestido que Steven le había comprado y que le había quitado solo unas horas atrás, aún permanecía tirado en el suelo, en el mismo sitio que había caído cuando él besó su cuello y lo deslizó suavemente por sus hombros.

Steven no entendía nada. No entendía como podía ser malo que dos personas se enamorasen. Quizás tenía razón con lo de la chica que más le convenía, así al menos era como pensaba su padre, pero su vida era su vida y no podía permitir que nadie decidiera por él.

Había querido a Euleen como no había querido a ninguna otra, pero lo que había sentido entonces no podía compararse a lo que sentía ahora. Corrió al dormitorio de Lorraine esperando que realmente no

se hubiera marchado cuando se vio interrumpido por el mayordomo, era muy temprano para una llamada de teléfono, pero su madre no entendía de horas.

—Me he enterado de que tienes novia ... incluso que la has llevado a la fiesta anual de ...

—En este momento no puedo hablar, mamá.

—Entonces iré a comer a tu casa, pide que preparen comida de más. Iré con tiempo, quiero conocerla. Antes de que pudiera decir nada, la señora Logger cortó la llamada.

Steven se acercó a la puerta de Lorraine y llamó con dos toques suaves, abrió al ver que ella no respondía. La escritora estaba frente a la ventana, mirando el resplandor del sol sobre el agua del océano. Se aproximó a ella despacio y se detuvo a su lado, no muy cerca para no incomodarla pero tampoco muy lejos.

—Mi madre quiere conocerte. —Lorraine se giró hacia él espantada—. No es lo que crees, solo quiere comprobar que esto nuestro es una farsa, y buscarte mil defectos. Encontrar mil excusas por las que no puedo estar contigo.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Solo no te vayas, actúa como hasta ahora.

—¿Hasta cuándo, Steve? ¿Hasta cuándo?

—Quédate conmigo hasta la boda de mi hermano, para eso quedan menos de dos meses.

Su voz sonaba como siempre, pero en sus ojos había una expresión de ruego. Lorraine se volvió hacia la ventana nuevamente con expresión seria.

—No sé ... Ya no puedo seguir fingiendo y lo sabes.

—Yo tampoco puedo. Ni quiero.

Permanecieron en silencio uno al lado del otro, escuchando sus respiraciones.

Pese a haber querido marcharse no encontró fuerzas para hacerlo. Se iría, lo tenía decidido, pero sobre todo porque tenía la absoluta certeza de que esa era una relación imposible. Ella ni siquiera había terminado la universidad como para ser medianamente bien vista en su círculo social.

—¿Hay algo que deba saber sobre tu madre? —preguntó sin mucho interés.

—Ella no es una persona amorosa. Se casó con un matrimonio arreglado y nunca ha sido una persona cariñosa.

—Definitivamente el dinero no da la felicidad.

—Sí que la da, Lori. Un niño puede ser feliz con un juguete, eso no lo da sino el dinero. Un multimillonario es feliz cuando se compra un yate nuevo, y eso no lo da sino el dinero.

—No da la felicidad, ¿Para qué quiere ese niño un juguete si a lo mejor no tiene quien le dé un beso de buenas noches al ir a dormir? ¿Para qué quiere ese multimillonario un yate si no tiene compañía con la que lucirlo?

—Fuiste feliz anoche con ese vestido ...

—No, fui feliz cuando me lo quitaste. —Justo después de haber confesado eso se dio la vuelta avergonzada.

Steven sonrió con aquella afirmación y sintió unas horribles ganas de hacer lo mismo con la ropa que llevaba puesta: quitársela. Y besarla, y llevarla contra el cristal para repetir lo de unas horas atrás...

Tal como la señora Logger había dicho, llegó a la mansión de Steven un rato antes de la hora de comer, pero para sorpresa de su hijo, no lo hizo sola. Con ella iban Euleen y su hijo mayor.

Steven, que había cogido la mano de su falsa novia justo antes de que entrasen, ahora la apretujaba con fuerza, haciendo que ella tratase de soltarse mientras apretaba los dientes y forzaba una sonrisa disimulando el dolor.

—Así que esta es la señorita con la que dices salir ... —dijo su hermano con prepotencia.

—No lo digo, lo hago. Lori —dijo, girándose a ella para presentarle a su familia—, ella es Amelia, mi madre —señaló— y ellos mi hermano Liam y mi ...

—Su futura cuñada —sonrió Euleen.

—Yo soy Lorraine Gibson. Encantada de conocerles —tendió una mano como saludo, pero nadie la estrechó en respuesta.

La señora Logger la analizaba detalladamente, igual que había hecho su marido mientras informaba a Steven sobre la boda de su hermano. Se asqueaba al ver lo vulgar que parecía, esforzándose en ser agradable con esa sonrisa. Se veía a kilómetros, que ella y su hijo no estaban saliendo y le molestaba que dijera que le gustaba solo porque él era rico.

Mientras comían en la elegante mesa del comedor, Steven movía las piernas nerviosamente. Cuando Lorraine se dio cuenta, llevó una mano a su rodilla y la apretó despacio, transmitiéndole que ella estaba ahí, él entrelazó los dedos con los suyos y la miró agradeciéndole el gesto.

Euleen vio que ambos tenían las manos bajo la mesa y fingió que se agachaba a por algo para mirar.



Había querido a Steve de verdad. Le había engañado solo una vez con su hermano, ella iba más que bebida y al entrar en la mansión Logger los confundió, pero a pesar de ello no se guardó el secreto cuando Steve colocó el anillo de pedida en su mano. Fue sincera, aunque eso le llevase a perderle. Para poder estar cerca de él empezó a salir con Liam. Le adoraba, la trataba bien y la llenaba de caprichos, pero resultaba imposible estar tranquila si sabía que en cualquier momento llegaría otra y ocuparía su lugar al lado del menor de los hermanos. Así que, cuando se enteró del lanzamiento de Pretty Love de Elizabeth Abbott y supo de lo que trataba, quiso proteger su propio corazón difundiendo la falsa sexualidad de Steven, aunque supiera que el del libro no era más que un personaje de ficción. Pronto, todo su círculo social estaba más que enterado y las mujeres huían de él como si tuviera algo contagioso.

Ahora, la forma en la que miraba a esa chica, la forma en que habían entrelazado sus dedos y la forma en la que ella le trataba, le indicó que había perdido, que tanto esfuerzo había sido en vano.



—Dime, Lorraine —empezó a decir Liam después del segundo plato— ¿Hasta cuándo vais a mentir con lo de que estáis enamorados? Todo el mundo sabe que mi hermano es homosexual, hasta los sirvientes en su casa son todo hombres, ni una chica ...

La muchacha apretó con fuerza la mano de su falso novio. ¿Ni una chica? ¿Y ella qué demonios era si no?

—¿Mentir? Yo no tengo por qué mentir, Liam. No tengo que quedar bien con nadie. Amo a tu hermano, y no me importa si lo creen los demás o no.

Steven volteó su mano y entrelazó de nuevo los dedos con los de ella, haciendo que cogiese aire al sentir el tacto de su piel. Esta vez lo sintió de forma distinta a un rato antes, cuando él solo le agradecía con ese gesto, ahora parecía una caricia, una muestra de cariño.

—Creo que mi hermanito solo quiere demostrar lo que no es en mi boda, pero no durareis mucho más ...

La mirada entre ella y el hermano mayor era seria, oscura, tensa, tanto que podía cortarse con un cuchillo.

—Bueno, esperemos que pase tu boda, veremos si es cierto lo que dices. —Le retó aun sabiendo que después del enlace seguirían sus vidas por separado como hasta antes de conocerse.

Después de la comida Euleen pidió a Lorraine que le enseñase la casa y cuando Steven asintió, la escritora se llevó a la futura esposa. La guió por las estancias como Steven había hecho con ella más de un mes atrás.

Caminaron por el pasillo y le enseñó el dormitorio del heredero, que estaba perfectamente ordenado, perfectamente limpio.

—¿Sabes? Steven es muy pasional.

—Hmm ... no, no lo sabía —mintió, sintiéndose más incómoda de lo que se había sentido jamás.

Al darse la vuelta para enseñarle la otra habitación, Lorraine recordó que la ropa de ambos seguía ahí, desperdigada por el suelo, como la habían dejado antes de pasar la noche juntos.

—El otro cuarto es como el de Steven.

—¿No me lo vas a enseñar?

—Es que ... está desordenado .

Euleen hizo caso omiso y se acercó para abrir la habitación, pero Lorraine se colocó rápidamente delante de la puerta para que no pudiera entrar.

—¿Os habéis acostado?

—Creo que no te concierne si nos hemos acostado o no, Euleen. Esa es nuestra vida privada.

—Me interesa. Claro que me interesa y mucho. ¿Sabes que estuvimos comprometidos? Nos amábamos.

—¿Bajamos? Creo que deben estar esperando a que nos reunamos con ellos.

—Steven siempre me amará. Jamás encontrará a alguien a quien pueda amar más que a mí.

Lorraine sintió como si un puñal atravesase su corazón, pero no respondió a aquello. No iba a negarlo. Sabía que él se ponía tenso cuando la veía, y eso solo podía significar que aún había sentimientos muy fuertes en su corazón.

Sin decir una palabra se movió de la puerta, dejando a Euleen ahí, y empezó a caminar por el pasillo de vuelta al salón. No quería escuchar nada más sobre el compromiso o la relación que habían tenido ella y su falso novio. Ahora solo deseaba que se marchase y que pasase el tiempo lo más rápido posible.

Las horas avanzaron más lentamente que nunca y cuando al fin se marchó la familia de Steven, Lorraine salió a la terraza. Se sentó en el borde de la piscina y metió los pies en el agua. «Steven siempre me amará». Aquellas palabras no le abrían herido como lo habían hecho si no hubiera aceptado el trato con él, si no hubiera ido a su casa, si no hubiera dejado que desatase el amor que ella reprimía tan celosamente. Contuvo las lágrimas mirando hacia el horizonte. No iba a llorar.

—No sabría que vendrían Liam y Euleen. —Steven se acercó a ella y se sentó a su lado, imitándola.

—No quiero seguir aquí ... Steven. Quiero irme, olvidar que te conozco.

—Lo sé. —Y lo sabría aunque ella no se lo hubiera dicho.

Era tan difícil sentir lo que sentían y no querer o no poder confesar sus sentimientos ...

Sin decir nada más se puso en pie y bajó a la playa, dejándola sola en la piscina. El sol se había ocultado y le gustaba caminar por la arena por la noche, le relajaba.

Lorraine lo observó durante un rato. Steven se acercaba a la orilla y dejaba que sus pies se hundieran en la arena con el vaivén de las olas.

Aun en su propia casa tenía esa postura recta y elegante que le había impresionado tanto la primera vez que le vio.

Bajó por la escalerilla de piedra hasta la arena, ésta aún estaba caliente por el sol. Caminó despacio y se puso a su lado, a escasos centímetros de su mano.

—También es difícil para mí, Lorraine —confesó, sabiendo que ella entendería a lo que se refería—. Pero dime, ¿Por qué rompiste con James Carlton?

—En realidad nunca rompí con él. Había una chica que estaba enamorada de él ...

—¿Tu?

—No, aparte de mí. Mandy. El padre de Jimmy trabajaba entonces para Horatio y su hija preguntaba constantemente por él. Ella era rica y creí que sería mejor partido que yo. Simplemente me marché ...

—Eso es muy hipócrita por tu parte, Lori —esta lo miró con incredulidad—. ¿Ella era un buen partido para tu novio de clase media y yo, siendo rico, no soy un buen partido para ti ... ? No lo entiendo.

Ella no respondió. Volvió la vista al frente y fingió que no le había escuchado.

Cuando el aire empezó a ser fresco, Steven decidió entrar, sabía, por esa misma mañana, que cuando Lorraine pegaba con fuerza sus brazos contra su pecho era porque tenía frío. Llevó una mano hasta la de ella y tiró, caminando en silencio por la arena hasta el tramo de escaleras, donde la soltó para adelantarse.

—Voy a poner una película ... ¿Te apetece? —preguntó, deteniéndose frente a la puerta de cristal antes de entrar.

—¡Claro! ...

La salita donde Steven tenía la mini sala de cine era oscura y muy íntima. Los sillones no eran individuales sino dobles, para sentarse en ellos de dos en dos.

Después de una hora de película, los protagonistas se conocían bien y habían tenido más de un beso apasionado, escenas que incomodaban bastante a Lorraine, pero después de uno de esos besos, el siguiente acto fue más íntimo, tanto la chica como el chico de la película se tocaban mutuamente entre jadeos y palabras más que sugerentes mientras se desnudaban, y ella ya no pudo seguir viendo aquello. Se sentía inquieta.

—Yo ... me voy a la cama.

—¿No terminas de ver la película?

—No. Me siento incomoda —confesó— Buenas noches, Steve.

Empezó a caminar entre los asientos para salir cuando él la frenó de una mano.

—Siento que lo que ocurrió anoche te incomode tanto. Siento que te haga sentir mal.

—Lo que me hace sentir mal no es lo que pasó. Steve, la nuestra no es una relación real, y no lo será.

Él no añadió nada, soltó su mano y dejó que se marchara.

Lorraine caminó despacio, deseando que la alcanzase y la besase, deseando que tratase de repetir lo de la noche anterior. Sabía que lo suyo se terminaría después de la boda de Liam pero aun así quería aprovechar al máximo su tiempo con él.

—Deberías buscarle tú ... —se decía en voz baja mientras caminaba por el pasillo.

Al abrir la puerta del dormitorio y contemplar la ropa aun desperdigada por el suelo, recordó a Euleen frente al dormitorio. «Steven siempre me amará».

Recogió la ropa del suelo, dejándola sobre el sillón de cuero que había a un lado, junto a la ventana y se metió en la cama con un nudo en la garganta.

## CAPÍTULO TRECE

«Steven siempre me amará». Imposible, era imposible dejar de pensar en esas odiosas palabras, en la expresión de Euleen cuando lo dijo, o en la forma en la que Steven había apretado su mano cuando entraron por la puerta su madre su hermano y ella.

Le había dicho que le gustaba incluso antes de besarla por primera vez, pero por momentos dudaba de si solo se había tratado de un número para llevarla al huerto. Ella se dejó enredar, también lo quería, pero las palabras de esa chica la hirieron demasiado y le hicieron poner en duda que sus sentimientos fueran reales.

Antes de que la mañana se levantase por completo Lorraine tenía la mochila con todas sus cosas sobre la cama. Iba a marcharse.

Sabía que Steven estaba durmiendo, a veces se levantaba temprano para reunirse con su padre o con algún socio de la empresa, pero esa mañana no le oyó salir.

Al salir de la mansión volvió la vista atrás, lo había pasado realmente bien con él. Se había reído, se había sentido como una niña y ... se había enamorado. Desvió la mirada hasta el dormitorio de Steven sintiendo como su pecho se encogía por marcharse así, pero el claxon del taxi le avisó de su llegada y después de tomar aire con fuerza subió al coche.

Entrar en su apartamento no fue todo lo grato que pensó, pero se dijo a sí misma que todo volvería a estar bien. Se apoyó contra la puerta de la entrada y se deslizó hasta el suelo, quedando sentada con las rodillas pegadas al pecho. Realmente se había enamorado de él.

No pasó mucho rato en esa postura. Se puso en pie, tomó aire con fuerza y caminó por el pasillo con dirección al salón.

—¿Steven?! —preguntó totalmente sorprendida por verlo ahí, en su apartamento, sentado en el sofá. El muchacho se giró hacia ella con el semblante serio.

—Pensé que lo pensarías, que te quedarías, y no que te irías furtivamente sin una despedida. — Lorraine lo miró sin atreverse a decir nada pero Steven se puso en pie y se acercó a ella—. Supongo que este es nuestro adiós ... —ella siguió mirándolo sin decir una palabra.

Steven actuaba frío como al principio, como si la odiase, aun así se acercó a ella. Puso una mano tras su cuello y la besó en la frente antes de dirigirse a la puerta.

—¿Cómo has entrado? —Preguntó cuando abrió para salir.

—Así que eso es lo único que te preocupa. Cómo he entrado ... Me ha abierto tu recepcionista. Sin decir una palabra más cerró la puerta, dejándola en el apartamento completamente sola. Lorraine dejó caer al suelo la bolsa de tela con sus cosas y se llevó las manos a la cara.

Steven se había dormido en el asiento doble de su sala de cine y cuando se despertó era casi de día. Caminando hacia su habitación vio luz por debajo de la puerta de Lorraine y pretendiendo saludarla. Abrió la puerta despacio. Su falsa novia tenía su ropa sobre la cama, y en la mochila que había llevado, había algunas prendas dobladas. Supo enseguida que lo que le había dicho la mañana anterior sobre marcharse iba en serio.

Se metió en su cuarto sin saber qué hacer, dudando entre ir y detenerla o dejarla marchar. Antes de darse cuenta estaba en su coche, conduciendo con dirección a su apartamento.

Cuando cerró la puerta dejándola sola en su piso sintió como si la tierra se abriera y estuviera a punto de engullirle. Podía parecer algo de lo más inusual, solo se conocían de un mes, pero se había enamorado de ella y dejar que se fuera de su vida era como dejar que le arrancase el corazón. Aun así el amor no se puede imponer y, aunque ella le había dicho que había roto la regla y se había enamorado de él, realmente dudaba de si era cierto o solo una excusa para marcharse por lo que había pasado esa noche.

Subió al deportivo blanco y condujo de vuelta a su mansión.

A duras penas podía respirar, había pasado seis horas sentada en el sofá, con la mirada perdida, tratando de tragarse el nudo que se había instalado en su garganta.

Miró hacia su dormitorio y subió para cambiarse. Sólo había estado con él durante un mes, y eso no podía poner su vida patas arriba. Se vistió con su ropa deportiva habitual y salió a correr. Retomaría su vida y volvería a sus rutinas habituales: escribir, correr, visitar de vez en cuando a su editora ...

Al llegar a la playa fijó la vista en la orilla y respiró hondo al recordar la mañana anterior. «¿Ella era un buen partido para tu novio de clase media y yo, siendo rico, no soy un buen partido para ti ... ?». Sonrió tontamente al recordar esas palabras.

—Claro que eres un buen partido, y no por el dinero que tengas ... Pero algo que empezó mal no puede terminar bien ...

Al llegar la tarde Steven recordó lo que el recepcionista de Lorraine le había dicho tiempo atrás, ella iba a correr todas las tardes a la puesta de sol.

Caminó por el pasillo y se detuvo frente a su dormitorio, imaginándola dentro y no pudo evitar entrar. Todo estaba como si nunca hubiera estado allí. Se acercó a la ventana en la que dos noches atrás habían estado apoyados mientras hacían el amor y al poner las manos en el cristal, justo donde las había tenido ella puestas, centró la vista al frente, en la playa, en el lugar donde ella le había dicho que no podía seguir ahí. El día anterior había pasado relativamente bien, y haciendo memoria, no encontraba nada que pudiera haberle molestado hasta el extremo de querer marcharse, aun después de haberle dicho que se quedaría hasta la boda de Liam.

La imaginó corriendo por la arena, con una coleta alta sacudiéndose de lado a lado con cada salto, y con una camiseta celeste de tirantes dejando sus omoplatos al aire. Imaginaba que llegaba corriendo hasta allí, y que subía las escaleras hasta la piscina ...

Algo en su interior le pedía que volviera a ese apartamento, que le pidiera que volviera, que ... pero su cabeza le decía que permaneciera ahí, que se olvidase de ella.

Lorraine llegó a su edificio ya entrada la noche y subió lentamente cada escalón, deseando que Steven estuviera de nuevo en su sofá, que volviera a reclamarle el que se hubiera marchado y que le pidiera que volviera. Entró al apartamento sin encender la luz, esperando verlo a oscuras, con la luz de la luna iluminando sus preciosos ojos estrellados, pero al entrar hasta el salón no había ni rastro de él.

—Supongo que ibas en serio con tu adiós.

Pasaron un par de días sin verse, un par de días deseando fervientemente que el otro llamase a su puerta, que le dijera que no se separaría jamás, pero en esos dos días ninguno apareció frente al otro.

Algunos días después de marcharse del lado de Steven, Lorraine decidió hacer una cena en su casa, ésta vez sólo irían un par de amigas a las que no veía hacía mucho y Shelby, su editora. Ninguna sabía

de su relación con Steven y por consecuencia ninguna le mencionaría su nombre. Salió a correr como cada día y regresó temprano para prepararlo todo. Deseaba la distracción que supondría tener a sus amigas cerca, compartir risas y aventuras.

Después de la cena en el apartamento de Lorraine el día de la lluvia, la editora y ella no habían vuelto a verse, aunque sí que habían hablado muchas veces por teléfono. Curiosa por saber sobre el chico de la denuncia, en medio del primer plato soltó los cubiertos sobre la mesa y la miró directamente a la cara.

—Steven... supongo en algún momento tendrás que contarme por qué lo invitaste a cenar aquella noche.

—Ya os lo dije —empezó a decir, nerviosa por desviar la atención de ese tema.

—Lori, ¿Un chico? —pregunto Audrey, una de las amigas, con el ceño fruncido en una expresión simpática.

—Sí, eso ¿Un chico? Tú no tienes novio desde... ¿Cómo se llamaba?

—Se llamaba James Carlton —aclaró— pero Steven no... él no... no es ...

—Hasta donde yo sé, el señor Logger la llevó a juicio por su libro —las chicas la miraron horrorizadas— y ella como "agradecimiento" o disculpa, lo invitó a cenar con sus hermanos y conmigo... pero él se quedó después de que yo me fuera...

—Por dios Shelby no lo digas de esa forma. Sabes que aquel día llovía a mares. ¿Cómo crees que iba a dejarle marcharse con esa lluvia? Él solo durmió. Además, yo ni siquiera le vi por la mañana. Se marchó antes de que me despertase.

Las chicas empezaron a reír por esa actitud defensiva y desviaron la atención al libro que les había mostrado un rato antes. Ellas no habían leído *Pretty Love*, aun así no entendían qué podía haber causado que alguien la denunciase por algo que ella hubiera escrito en él, Lorraine no era del tipo de personas que hacían las cosas de forma precipitada o sin pensar bien antes de actuar.

Pese al momento incomodo en el que le preguntaron por él, la velada fue tranquila y cuando se marcharon se sintió en cierto modo, como en los viejos tiempos, cuando cenaban en casa de una o en casa de otra y luego terminaban la noche cada una en su cama con una conferencia telefónica a tres líneas hasta que se dormían.

Se estiró sobre la cama con una sonrisa, tratando de no pensar en nada que tuviera que ver con Steven pero el teléfono la alertó. Por un momento temió que fuera él, que le dijera que estaba loco por ella y que la hiciera perder la cordura hasta que no pudiera encontrarla ni en un millón de años, pero no, no era su número el que parpadeaba en su pantalla.

—¡Lexa! —exclamó.

—¿Lexa? Lori te voy a matar, mañana empieza la fiesta de tu sobrina y no has venido...

—Dios mío, lo siento... lo había olvidado. Mañana mismo estoy allí.

—Claro que sí, más te vale. Pero ni se te ocurra llegar después del medio día o te quedas fuera.

—Lo sé...

Lorraine cortó la llamada con una sonrisa en los labios. Al fin algo bueno.

Steven había pasado esa semana tratando de olvidarla. Intentando que caminar por el pasillo no le hiciera recordar lo que ocurrió en el dormitorio frente al suyo. Intentando no imaginársela sentada en el borde de la piscina cuando miraba por la ventana, o no recordar el sabor de su comida cuando Elvan le servía el plato.

Se preguntaba si su despedida había sido un adiós definitivo. Y así pasó los días hasta que una llamada de teléfono le dio una nueva esperanza.

Por un momento pensó que era ella, pero para su sorpresa era un número desconocido.

—¡Hola cuñadín! —saludó el chico con un tono de lo más campechano.

—¿Cómo? —rió Steven.

Sabía quién era, había reconocido su voz y su forma de hablar. Flynn, el hermano de Lorraine, con el que había cenado el día que durmió en el apartamento de ella.

—En casa saben todos que eres su novio. Mi hermana no invitaría a un chico a su casa si no fuera algo suyo ... —aclaró— Pero no te llamo para eso, te llamo porque estás invitado a la súper fiesta de mi sobrina. Pero son tres días, así que prepárate para pasarlo en grande. No admitimos un no como respuesta así que, busca ropa cómoda en tu vestidor, deja las corbatas y las camisas para otras ocasiones y vente con nosotros, toda la familia se muere por conocerte.

—No sé si debería ir.

—Oh sí, claro que deberías. Te envió la dirección en un mensaje. Así que ... mañana mismo queremos verte aquí.

Flynn cortó la llamada antes de que pudiera decirle que no iba a asistir, y antes de volver al salón con el resto de la familia le envió la dirección.

Steven dudó si ir o no ir. Llevaba una semana sin verla, ella no había tratado de contactarle y pensó que sería extraño pasar tres días con su familia, aun así, la invitación de Flynn se basó en que toda la familia quería conocerle y era una oportunidad de oro para volver a verla.

## CAPÍTULO CATORCE

La mañana llegó, y tan pronto como la iluminación del día empezó a colarse por las ventanas, Lorraine se puso en pie. La impaciencia por ver a su familia se acumulaba en forma de nervios en su estómago. Los adoraba, pese a ello los veía poco.

Sacó algo de ropa cómoda del armario y la ordenó adecuadamente en la bolsa de tela. Desayunó a toda prisa y subió a su destartelado coche rosa.

Al detener el coche en la dirección que le Flynn le había dicho se sorprendió al ver el tipo de casa en el que vivían. Siempre imaginó una casa pequeña, apretujada, donde toda la familia viviera sin espacio propio, algo parecido al apartamento de Lorraine, pero lo que encontró no fue ni parecido a lo que imaginaba. Una casa enorme, con un vallado que dejaba ver el bonito jardín que daba entrada a la casa. Una casa con un garaje privado, con dos plantas y una buhardilla.

Casi tan pronto como bajó del coche Flynn corrió a recibirle.

—¡Alucinarán cuando te conozcan!

—No sé si debería haber venido ... Tu hermana y yo ...

—Ella no es toda mi familia, y te sorprenderás cuando los conozcas a todos, somos dieciséis,

¡Diecisiete contigo!

El muchacho tiró de Steven hasta el interior de la casa, pero se detuvo tan pronto como sus ojos se encontraron con los de Lorraine. De repente sintió todas sus emociones arremolinándose en su estómago. Una semana sin verla había sido demasiado tiempo.

La muchacha los miró con la incredulidad dibujada en su cara. No esperaba volver a verlo, y menos en su casa. Miró a Flynn confusa, pero el muchacho alzó los hombros en un gesto simpático y después de dar una palmada con ambas manos en los hombros de Steven, lo dejó ahí para adentrarse en el salón. Lorraine sintió un leve mareo, había tratado de no pensar en él pero ahí estaba, tan guapo como lo recordaba, o más aun, vistiendo con ropa deportiva que le hacía verse aún más sexy que su traje de Gucci.

—Dios mío, ¡es guapísimo! —dijo Lexa, su hermana mayor, soltando a la pequeña Elizabeth en sus brazos para ir a saludarle— Es guapísimo, ¡y rico! ... ¡Lori, dime donde consigo a uno así!

Todos rieron con el comentario de la mayor mientras ésta se acercaba al invitado.

Éste parecía desconcertado, todos le saludaban y le trataban como si fuera una estrella de cine. Su madre le abrazaba diciéndole lo contenta que estaba de conocer al novio de su hija, el hermano mayor estrechaba su mano con fuerza mientras el padrastro le decía lo buena pareja que hacían. Pero poco después Lorraine los apartó a todos, le cogió una mano y lo llevó medio a rastras a la que había sido su habitación.

—No me regañes, ha sido tu hermano el que me ha pedido que viniera.

—Lo sé. Solo te he “rescatado” porque parecías desorientado. No esperaba verte aquí —confesó— Me ha sorprendido ...

—Lo siento, quizás no debí ... —Lorraine negó con la cabeza, pidiéndole que no se disculpase— Tu familia es increíble. ¿Son todos así?

—Si ... —sonrió— Están locos.

Permanecieron en silencio un par de minutos, tratando de calmar sus propios nervios por estar frente al otro después de tantos días, hasta que Ellis, la novia de uno de sus hermanos subió para llamarlos, ya era la hora de la comida y todo estaba servido.

El comedor era un auténtico desastre, la niña lloraba mientras uno de los padres la acunaba en el carricoche. El hermano mayor hablaba a voces con su madre, al otro extremo de la mesa mientras Lorraine reía con las payasadas de su hermana mediana. Él sonreía en silencio, observando el griterío, escuchando sus bromas.

Todo parecía pasar a cámara rápida y antes de darse cuenta ya era la tarde.

Todos en esa familia llamaban la atención de Steven sin dejar oportunidad para que estuviera con su ex falsa novia.

En el jardín habían puesto un castillo hinchable enorme. Al principio creyó que era una exageración para una niña tan pequeña, siendo que no había otros niños, pero pronto entendió por qué era tan grande. Flynn se descalzó y subió de un salto, gritando escandalosamente como si fuera un crío. El resto de sus hermanos imitaron el gesto y en poco más de un minuto estaban todos saltando unos sobre otros en lo que creyó era un juguete para niños.

—¿Lo pasas bien? —Preguntó Loretta, madrastra de Lorraine.

—Si ... Es muy diferente a las fiestas de cumpleaños a las que he asistido.

—Las fiestas de etiqueta no son muy divertidas para los niños, ¿no crees?

—¿Has estado en alguna? —preguntó extrañado.

Casi instantáneamente reconoció el apellido de esa mujer, Armani. Supo de inmediato que ella era heredera de la alta sociedad italiana.

—He estado en muchas, en demasiadas. Son frías, carentes de sentimientos. El dinero y la apariencia es lo único que importa en un mundo como el nuestro.

—¿Cómo llegaste a esta familia?

—Nathan estuvo en Italia después de su divorcio. Vine a verle cuando él regresó y ya no pude volver. Me enamoré de sus hijos, de la relación que tenía con su ex esposa, me enamoré del calor de una familia y poco después formé parte de ella. Lorraine está loca por ti, solo hay que ver la forma en la que te mira, las estrellas de sus ojos. Pero si notas que se distancia, es por miedo de ser abandonada a un lado. Sé cómo se siente porque después de dejarlo todo tuve miedo de que Nathan me dejara. Las diferencias entre clases sociales hacen mucho en una relación si no se saben manejar.

Ambos miraron a la familia Gibson con una sonrisa en los labios. Realmente eran encantadores.

La cena llegó en un santiamén y, como en el apartamento de su falsa novia, todos reían, contaban anécdotas del pasado y bromeaban sobre las cosas de uno u otro.

Se sorprendió al ver como los padres de Lorraine, siendo divorciados y con otras parejas, se llevaban tan sumamente bien, era como si fueran los mejores amigos del mundo.

—¿Y tú, Steven, qué viste en nuestra Lori? —preguntó alguien. La familia entera se quedó en silencio, esperando esa respuesta.

El heredero la miró directamente a los ojos, como si tuviera que buscar un motivo entre todos los que le atraían de ella.

—Sus dotes con la escritura. Su habilidad para hacerte víctima de sus letras.

Ella sonrió. Era extraño verla rodeada de su familia, pese a ser un gran número de personas ella parecía a gusto, parecía feliz y aún le parecía más encantadora que de costumbre.

—¿Solo eso? —preguntó alguien en aquella enorme mesa.

—Bueno, eso, y sus ojos, su pelo, su ... —su mirada había tomado cierto aire lascivo.

Lorraine se sonrojó imaginando a lo que se refería con ese «su ... » y todos empezaron a reír al intuir

lo que quería decir.

—Maldito sinvergüenza —dijo el padre.

Se puso en pie con fingido enfado y se acercó a él, cogiendo con las manos el cuello de su sudadera. La expresión de Steven se había quedado tan seria que no pudo seguir con la broma y empezó a reír exageradamente. Todos sabían que en algún momento trataría de asustarle, lo había hecho con las parejas de todos sus hijos y era indiscutible que él y Lorraine estaban juntos. Steven seguía serio, sin saber si reír o si levantarse y marcharse, pero su ex falsa novia fue en su rescate nuevamente.

—¡Papá! —Exclamó, dejando un manotazo en su brazo a forma de regaño— Vamos ven.

Tiró de su ex novio falso y lo llevó a su cuarto mientras la familia reía en el comedor.

—No se lo tomes en cuenta, lo hace siempre.

—Adoro a tu familia. —confesó.

—Gracias. Están locos pero yo también los adoro. Esta noche quédate en mi cuarto, yo dormiré en la buhardilla, mañana ...

—Duerme conmigo —pidió— No te tocaré si no quieres, no voy a insinuarme, ni a pedirte nada, pero no te vayas, duerme conmigo.

Lorraine lo miró con el ceño fruncido, tratando de buscar dobles intenciones, pero parecía decir la verdad y no pudo negarse.

Pese a dormir con él, mantuvo sus costumbres: se duchó, se puso ropa interior limpia y se metió en la cama sin más. Sonrió tontamente al recordar la última vez que estuvieron a solas en la oscuridad de una habitación.

—¿Cómo has estado estos días? —Lorraine le miró sin saber si decirle la verdad o si mentirle.

—Tratando de volver a mi vida. Es un poco difícil retomar la rutina después de tantas semanas.

—Lamento haberte espantado, hacer que huyeras de ese modo. No sé qué hice mal, pero lo lamento.

«Steven siempre me amará». Era difícil quitarse esas palabras de la cabeza, pero aún era más complicado decirle que él no había hecho nada, que se había ido por su propia cobardía y por escuchar lo que no debía.

—¿Me darías otra oportunidad? —preguntó, aun sabiendo que ella volvería a rechazarle.

—La nuestra no era una relación real, Steve, no teníamos más que un acuerdo.

—Lori, esta semana he estado como loco. No he podido dejar de pensar en ti, no he dejado de desear que llamas a la puerta o por teléfono, de imaginarte por toda la casa. —Lorraine cerró los ojos y fingió dormir— Sé que no estás dormida ...

No sabía cómo hablar con ella sin espantarla nuevamente. Era obvio que ella no quería tocar el tema, aun así necesitaba escucharla, sentir que le hablaba solo a él.

—Salí tan temprano esta mañana que no he traído nada para la cumpleañera ... ¿Me acompañarás mañana a comprar algo para ella? —preguntó él.

—No es necesario, es solo un bebé, Steven. Solo tiene un año.

—Es necesario para mí.

—Está bien, te acompañaré. Ahora duérmete, si hoy ha sido agotador mañana será peor.

Hacía al menos dos horas que se habían metido en la cama y Lorraine no conseguía pegar ojo. No lograba entender cómo ese chico se había metido en su corazón de ese modo. Se sentó en la cama, cogiendo de la silla que tenía cerca la camiseta que se había quitado antes de ducharse y se la puso. Acto seguido hizo lo mismo con el pantalón, pero entonces Steven se movió y ella se quedó totalmente inmóvil para no despertarle con el sonido de la ropa.

—Pensaba que dormirías conmigo, no que esperarías a que me durmiera para marcharte.

—Solo iba a salir a dar una vuelta. No puedo dormir y no quería molestarte cada vez que me muevo.

—Un paseo nocturno ... ¿Puedo ir contigo?

Lorraine dudó por un momento, pero aceptó. Tan solo dos minutos después Steven estaba a su lado listo para salir.

Caminaron lentamente por el pasillo, con cuidado de no hacer ruido. En el cuarto de su padre se escuchaban las risas de Loretta, lo que hizo que Steven apretase la mano de su ex falsa novia, que le había agarrado antes de salir del dormitorio. Un par de habitaciones más allá, en la de Dexter, se escuchaba a la pareja murmurar. Steven sonrió. Al salir, Lorraine trató de soltar su mano.

—¿Puedes ... podemos ir así un rato?

—Steven, yo ... —Le miró y desvió la vista a sus manos.

Ese chico había conducido por más de una hora sólo para estar con su familia. Jimmy, al que había querido mucho, ni siquiera fue a verla una sola vez cuando “desapareció”, al verlo en la fiesta le había abrazado sin importarle que no la buscase. Estrechó la mano de Steven y dejándose llevar por sus sentimientos, entrelazó los dedos.

Caminaron de la mano, en silencio, sintiéndose uno al otro. La luna brillaba intensamente, a pesar de no estar llena.

Lorraine le enseñó dónde vivía James Carlton, le enseñó el colegio al que habían asistido ella y sus hermanos y caminó inconscientemente hacia las afueras. No hubo que caminar demasiado para estar en el punto más alto de Shadow Hills, desde donde podía apreciarse gran parte del pueblo. Unas vistas increíbles. La luna iluminaba el camino hasta que Steven se detuvo.

—¿Pretendes deshacerte de mí y despeñarme por ahí? —bromeó, pero ella no rió en respuesta, acortó la distancia y poniendo la mano libre en su mejilla le atrajo para besarle.

Steven no soltó su agarre, al contrario, colocó la otra mano en su cintura y la pegó aún más a su cuerpo. Aquello no podía estar pasando en serio, y si era un sueño quería disfrutarlo tanto como pudiera.

Solo pasó un minuto cuando ella se apartó.

—Lo siento. No debí ...

—No te he dicho nada, Lori. También yo te he besado.

—¿Por qué ... ? —No sabía cómo preguntarle por qué no podía resistirse a él— ¿Volvemos?

El muchacho se acercó a ella nuevamente, tratando de besarla una vez más, pero ella bajó la cara, mirando a los pies.

—¿Por qué ... ?

—Por favor, Steven, no digas nada ...

—¿Por qué te fuiste? ¿Te haces una idea de cómo lo he pasado estos días?

—Yo ... Euleen ...

—Euleen no es nada para mí. Ya no —interrumpió—. Terminé con ella y en poco menos de dos meses se va a casar con mi hermano. Punto. Ella no es para mí más que Carlton para ti.

Ella no dijo nada y, aunque el silencio parecía no querer prolongarse mucho, llegaron a casa sin decir ni una sola palabra más. Se desvistieron y se metieron en la cama, uno al lado del otro sin abrir la boca.

Sin darse cuenta, al dormirse, uno se acercó al otro, y terminaron abrazados como aquella noche en la que desataron mucho más que pasión.

## CAPÍTULO QUINCE

Eran más de las seis de la mañana y la luz de la mañana ya entraba a través de las cortinas. Lorraine se acomodó en el cuerpo que la tenía rodeada. Cuando se dio cuenta de que ese cuerpo era Steven trató de separarse despacio, pero éste hacía fuerza con los brazos para que no se apartase. Fingía estar durmiendo. A diferencia de ella, él sí podía fingir sin que se notase.

Trató de apartar el brazo, pero cuando puso los dedos en él no pudo evitar acariciarle. Su piel era suave y sus músculos estaban duros.

—Pensaba que dormías ... —murmuró cuando él sonrió por las cosquillas.

—¿Crees que ... ?

Antes de que terminase la pregunta un ruido estridente empezó a sonar por el pasillo.

Esa familia de locos no iba a dejar que la pareja durmiera hasta tarde y, a las siete de la mañana corrían por los pasillos con utensilios de cocina con los que hacían ruido para despertarles. No entraron en el dormitorio, lo último que querían era interrumpirlos si estaban haciendo algo. Lorraine pensó una travesura. Su dormitorio quedaba justo encima del garaje y daba por hecho que todos estarían esperando en la puerta.

—Vístete, deprisa, ¡vamos! —pidió mientras se apartaba de él para enfundarse unos leggins negros hasta las rodillas y una camiseta blanca ancha.

—La primera vez que fui a tu casa vestías eso mismo.

—Me encanta como me queda ...

—Y a mí —sonrió—. ¿Qué vas a hacer?

Lorraine estaba frente a la ventana, con un pie en el alfeizar.

—Saltaremos. No está alto. Quiero gastarles una broma.

—¿Estás loca? ¿Pretendes que salte por la ventana?

Ella no respondió, se acercó a él con una sonrisa tan pronto como lo vio vestido y tiró hacia la ventana.

—Solo sígueme ...

Salió hacia el tejadito de la cochera y pisó con cuidado hasta el extremo. Sin dudarlo saltó.

Eran solo un par de metros y, hacia donde había saltado solo había césped, aun así lo pensó mucho antes de decidir imitarla. Lorraine le miraba desde abajo con expresión expectante, como una niña que espera que alguien haga la misma travesura que ella. Steven, que nunca había hecho algo parecido, saltó.

Al llegar al suelo no lo hizo tan bien como hubiera querido y cayó sobre el césped, arrastrándola con él en su caída.

Había resbalado con la hierba y al aterrizar lo hizo sobre ella y sobre una de sus rodillas.

—No ha sido tan difícil, ¿Verdad?

—Estás loca.

Ella sonrió de forma encantadora y llevó la cara a la de él.

—Buenos días, señor Logger —dijo, besando su mejilla.

Él no se contuvo, la tenía bloqueada entre el suelo y su cuerpo e inclinó la cabeza para besarla en los labios.

Alguien carraspeó a lo lejos, llamándoles la atención y Steven se apartó, rodando sobre ella y quedando tendido a su lado.

Nathan se acercó a ellos con el periódico del día entre las manos, y miró al muchacho completamente serio, pretendiendo seguir con la broma que no había podido gastarle la noche anterior, pero su hija se

levantó del césped de un salto y se colgó de su cuello en un abrazo.

—A él no, papá, por favor ... —sonrió antes de darle un beso en la cara—. ¡Buenos días!

—Los locos de tus hermanos creen que sigues en la habitación. No les diré que habéis saltado por la ventana.

—¿Nos has visto?

El hombre le dio un pequeño golpe con el periódico en la frente y se dio la vuelta para entrar en la casa.

—Yo soy como Dios, pequeña, lo veo todo —rió exageradamente.

Lorraine corrió a ayudar a levantarse a Steven, que no se había quejado del golpe de su rodilla a pesar de dolerle.

Entraron en silencio y se sentaron en los taburetes de la cocina como si llevaran horas ahí. Nathan les sirvió café para hacer más creíble la broma y llamó al resto de la familia antes de coger en brazos al bebé, que estaba sentada en la trona, al lado de la isla de la cocina.

Al bajar, los primeros en abalanzarse sobre ellos por la broma fueron Flynn y Dexter.

—¡Sois unos tramposos! Os pensábamos en el cuarto ...

—¡Espera! Y si estáis aquí ... ¿Quién gemía en vuestra habitación? —Lorraine abrió los ojos de par en par por la pregunta.

Todos empezaron a reír con la expresión de la muchacha.

Después del desayuno Lorraine y Steven salieron en busca del regalo de la pequeña.

Iban juntos en el coche, siguiendo las indicaciones que ella le iba dando con las manos.

—Lo estoy pasando en grande. Siento haber venido aunque se hubiera roto nuestro trato.

—No importa. También yo lo estoy pasando genial —sonrió— y me encanta que estés aquí, haberte visto otra vez ... —Steven devolvió la sonrisa sin apartar la vista de la carretera.

Al llegar a la tienda, Lorraine empezó a correr por los pasillos como si fuera ella la cumpleañera y los regalos fueran para ella.

Steven se detuvo delante de un suetercillo rosa con una de las princesas de Disney, pero ella sacudió la cabeza ceñuda, así que siguió caminando por los pasillos detrás de su ex falsa novia.

De uno de los estantes cogió un juego de platos, vaso y cubiertos de plástico, de otro de los estantes cogió un juego de baberos, de otro eligió un par de muñecas, un par de peluches enormes y una mantita de cuna, una toalla y un juego de colonia y jabón.

Lorraine miraba como ese chico ojeaba detenidamente las etiquetas cada vez que elegía algo, y sonreía cuando lo llevaba a caja convencido de que era apropiado. Pese a no haber querido sentir nada por él era imposible no hacerlo, no solo porque fuera atractivo sino porque la mayoría de sus acciones eran tiernas y gentiles. A pesar de haberle odiado la primera vez que le vio, enamorarse de él había sido irremediable. Por un momento, quiso convencerse de que Euleen no tenía razón y que quizás, cuando Steven le había dicho que estaba loco por ella, era sincero. Al menos lo pareció.

—Creo que deberías dejar de comprar cosas —susurró a su oído al ver que al lado de la cajera había una enorme pila de cosas.

—Quería impresionar a tu sobrina.

—Es solo un bebé ... —sonrió—. Creo que sorprenderás a todos con ese montón. Volvamos a casa, se acerca la hora de comer.

De todos los regalos había dos que Steven evitaba soltar, uno pequeño y otro un poco más grande.

El maletero y los asientos traseros del coche iban totalmente repletos, tanto que Lorraine dudaba dónde metería su hermana tanto bulto.

—Esto es para ti —dijo Steven, ofreciéndole uno de los paquetitos sin apartar la vista de la carretera.

—¿Para mí? ¿Qué es? —Preguntó ella, mirándolo.

—Ábrelo.

Lorraine lo miró con una ceja arqueada pero obedeció. Abrió el paquete despacio, tratando de no romper el papel. Era una caja estrecha y larga, aunque no muy grande. Al levantar la tapa encontró una bolsita de terciopelo negro y al abrir esta sacó un precioso bolígrafo blanco perla con un zapato de Cenicienta colgando de la pinza. Steven la miró de reojo y al ver su expresión sonrió satisfecho.

—Espero que en tu próxima firma de libros puedas usarlo, y que sea tu boli de la suerte.

—Me encanta Steven, es ... adoro los bolígrafos.

—Creo que todo escritor debería tener su bolígrafo de la suerte. Ahora abre este. —ofreció el otro paquete.

—¿También es para mí? —él asintió sin mirarla.

Mientras abría el otro regalo miraba el bolígrafo. No quería pensar mal, no quería imaginar dobles intenciones en un simple bolígrafo, pero sintió que ese zapato de Cenicienta decía, quizás, lo que no decía su boca, quizás que quería estar con ella sin importar que no fuera de su estatus social. Sacudió la cabeza para expulsar de ella las ideas que se formaban sin sentido y desvió su atención al otro regalo. Una taza. Una taza de cristal con el asa transparente y rellena de brillantes, con una cabeza de Mickey Mouse hecha de tres círculos plateados como colgante en el mismo asa.

—Sé que ya tienes tazas, lo he comprobado, pero al verla no he podido resistirlo —sonrió.

—Es preciosa ... También me encantan los cristales.

No pasó mucho hasta que llegaron a casa y, como si conociera a esa familia de toda la vida, entró y empezó a llamarlos a todos para que le ayudasen a sacar los regalos de la pequeña su coche.

—¿Estás loco? ¿Has comprado tantas cosas para la niña? —Preguntó la hermana mayor, él sonrió en respuesta— ¡Lorraine, si no te casas con él lo haré yo! —bromeó— Gracias, pero no hacía falta que comprases nada, te invitamos porque nos moríamos por conocerte.

—Lo sé, pero aparte de apetecerme, me sentía un poco en la obligación por el trato tan bueno que me estáis dando.

—El cumpleaños de tu novia es en un mes y medio, el diecisiete.

—¿El diecisiete? —Preguntó.

Curiosamente, ese era el día de la boda de su hermano con Euleen. Ese era el día que se suponía, habría finalizado el trato que tenían. El día que se habría marchado.

Miró a Alexandra sin saber qué decir, pero ella sonrió sin añadir nada más a su conversación. Dejó que siguiera con la vista fija en Lorraine y fue con la niña al salón, donde habían dejado el montón de regalos que habían comprado.

Hacia un rato que habían comido y estaban en la parte trasera de la casa, divirtiéndose cerca de la piscina.

Steve nunca había jugado a aquellos juegos, uno contando contra una pared y el resto acercándose y deteniéndose cuando el del muro se giraba. Esos días estaba siendo todo nuevo para él.

En un momento en el que Phil se acercó a su cuñada y a Steve para decirles algo, Nathan corrió hacia ellos con intención de empujarles a la piscina pero terminaron cayendo los cuatro. La familia entera empezó a reír.

—Eso te pasa por tramposo, papá —gritaba Erin, la mediana de las tres hermanas.

—Se ha mojado mi móvil, podrías haber avisado —refunfuñó Phil, saliendo de la piscina con los bolsillos llenos de agua.

Lorraine nadó alrededor de Steven antes de seguir a su padre, que también había salido de la piscina y, después de ayudar a su ex falso novio a salir, subieron a cambiarse de ropa, riendo por la torpeza de su padre y del enfado de su cuñado.

## CAPÍTULO DIECISEIS

La camiseta blanca de Lorraine se transparentaba por completo, adhiriéndose a su cuerpo de un modo más que sugerente. Steven se quitaba la ropa tratando de no mirarla, pero era imposible no hacerlo. Ella trataba de despegarse la ropa mientras se quitaba el pantalón, pero de pronto el muchacho acortó la distancia entre ellos y la besó impulsivamente. Llevó las manos con dificultad por debajo de su camiseta y acarició su cintura fría y mojada mientras la pegaba a él poco a poco. Lorraine no se negó, deseaba ese beso tanto o más que él, llevó las manos tras su cuello y profundizó aún más ese beso, pero pronto se escucharon unos pasos acercándose por el pasillo y Lorraine se apartó bruscamente para disimular si es que ese alguien entraba sin llamar.

Loretta llamó a la puerta con un par de toques y entró tras la invitación.

—Os traigo toallas, chicos.

Ellos no respondieron, Steve se acercó con la respiración agitada y supo que llegaba en mal momento. Se disculpó con el muchacho con una mueca y una sonrisa y acto seguido salió de allí, cerrando la puerta.

Lorraine se cambió a la velocidad de la luz y sin decir ni una palabra corrió de vuelta al jardín, donde se sentía fuera de peligro.

Durante la cena bromearon continuamente sobre la torpeza de Nathan, pero Lorraine apenas lograba dibujar una sonrisa sutil en su cara. Cada vez que sus ojos se cruzaban con los de su ex falso novio se sentía inquieta, nerviosa, como si se acercase la hora a la que debía ir al matadero.

Al llegar las nueve, el salón se quedó a oscuras y Alexandra fue al comedor con una preciosa y enorme tarta de color rosa y una sola vela en el centro. Lorraine trató de ponerse lo más alejada de Steven que su familia le permitió. Trataba de huir de sus propios deseos.

—¿Qué ha pasado? —Preguntó Flynn a su supuesto cuñado en voz baja para que el resto no se enterase— ¿Os habéis peleado?

—No, no ha sido nada.

—Parece nerviosa ...

—Supongo que será porque mañana se termina la fiesta ... —Flynn lo miró con una ceja arqueada como si estuviera tratando de tomarle el pelo, pero Steven sonrió de forma cortés y prefirió no seguir indagando.

Después de que la niña soplase la vela con la ayuda de sus padres, la familia al completo salió de nuevo al jardín.

Los chicos subieron al castillo hinchable con los ojos vendados mientras las chicas les guiaban en busca de un pañuelo que habían colgado en uno de los extremos. En vista de que Lorraine lo guiaba demasiado tímidamente, su madre decidió hacer cambio de parejas, ahora ella llevaría a Steven y la escritora se encargaría de Jerry, su padrastro.

Más allá de las doce de la noche, las parejas fueron yendo cada una a su cuarto. Lorraine subió pensando que Steven lo haría en cualquier momento, se sentó en el borde de la cama sin saber por qué trataba de evitarle cuando, lo que quería realmente, era estar con él. Nunca se había sentido con nadie como lo hacía con ese chico, y estaba segura de que no era su dinero lo que le atraía ya que no habían compartido demasiadas cosas ni le había comprado nada salvo ese vestido o los dos detalles de esa mañana: el bolígrafo y la taza. Esperó a que Steven entrase por esa puerta, pero después de una hora aún no había subido, y la idea de que se había marchado por el rechazo de esa tarde le llevó a buscarle.

No había entrado en la casa, al menos no estaba ni en el salón, ni en la cocina. Tampoco estaba en el jardín. De repente empezó a sentir una opresión en el pecho que no había sentido antes y volvió a entrar para buscar su teléfono.

—Está en su coche. —Empezó a hablar su padre desde la cocina—. No sé qué ha pasado, porque en un momento estabais riendo juntos y al siguiente estabais tensos, sobre todo tú. Pero no te alejes de él intencionadamente, es un buen chico.

—Lo sé, papá.

—Voy arriba, Loretta no puede dormir sin mí ... —rió—. Buenas noches cariño.

—Buenas noches.

Tan pronto como su padre desapareció por la escalera corrió al coche de su ex falso novio, que se había quedado en la calle después de entrar todos los juguetes de esa mañana.

Steven tenía la cabeza apoyada en el reposacabezas de su asiento y tenía los ojos cerrados, como si pretendiese dormir allí.

Le miró unos segundos tratando de que se calmase su corazón, pero fue imposible, así que se acercó despacio y llamó a la ventanilla de copiloto antes de entrar en el coche.

—¿No subes? ¿Por qué has venido al coche?

Él no respondió de inmediato, la miró a los ojos un par de segundos antes de desviarlos a sus labios.

—No quiero que te sientas incómoda por mi presencia.

—No es tu presencia lo que me incomoda, Steven, sino ...

Estiró un brazo para coger una de sus manos y la llevó contra su pecho para que notase su corazón, que latía tan fuerte y rápido como el día en el que hicieron el amor. Él sonrió y la imitó, llevando la mano de ella contra su pecho.

—Lleva así desde que te besé esta tarde —confesó—. Es imposible concentrarme en nada que no sea el recuerdo del contacto de tu piel en la mía.

Lorraine no dijo nada, se desató por completo escuchando sus propios pensamientos en boca de Steven y se acercó para besarle. Ésta vez no era él quien tomaba la iniciativa sino ella.

La estrechez del coche no permitía mucho movimiento, aun así acertó la distancia sentándose sobre sus piernas para tenerlo más accesible.

—En el coche es incómodo —dijo ella, tratando de apartarse lo suficiente como para poder acariciar su endurecida masculinidad con las manos.

—En casa de tus padres es vergonzoso ...

—No lo es. Vamos ...

Abrió la puerta para salir de encima de él, pero se le había entumecido la pierna y al tratar de ponerse en pie tropezó y cayó de culo contra el suelo, estallando en risas por la escena.

Tan pronto como logró levantarse tiró de su mano derecha para que la siguiera hasta el dormitorio.

Habían cerrado la puerta de la habitación, quedando a oscuras y uno frente al otro. Sus respiraciones ya no eran pausadas y profundas como en el coche sino cortos e interrumpidos jadeos.

Ambos se miraron como si no supieran como seguir, pero Lorraine acertó la distancia y empezó a quitarle la ropa mientras le besaba. Steven estaba inmóvil. Trataba de contenerse, pero el calor de sus manos acariciando su piel empezaba a volverle loco. Sin pensar en nada más la detuvo. Agarró sus manos y las llevó a su espalda para que entrelazase los dedos.

—Ahora quédate quieta. Es mi turno excitarte —ronroneó en su oído.

—¿Más?

—¿Más? —preguntó él, apartándose y mirándola a la cara con una expresión graciosa.

Tenían la luz apagada y la tenue luz de la luna era lo único que les permitía verse. Lorraine sonrió cuando él repitió lo que le había preguntado. Realmente estaba excitada, tanto que no creía aguantar demasiado si no se daba prisa y se apoderaba de ella.

Nunca antes de él se había sentido así con un hombre, deseada, amada. Nunca había deseado de esa forma una caricia, un beso. Steven la completaba totalmente, y despertaba en ella todo lo que nunca pensó que pudiera sentir.

Steve levantó su camiseta hasta que ella levantó los brazos y la dejó ahí, bloqueándolos por encima de su cabeza. Acarició sus hombros con la yema de los dedos y bajó por la espalda hasta el cierre del sujetador para aflojarlo. Llevó las manos de la espalda hasta la base de sus pechos y levantó el sostén mientras los acariciaba, deteniéndose en las duras aureolas. Buscó la cima con los labios haciéndola contener un gemido.

Lentamente la guió hasta la cama y la hizo estirarse en ella, despacio, disfrutando de la lentitud con la que procedían. Llevó las manos al borde elástico de su pantalón y acarició sus piernas mientras se lo quitaba, su piel era tan suave como la recordaba. Era preciosa. Paseó los dedos por su vientre y los metió entre sus piernas, acariciando por encima de las húmedas braguitas, apretando en el centro hasta que ella se arqueó sobre la cama pidiendo más. Luego se deshizo de su propio pantalón y se deslizó a horcajadas sobre ella.

Al apoyar la rodilla sintió el dolor del golpe de esa misma mañana y se quejó levemente dejándose caer a su lado.

—¿Qué te pasa? —Preguntó asustada.

—Esta mañana aterricé con la rodilla al saltar por la ventana ...

—Dios mío, ¿Estás bien?

—Sí, es solo un moratón ... Creo que esta noche no voy a poder ser yo quien ...

—No te preocupes por eso —rió traviesa— Esta noche seré yo quien lo haga.

Pasando una pierna por encima de él se sentó sobre sus muslos acariciando sus duros abdominales. Repitiendo su maniobra bajó hasta su brava y hinchida masculinidad, acariciando por encima de la ropa hasta que ésta le estorbó. Inclinandose sobre él besó su abdomen, y llevó los dientes hasta la única prenda que le quedaba. Tiró de ella hasta quitársela, mirando su cuerpo desnudo a medida que lo bajaba y la dejó caer a sus pies. Lorraine se mordió el labio inferior con una sonrisilla mientras lo contemplaba, Steven era la perfección encarnada.

Nunca había disfrutado tanto de ver a una chica jugando así, es más, nunca había jugado así con alguien antes. Siempre hubo preliminares en sus relaciones, pero nunca con esa temperatura, con ese deseo, con esa excitación. Nunca lo pasó tan bien como lo hacía con ella.

—Tócate.

—¿Cómo?

—Sí, tócate. Tócate como si tus manos fueran las mías —pidió con voz ronca.

Lorraine se sintió avergonzada por lo que le pedía, pero obedeció. Llevó una mano entre sus piernas, apretando en su cálida humedad mientras con la otra se acariciaba los pechos, apretando la punta con los dedos, mordiéndose los labios a medida que llegaban a ella sacudidas de placer.

Steven la miraba con una sonrisa de satisfacción. Sus expresiones, sus movimientos, aquello era lo más hermoso que había visto.

—Quítatelo todo —pidió.

Ella no lo pensó, se quitó la camiseta que no había terminado de quitar él, y que se arrugaba sobre sus pechos, y la dejó caer al suelo, haciendo lo mismo con el sujetador y las braguitas, y se acercó a él, gateando sobre la cama e inclinandose para besarle. Steven rozó con el dorso de la mano la cara

interna de sus muslos y acarició con los dedos en la dulce calidez que le reclamaba, haciéndola gemir en su boca.

Sin dejar que se apartase, llevó las manos a sus nalgas y se elevó para enterrarse en ella. Y lo hizo una y otra, y otra vez, despacio, mientras ella acompasaba los movimientos con los suyos y los llevaba al clímax despacio pero intensamente.

Esta vez fue rápida y silenciosa. Aun así el placer llegó a ellos como una tormenta, sacudiéndolos, haciéndolos temblar, sudar y gemir para luego pasar y dejar la calma sobre esas sábanas.

—¿Te he dicho que ...

Lorraine se movió rápido y calló su boca con un beso.

—Shh —siseó—. No digas nada —susurró en sus labios.

Steve no respondió. Llevó una mano tras su cuello y la besó.

En ese momento un extraño pensamiento cruzó su mente: renunciaría a cualquier cosa en la vida, si tan solo pudiera seguir con ella para siempre como esa noche.

La trajo contra su pecho y la abrazó con fuerza.

## CAPÍTULO DIECISIETE

Mientras Lorraine dormía plácidamente a su lado, mientras la noche avanzaba lentamente fundiéndose con el amanecer, Steven no había logrado pegar ojo. Había permanecido despierto toda la noche, disfrutando del calor de su cuerpo en el suyo, disfrutando del aroma de su piel, del sonido de su respiración, de su sonrisa cuando acariciaba sus hombros con los dedos.

Llevaba horas dando forma a una idea y, aunque le aterraba el pensamiento de que ella le rechazase sin más, salió despacio de entre las sábanas para vestirse y, después de dejar un beso en su frente, se marchó.

No muy lejos del apartamento de Lorraine había una joyería de prestigio, una en la que hacían piezas exclusivas.

Condujo los setenta y cinco kilómetros que separaban la casa de los Gibson de Long Beach esperando que su falsa novia no se despertase aun.

Cuando los rayos de sol empezaron a entrar por la ventana Lorraine buscó a Steven con una sonrisa en los labios. Había dormido mejor que nunca y se despertaba muerta de ganas de verle, de besar sus labios y de decirle que le quería, pero al mirar a su lado, la cama estaba vacía. Se sentó casi de un impulso sin saber qué pasaba. Sobre el escritorio estaban las prendas con la que habían caído a la piscina, limpias, secas y bien dobladas, y en el respaldo de la silla colgaba la bolsa de deporte en la que había llevado su ropa. Se sintió estúpida al haberse asustado.

Salió de la cama deseando verle.

Bajó al salón, donde sus dos cuñados jugaban haciendo pulsos, pero ni rastro de Él.

—Se fue antes de que amaneciera —dijo Loretta, poniendo una mano en su hombro derecho— Parecía tener prisa.

—No me ha dicho nada ...

—Apuesto a que no quería despertarte, o que pretendía volver antes de que te despertases.

Lorraine se quedó mirando por la ventana, como si no entendiera lo que le había pasado para marcharse así.

El portero de Harry Winston le abrió la puerta mirándolo de arriba abajo, Steve no había reparado en que iba en ropa deportiva y no en su habitual traje de chaqueta.

—Disculpen mi atuendo, vengo de ... No importa. Necesito que me muestren anillos de compromiso, ni demasiado caros, ni demasiado simples.

El dependiente se mostró un tanto reticente por la vestimenta del cliente, aun así le guió por un pasillo hasta un salón y le hizo esperar mientras buscaba lo que pedía.

Regresó varios minutos después con una bandeja en el que había media docena de anillos.

Steven no los tocó, los miró detenidamente, imaginándolos en la mano de su ex falsa novia, pero ninguno terminaba de ser de su agrado.

—¿No le gustan, Señor ... ?

—Logger —aclaró al ver que el dependiente indagaba de forma sutil pero directa.

—Lo siento señor Logger —se disculpó de inmediato— No le había reconocido.

—Nunca antes he venido aquí —resumió—. ¿No tienen algo más ... sencillo? Ella no es ostentosa y

temo que no le guste algo tan ...

—Entiendo. Espere un momento, en seguida le traigo un modelo que seguro le encantará.

El dependiente salió de allí dejando sobre la mesilla de cristal el pequeño muestrario. Y regresó un minuto más tarde con el anillo perfecto. Éste tenía un diamante en el centro y estaba perfilado por espirales de diamantes más pequeños, espirales que podían parecer el símbolo del infinito. Tan pronto como lo vio se dibujó una sonrisa en su cara.

—Me lo quedo. Es ... Es perfecto, es tan ella que casi no puedo creerlo.

—Sabía que le gustaría, Señor Logger. Si espera unos minutos ...

—¿Puede prepararlo rápido? He venido sin avisarla y temo que se asuste si ve que he desaparecido sin más.

Steven paseó nervioso por el saloncito en el que le habían hecho esperar, tampoco había cogido su teléfono móvil y no sabía si ella trataría de llamarle. Por suerte, el dependiente de la joyería fue bastante más rápido de lo que pensó y no tuvo que esperar demasiado.

Pocos minutos después estaba de camino a casa de los Gibson.

Cuando llegó, la familia estaba en el jardín trasero, jugado en el castillo hinchable. Lorraine estaba sentada en una de las sillas de plástico, agitando las piernas de forma nerviosa y mordiéndose la punta de los dedos.

—Vaya, Steven. La tienes tan preocupada que no ha sido capaz de desayunar —dijo Erin.

—Ha surgido algo, pero esperaba llegar antes de que os levantaseis ...

—Acércate, creo que si sigue así le va a dar algo —rió.

—Mejor dile que suba al dormitorio. La espero allí.

Steven había tratado de ocultar el envoltorio del anillo para que nadie supiera lo que había tramado, aún no había pensado en como proponerle matrimonio y no quería que adelantasen acontecimientos. Esperó junto a la cama después de haber dejado la joya en la mochila y pronto la escuchó correr por el pasillo.

Cuando abrió la puerta su expresión tensa se suavizó. Entró en la habitación con expresión seria y acertó la distancia entre ambos tratando de contener la sonrisa.

—Te odio, ¿Sabes? —dijo, golpeando con los puños cerrados en su pecho.

—Lo siento. Quería volver antes de que te levantas, no sabía que iba a llevarme tanto rato.

—¿Ha pasado algo?

—No. Raymond necesitaba unos documentos y he ido para dárselos —mintió— Te he extrañado.

—Sólo han sido tres horas ...

—Demasiadas. Tres horas es demasiado tiempo sin verte.

Tomó su cara entre las manos y sin miedo a ser rechazado la besó en los labios.

Lorraine no sabía en qué punto habían cambiado así, no entendía por qué desde esa noche ya no era capaz de frenarse a sí misma, por qué sus sentimientos hacia él crecían más a cada momento. Cuando se acercó a su boca sintió un remolino de sensaciones en su estómago. La había besado muchas veces antes, pero, pese a ser especial cada uno de sus besos, ese era, probablemente, el más especial para ella. Lo había necesitado desesperadamente desde que despertó y aún más cuando lo vio de regreso.

Al llegar la tarde, un rato después de haber comido, la familia al completo se dividió por grupos en el salón y empezaron con esos juegos que tanto disfrutaba Steven. Ésta vez habían sacado un cuaderno gigante para dibujar.

—Steven, trata de adivinar lo más rápidamente posible lo que dibujamos, ¿vale? —Preguntó Nathan,

haciendo un gesto de ánimos a Lorraine, a Flynn y a las parejas de estos— ¡Nuestro equipo es el mejor! —alardeó, riendo exageradamente con la boca abierta.

—¡Estás loco papá!

El hombre sacó un nombre de una pila de papelitos doblados que había en una gorra y lo ofreció al equipo contrario, inmediatamente empezó a dibujar algo en uno de los papeles.

—¡Un rayo! —gritó su hijo, él negó.

—¿Un rayo? —Preguntó Zoe a su novio con los ojos entrecerrados— Flynn, parece más un ... un ...

¿Qué parece?

—¿Un zapato?

El grupo contrario reía a carcajadas al ver la torpeza de Nathan de dibujar lo que decía su palabra. El tiempo del reloj de arena se agotó y el hombre se sentó refunfuñando por no haber sido adivinado. Un punto perdido por la “torpeza visual” de sus compañeros.

El otro grupo dibujó un murciélago y lo adivinaron en seguida.

Ahora era el turno de Flynn. Sus dotes con el lápiz siempre fueron envidiables y con unas cuantas líneas supieron lo que trataba de decirles. Arroz.

Las risas, los gritos y las burlas eran una melodía que Steven tardaría mucho en olvidar. Y al fin llegó su turno.

Del montón de papelitos sacó uno, la palabra era camión, y sabía que no le costaría nada dibujarlo, pero en el momento de tomar el lápiz entre los dedos se le ocurrió algo.

Empezó dibujando un círculo lleno de líneas que convirtió en triángulos, sombreó algunos de ellos sin que ninguno entendiese qué era exactamente lo que trataba de decirles. Luego dibujó unas líneas a los lados y terminó de darle forma de anillo.

La familia al completo se quedó en silencio, como si supieran lo que venía y entonces Steven bajó una rodilla hasta el suelo y pronunció las palabras mágicas.

—Lorraine Gibson, ¿Quieres casarte conmigo?

Las miradas se desviaron ahora a la muchacha, que miraba a Steven completamente pálida.

—¿No vas a responderle? —Preguntó Phil.

Lorraine miró a su familia sin expresión alguna en su rostro y se detuvo al llegar a Loretta, que le sonreía de forma amable. Casi de forma instantánea llegó a ella la imagen de le primera vez que la vio, enfundada en cara ropa de diseñador, enjoyada exageradamente y con un halo de riqueza que se veía a kilómetros, entonces no se la veía tan exageradamente feliz, entonces su sonrisa no era tan amplia como ahora. Era feliz, era feliz por haber dejado su mundo y haber entrado en su familia.

—Vamos, Lori. Te gusta, ¿no? —Preguntó Flynn. Ella miró a Steven y asintió.

—Y te provoca mariposas en el estómago cuando te toca o cuando te mira, ¿no? —Ella sonrió tímidamente y asintió nuevamente.

—¿Le extrañas cuando no le ves y te alegras cuando lo haces? —Aquella era una pregunta que no podría negar aunque quisiera, todos habían visto esa mañana su reacción al no encontrarlo en casa, pero ella no lo negó.

Lorraine seguía sin aceptar o rechazar tan especial propuesta de matrimonio y Steven empezaba a mostrarse nervioso, ridículo.

Nathan, el maestro de las buenas vibraciones se puso en pie casi de un salto y corrió a abrazar al muchacho.

—Acepto, yo acepto. Tú también me quieres, ¿verdad?

Aquella fue la guinda del pastel, la familia estalló en risas y aplaudió el espectáculo que el padre de los chicos estaba ofreciéndoles.

El resto de la tarde, Lorraine trató de evitar la mirada de su ex falso novio, se sentía violenta por lo ocurrido y avergonzada por no haber sabido responder algo concreto. Le quería, de eso no le cabía la menor duda, pero ella no quería ser su Cenicienta, y eso también lo tenía claro desde que descubrió sus sentimientos después de la noche de la fiesta.

Steven tenía una cita con su padre la mañana siguiente y aunque quisiera no podía quedarse, por lo que un rato antes de la cena subió para preparar la bolsa con sus cosas.

—¿Puedes repetirme la pregunta? —Pidió Lorraine, acercándose a él por la espalda.

—No, no puedo, la magia ha desaparecido cuando me has rechazado.

—No te he rechazado. Me ... me daba vergüenza delante de mi familia ... —Él se giró y la miró con el ceño fruncido—. Sí, pensarás que con veinticuatro años ya soy mayorcita para tener vergüenza, pero entiende que lo que me has propuesto no es ir a un baile ...

—Lo sé. Lo que te he pedido es que pases el resto de tu vida conmigo, que nos hagamos felices uno al otro, que nos amemos cada día como si no hubiera un mañana.

Lorraine lo miró, deseando que le hiciera La pregunta, pero después de unos segundos mirándose a los ojos Steven se dio la vuelta y terminó de preparar la mochila con sus cosas.

## CAPÍTULO DIECIOCHO

Pasaba de la media noche cuando Lorraine llegaba a su apartamento. De nuevo sentía ese vacío que la inundaba, de nuevo sentía como había metido la pata con él y se sentía la más estúpida de todas por no aceptar esa propuesta. Si realmente estaba destinado a ir mal, al menos podría disfrutar con él hasta que todo se torciera.

Faltaba poco más de un mes para la boda de Liam y encontró en ese evento, la excusa perfecta para volver a la mansión de Steve, y lo haría por la mañana, cuando hubiera descansado de todo lo sucedido en esos tres días.

Cuando Steven llegó a casa, lo hizo con una sonrisa. Sabía que ella no le había aceptado en el salón, delante de toda su familia, por lo mucho que le había impactado su proposición. Pero sabía que sí la habría aceptado en el dormitorio cuando estaban a solas, pudo verlo en sus ojos, leerlo en la forma en la que le pidió que se lo preguntase de nuevo y sonrió satisfecho, ella también le amaba. Se dejó caer sobre la cama mientras dejaba ir un suspiro, sintiéndose un adolescente con su primera novia.

La mañana llegó de prisa y Steven debía reunirse con su padre. Ahora le importaba poco lo que le dijera sobre su homosexualidad, le importaba poco incluso que le llamasen sucio depravado, la imagen de Lorraine esperando por esa pregunta que no repitió, le hacía sonreír y nadie podía quitarle esa felicidad de saber que ella le quería.

Al entrar en la cafetería del hotel recordó el espectáculo que Lorraine dio al defenderle de aquel modo. Saludó al camarero y fue directo a la mesa donde estaban su padre y su hermano.

—Los socios quieren que nos reunamos en Shanghai —dijo Harry, mirando a su hijo con el ceño fruncido— ¿Podemos saber por qué tienes esa estúpida sonrisa? ¿Sabes para qué quieren que nos veamos?

—Vamos papá, no creerás que ha llegado a oído de los chinos que soy gay.

—Precisamente. La reunión es porque quieren retirar los fondos.

—¿Sabes lo que más me indigna? Que os empeñáis en creer lo que os da la gana. Pues lo voy a sentir mucho pero no pienso ir solo para desmentir un rumor absurdo.

—Maldita sea Steve. Si no vas puedes despedirte de la herencia, puedes despedirte del apellido Logger.

—Pues hecho. Tu dinero puedes dárselo a tu hijo predilecto. No voy a manejar mi vida como quieran los demás.

Liam se puso en pie y, con un puño rápido golpeó la mejilla de su hermano.

—La putita a la que has contratado para este papel ... págale lo que pida, le daremos lo que quiera, pero cástate con ella y esconde tu maldita homosexualidad. Sabes que si retiran esos fondos, no solo la empresa de aviones se irá al traste. La de barcos y la de trenes también lo harán.

Steve no dejó que Liam se sentase de nuevo. ¿Había tratado a Lorraine de prostituta? Se levantó y agarró las solapas de la americana de su hermano, acercándose a su cara ante la mirada sorprendida de su padre, que nunca le vio con esa actitud.

—Si vuelves a llamar puta a Lorraine ...

—Vamos Stevie —rió, pensando que solo iba a quedarse así, pero el menor de los hermanos cerró con

fuerza una de las manos y se la estrelló en la cara, haciéndole caer de espaldas contra la silla. Sin decir más salió de la cafetería. El pómulo le ardía por el golpe, le dolía tanto que creía que le había roto la cara, aun así no se tocó. Fingió que no pasaba nada y subió a su coche. Condujo hasta casa sin poder quitarse de la cabeza el puñetazo que le había dado a su hermano, nunca antes le había golpeado, ni siquiera defendiéndose.

Al llegar a la mansión encontró a Lorraine sentada en los escalones de la entrada, con los codos sobre las rodillas y la cara entre las manos. Debía estar absorta en sus pensamientos pues, no escuchó el coche.

Steve no metió el deportivo en el garaje, no podía verla ahí y perder el tiempo aparcándolo debidamente.

—Estás aquí ...

—Dios mío, Steve, ¿qué te ha pasado? —preguntó, acercándose de un par de pasos y llevando las manos a la cara del muchacho.

—Nada importante.

—Tienes ... está ...

La miró fijamente. Prácticamente acababa de decir a su padre y a su hermano que se quedasen con su parte. Lamentablemente la casa y los coches los había pagado con los beneficios de una de las empresas de su padre y, sin lugar a dudas, su padre trataría de quitársela.

—¿Crees que podrías hacerme un hueco en tu casa? —preguntó con una sonrisa sutil.

—¿Por qué?

—He renunciado a la herencia.

Lorraine lo miró horrorizada. ¿Había sido por su culpa? ¿Realmente iban a dejarle sin nada a causa de ella?

De pronto se sintió mareada. Buscó el tacto de la pared y se sentó en los escalones de piedra. No podía ser.

—¿Qué te pasa, estás bien?

—Steve, ¿te lo van a quitar todo? —él asintió, aunque no parecía importarle en exceso— ¿Todo? —Él asintió nuevamente.

—Lo que tengo es parte de esa herencia. Pero ... Lori, tú ... no me quieres por mi dinero, ¿Verdad?

—¡No! —Exclamó. Su voz salió casi sin fuerza.

Empezaba a hiperventilar pensando en las horribles consecuencias que iba a traer su libro a la vida de Steve y de pronto se desmayó.

El muchacho no supo cómo actuar. Llamó al mayordomo y entre los dos la llevaron a su cuarto. Raymond había estudiado algo de medicina antes de necesitar el dinero y dejar sus estudios para trabajar con Steven. Supo rápidamente qué hacer. Elevaron sus pies poniendo cojines debajo, vertieron unas gotas de alcohol sobre un algodón y lo pasaron por delante de su nariz hasta que empezó a reaccionar.

—¿Qué ... ?

—Te has desmayado ... No vuelvas a darme un susto así ... —pidió, irguiéndola para abrazarla.

Esa noche Steve no se movió de su lado en la cama, pero cuando amaneció, él estaba apoyado en el cabecero, profundamente dormido y Lorraine aprovechó para salir a tomar un poco de aire fresco.

El mayordomo estaba ayudando a limpiar el polvo del salón cuando Lorraine entró.

—Vaya, se ha levantado. ¿Se encuentra bien? —Ella asintió.

—¿Conoces todo lo del señorito? —Él asintió mientras bajaba de la escalerilla y sujetaba el plumero

con ambas manos en una pose elegante y recta—. ¿Realmente lo va a perder todo si le quitan la herencia?

—En el caso de que su padre se la quitase, me temo que sí, señorita Gibson.

La muchacha buscó nuevamente donde sentarse. Debía hacer algo, pero no sabía qué.

«¿Sabes que estuvimos comprometidos? Nos amábamos.». Las palabras de Euleen se colaron en su mente como si esa fuera la pista que necesitaba.

Sin decir una palabra corrió fuera de la casa y siguió hasta la carretera, donde esperaba encontrar un taxi que le llevase a la mansión Logger.

Había ido todo el camino pensando en las palabras adecuadas para el padre de Steven, y en la forma adecuada en las que debía decirlas, pero al vislumbrar la majestuosa construcción tras la reja de la entrada no se atrevió, siquiera, a llamar al timbre.

Caminó cerca de una hora de un lado al otro, acercando de vez en cuando el dedo al botón del interfono, pero no fue capaz ninguna de ellas de presionarlo.

Rendida ante su propia cobardía decidió regresar. Caminó por el borde de la carretera pensando en una manera de ayudarlo, pero todas le parecían soluciones invasivas o superficiales.

No mucho tiempo después, un coche de los que habían pasado de largo se detuvo, y de él bajó Euleen, llamándola a gritos.

Ella era la última persona a la que querría ver. Aun así le dirigió un educado saludo y una sonrisa cortés.

—¿Has venido a la mansión Logger? ¿No te han dejado entrar? Es normal, con ese aspecto humilde habrán pensado que venías a pedir algo —y ahí estaban esos aires de grandeza.

—No he llamado. Ni siquiera saben que he venido. —Euleen apretó los dientes.

—Sube. Te llevo donde necesites.

—Euleen, Steve ... Os amasteis, ¿Verdad? —La futura señora Logger sonrió con autosuficiencia.

—Verdad y de verdad. De no haber sido por mi metedura de pata ahora estaríamos felizmente casados.

—Entonces, supongo que hicisteis el amor en más de una ocasión —hacer esa pregunta y la respuesta que ya conocía de antemano, le destrozaba el corazón, aun así necesitaba plantearla.

—¡Por supuesto! No hubo sitio de mi casa en el que no lo hiciéramos ... —Lorraine apretó los puños al imaginarlos juntos como lo habían estado ellos en esas dos ocasiones. Aun así se mantuvo serena.

—Entonces ... o eres un hombre, o Steve no es gay ...

—¿Steven gay? —Empezó a reír exageradamente— El libro de Elizabeth Abbott me vino genial para alejar a todas esas pelandruscas de su alrededor. ¿Te imaginas como me sentía sabiendo que había otras chicas tirándole en anzuelo? —Lorraine la miraba horrorizada. Cuadró en una décima de segundo lo que acababa de oír y nuevamente se sintió aturdida.

—Te ...

Miró a la ex prometida de Steven totalmente horrorizada. Ella ni siquiera se dio cuenta de que lo había descubierto todo con esa confesión.

Cuando el coche se detuvo al lado de la fuente, Euleen fue la primera en bajar. Lo hizo con su sonrisa de siempre, con total despreocupación y con su postura elegante. Lorraine lo hizo tras ella, con la rabia hirviendo bajo su piel. Qué bien lo había calculado Euleen.

Caminaron una tras otra con dirección a la entrada de la mansión, hasta que la escritora detuvo a la futura novia por un brazo.

—No tan rápido. Vas a ayudarme a restaurar la integridad de Steven, y eso va a empezar hoy mismo.

—¿Integridad?

—Fuiste tú quien empezó la mentira sobre la sexualidad de Steven. Todavía le amas y pretendías que nadie más ocupase un lugar que crees tuyo ...

Liam caminaba de vuelta de su paseo matutino por el jardín cuando vio a las chicas acercarse. Se detuvo para escucharlas con la curiosidad de saber qué demonios tenían que hablar su prometida con la chica que había contratado su hermano, y al escuchar a Lorraine se quedó totalmente helado. Ninguna de las dos le había visto.

Liam no dudó en actuar. Se acercó a la chica que fingía salir con su hermano y la abofeteó con fuerza, agarrando su cuello acto seguido. Acercó su cara a la de ella con una expresión de rabia que la estremeció.

—No te permito que vengas a mi casa a acusar de nada a mi prometida. Si te vuelvo a ver por aquí ...

—Apretó con los dedos un poco más antes de soltarla—. Euleen, vamos.

La futura novia miró horrorizada a la otra chica, que permaneció inmóvil. Liam pasó por su lado y cogió su mano, llevándola medio a rastras, mientras ésta echaba la vista atrás para mirar a Lorraine.

Pasó más de una hora sin que Lorraine se atreviera a moverse. Le ardía la mejilla por el golpe que Liam le había dado, pero aquello no era lo que más le dolía sino saber que Steven era víctima de un ruin y rastroso gusano. Alguien que había utilizado una novela, para arrebatarse el futuro a quien una vez había dicho amar.

## CAPÍTULO DIECINUEVE

Estaba anocheciendo cuando llegó a la mansión de Steve. Ni siquiera supo por qué iba allí en lugar de a su apartamento.

Steven estaba en la orilla de la playa, con los pies hundidos en el agua, como le había visto tantas veces, con su imponente silueta, con su porte elegante y masculino.

Se acercó, caminando despacio, temblando aún por la actitud de Liam y al llegar a él le abrazó, apoyando la cara en su espalda.

—Lorraine ... ¿Sabes lo preocupado que me tenías? —Preguntó, dándose la vuelta para tenerla de frente— He estado en tu apartamento una docena de veces, y te he llamado otras tantas. Ya no sabía qué pensar.

En vista de que ella no respondía se apartó ligeramente. Tenía los ojos llenos de lágrimas y la mejilla ligeramente amoratada, igual que él.

—¿Dónde has estado? ¿Qué ha pasado? —preguntó, rozando la piel enrojecida con la yema de los dedos.

—Lo siento, de verdad. Lo siento mucho ... —empezó a llorar.

Desde que la conocía no la había visto así ni una sola vez. Se agachó, cogiéndola en brazos y caminó hasta la casa, trataría de calmarla como fuera hasta poder preguntarle qué demonios había pasado para que llegase en ese estado.

A duras penas podía apartar la vista de su mejilla.

—¿Quién ha sido? —se tocó la cara para indicarle a lo que se refería.

—No ha sido nadie.

—¿Dónde fuiste tan temprano?

—Fui a casa de tus padres —confesó, haciendo que se le encogiera el pecho y contuviera el aire— Intentaba volver a poner las cosas como antes de Pretty Love, tu herencia ...

—No tendrías que haberte metido, Lorraine. El tema de mi herencia es asunto solamente mío, no tiene nada que ver contigo.

Steven se sintió molesto por la intromisión. A él no le importaba perder la herencia, ya no. Si para poderla mantener tenía que comportarse como un hipócrita más, ya no estaba dispuesto a ceder, el dinero no iba a convertirle en alguien frío y despiadado. Pensar que Lorraine había ido a aquella casa para mendigarles que no le quitasen la herencia podía malentenderse, y se suponía ella no le quería por el dinero.

Se puso en pie y salió del dormitorio cerrando la puerta de un sonoro golpe.

Eran poco más de las cinco de la mañana cuando Lorraine cerraba la puerta del dormitorio y avanzaba silenciosamente por el pasillo cuando Steven salía. Se sorprendió al encontrarla ahí, caminando como si estuviera fugándose.

—¿Dónde vas?

—Estás despierto ... Me marchó, Steven. Siento mucho haberme metido en tus asuntos. No volverá a pasar. Yo solo traté de volver las cosas a su sitio, sabiendo que todo empezó por mi libro.

—Quizás empezase por tu libro, pero ha terminado por decisión mía.

—¿Qué hablaste exactamente con mis padres? —preguntó. Su tono seguía sonando igual que antes de salir de la habitación.

—No llegué a hablar con ellos ...

—¿Entonces quién te golpeó?

—No fue nada, Steve. Yo ... Mejor me marchó, no hago nada aquí.

No esperó a que Steven dijera nada más. No quería seguir escuchando ese tono con el que le hablaba. Ver esa mirada oscura que tenían sus ojos.

Después de cerrar la puerta de su apartamento y de sentarse en el sofá del salón, se preguntó qué demonios había pasado. Hacía una semana estaba ahí, sola, con el corazón roto por la forma en la que se había ido Steven, con un beso en la frente y un adiós que le desgarró el alma, ahora, después de haber pasado los tres mejores días de su vida, de una propuesta de matrimonio que no se había atrevido a aceptar y después de ser abofeteada por el indeseable de Liam se encontraba nuevamente en ese mismo lugar que ya no era capaz de reconocer como su hogar.

Se reclinó hacia atrás y llevó la mano a su mejilla. Si hubiera aceptado la propuesta ...

Steven detuvo el coche al lado de la fuente de la entrada. Miró la inmensa mansión donde creció, sintiéndola más grande y atemorizante que nunca. Salió del coche, encontrándose con su hermano casi de frente.

—¿Qué, vienes a reclamarme que abofetease a tu putita?

—¿Cómo? —Liam seguía refiriéndose a la escritora como a una prostituta, pero no fue eso lo que activó la ira en Steve— Tenía que haber apretado su cuello hasta matarla. Por su culpa todos mis planes se han ido al traste. Ya no voy a casarme, ¿Lo sabes?

Steve trataba de procesar que hubiera golpeado a Lorraine, mientras su hermano hablaba.

No supo cómo o de qué manera había llegado al comedor, ni por qué estaba desayunando con sus padres como si tal cosa. No supo de qué habían hablado, ni siquiera cómo se había tomado el café de su taza. Solo podía pensar en los ojos de Lorraine llenos de lágrimas, en su cara amoratada y en sus palabras de disculpa.

—¿Qué ... ? ¿Cómo ... ? Lorraine ... —titubeó.

No podía plantear la pregunta que le rondaba en la cabeza por miedo a esa respuesta. Pero Harry empezó a hablar con su particular tono seco e indiferente.

—Ya sabemos que tu homosexualidad fue inventada por Euleen basándose en un libro.

—¿Qué Euleen ... que? —aquel día parecía algo digno del argumento de un thriller psicológico.

—Sí, tu hermano las escuchó ayer, a ti y a la amiguita esa con la que pretendías salir.

—No pretendía salir, papá, salía con ella. Al principio solo fue para fingir, para ...

—No me vengas con sensiblerías, que no me interesan—interrumpió—. Euleen dijo que te quería, y que pretendía que te quedases solo, sólo porque no quería sufrir al verte con otra, mientras ella se casaba con tu hermano para poder estar cerca de ti. Inventó tu homosexualidad basándose en un libro. En ese momento pudo imaginar como debió sentirse Lorraine, el motivo por el que tenía la cara marcada y por qué se disculpó de ese modo esa noche, cuando le abrazó por la espalda.

—Sucia ramera —declaró la madre con aire desinteresado, tomando la taza con dos dedos para dar un sorbito de café.

—El matrimonio de tu hermano se ha cancelado y pronto todo el mundo sabrá que fue un malentendido. El tema de tu herencia ...

Steven se levantó airado, golpeando la mesa con las manos. Miró a su madre en primer lugar, una mujer fría y desalmada, luego a su hermano, un ser despiadado y calculador, y por último a su padre,

altivo, prepotente, dominante y autoritario.

—De la herencia solo quiero mi casa. Es lo único que quiero. Como disculpa por los malos ratos que me habéis hecho pasar en esta familia. Te recuerdo que la editorial me la dejó el tío Pierre y no pertenece a tus propiedades. No quiero nada más. —Del respaldo de la silla recogió la americana y se la puso—. Del apellido no puedo deshacerme tan fácilmente, pero no quiero nada más que venga de esta familia.

Empezó a caminar con dirección a la salida, pero se giró de sopetón y se acercó a su hermano, que se reía como si acabase de cerrar el mejor de los tratos. Sin que lo esperase le dio un puñetazo con todas sus fuerzas en el estómago, haciendo que se doblase hacia adelante con un alarido.

—Eso por el arpón que me clavaste y eso —con el otro puño le golpeó en el pómulo izquierdo—, eso por haber golpeado a mi futura prometida, por haberla tratado como merecía tu ex, y por haberla menospreciado aun cuando vale más que todos vosotros juntos.

Subió al coche con la mano adolorida por el puñetazo y colocó las manos en el volante. Pese a lo que acababa de pasar se sentía libre, como si hubiera logrado zafarse de las cadenas que le habían mantenido sometido toda su vida.

Condujo hasta su casa, donde había algo que necesitaba recoger: un anillo de compromiso que aguardaba por su dueña en un cajón.

Al pasar por la floristería, cerca del apartamento de Lorraine, compró una sola rosa roja y pidió a la dependienta que la decorase con el anillo, y una vez lista, caminó hacia el edificio de su escritora. Cuando el recepcionista lo vio entrar con la rosa en la mano sonrió ampliamente, y le invitó a subir con un gesto.

Ese trayecto que tantas veces hizo el día anterior, ahora le resultaba completamente distinto. De nuevo estaba nervioso por esa proposición, y de nuevo temía ser rechazado, y más después del trato que le había dado la noche anterior o esa misma mañana.

Llamó a la puerta con la mano temblorosa, pero Lorraine no abrió. El recepcionista no le dijo que no estuviera, de no estar, se lo habría dicho.

Llamó nuevamente, con un poco más de insistencia esta vez, pero de nuevo la puerta permaneció en su sitio.

Se apoyó contra la pared, deslizándose hasta el suelo y echó la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados.

Bajaba las escaleras como siempre, con intención de tomar un poco de aire, cuando al saludar a Rudy éste le indicó que su novio había subido en el ascensor. Lorraine no lo dudó, presionó media docena de veces el botón de llamada del elevador y esperó nerviosa a que éste bajase las veintidós plantas que separaban el vestíbulo de su apartamento.

Al abrirse las puertas en su piso, encontró a Steven sentado en el suelo, aparentemente abatido, y aun sintiéndose emocionada por verle, actuó como creía merecía.

—¿Qué haces aquí?

Fue instantáneo. Tan pronto como escuchó su voz se puso en pie, escondiendo la rosa bajo la americana.

—Creía que estabas dentro ...

—No, iba a salir. ¿Qué haces aquí?

—¿Entramos?

Lorraine resopló, parecía que iba a negarse, pero tecleó el código de la puerta y entraron hasta el

salón.

—No tengo nada para ofrecerte ...

—Solo necesito tus oídos.

La muchacha se cruzó de brazos y arqueó una ceja, como invitándole a que empezase a hablar.

—Seré directo y sincero. Cuando te conocí te odiaba por lo que tu libro había hecho con mi vida, pero no hizo falta mucho para que se desbordasen todos mis sentimientos por ti. Nunca pensé en ese contrato porque cuando lo firmamos ya empezabas a gustarme. Ahora, escúchame atentamente porque no creo que pueda repetirlo otra vez.

—Espera, espera ... ¿Firmaste ese contrato ... ?

Steven acercó los dedos a su boca y la hizo callar.

—No digas nada, sólo escúchame —Lorraine se fijó en su camisa. Los fuertes latidos de su corazón hacían que se moviese y empezó a sentirse nerviosa ella también—. Nunca he sabido lo que era felicidad hasta que te conocí, hasta que estuve con tu loca familia. Nunca, jamás me he sentido tan pobre y lamentable como cuando no has estado a mi lado.

—Steven ...

—Escúchame, por favor. Como tú me dijiste un día, el dinero no da la felicidad, y lo he comprobado en la última semana. He renunciado a la riqueza, a la herencia de mi padre porque su dinero jamás podrá hacerme feliz. Mantengo mi casa y una editorial pequeña que me dejó un tío ... aun así ...

¿Querías a este pobre «Ceniciento» a tu lado? ¿Te quieres casar conmigo? —preguntó, agachándose y ofreciéndole la rosa con el anillo.

Lorraine cubrió su boca con las manos mientras contenía las lágrimas. No podía creer que estuviera pasando de verdad. Lo miraba a los ojos sin poder articular palabra, pero la mirada de él se volvió casi de súplica. Cuando trató de responder su cuerpo actuó por sí solo, se agachó frente a él y le abrazó con fuerza, asintiendo mientras arrancaba a llorar.

—No llores, sonríe. —Puso las manos en su cintura y la apartó para tenerla de frente—. Te amo. Te quiero tanto que no concibo un solo día sin ti.

—Yo también te amo, tanto que no tengo palabras para describirlo ...

Ambos permanecieron en el suelo, abrazados y en silencio hasta que se sintieron más tranquilos.

Steven se puso en pie y tiró de ella para abrazarla nuevamente.

—¿Volvemos a casa? —preguntó, buscando su mirada. Ella sonrió en respuesta, ajustándose aún más contra él.

Luego, volvieron a lo que sin esperarlo, se había vuelto su cálido hogar: una preciosa mansión en la playa que habían llenado poco a poco de recuerdos que jamás podrían olvidar.

## CAPÍTULO VEINTE

—¡Levanta perezosa! —gritaron las mujeres de la familia Gibson mientras entraban en el dormitorio de Lorraine después del desayuno.

—Es el día de tu boda ¿Cómo demonios estás tan tranquila? —preguntó Erin, saltando de rodillas sobre la cama y haciendo que su hermana pequeña se sintiera mareada por el movimiento.

—No hagas eso, estoy revuelta. Llevo tres días con náuseas por los nervios.

—¿Náuseas? —La habitación se quedó en silencio y de pronto Lexa salió corriendo

—¿Qué ha pasado?

Todas empezaron a reír ante la ingenuidad de Lorraine. Nervios por la boda ...

Alexandra no tardó en encajar el color pálido de su hermana con las náuseas que decía. Estaba embarazada, y si aún no se había dado cuenta era porque era más tonta de lo que parecía. Entró en la farmacia tan nerviosa como si fuera ella quien iba a hacerse la prueba de embarazo. Lorraine era su hermana menor y Steven era un tipo genial, seguro que serían los mejores padres.

Corrió de vuelta a la mansión de Steven.

Al entrar en el dormitorio de su hermana ésta miró sus manos y le sonrió, mostrándole la cajita que había comprado.

—Ahora, señorita, entra en el baño y haz pis en el extremo. Nos morimos por comprobarlo.

—No estoy embarazada... Lexa solo son nervios. Casarse no es algo que hagas todos los días...

—Entra en el baño y...

Lorraine se levantó tratando de contener los nervios y se metió en el baño.

No podía estar embarazada, las veces que lo habían hecho no habían usado protección, pero no podía estar embarazada, su propia hermana había tardado más de dos años en quedarse embarazada y en su cabeza no entraba que con solo unas pocas veces hubiera terminado así, y más, porque los síntomas del embarazo eran notables desde los primeros meses y eso solo quería decir que, o se había quedado encinta la noche de la fiesta, o lo había hecho la noche que lo hicieron en casa de sus padres.

Abrió el envase y, siguiendo las instrucciones, mojó de orina el extremo de papel, lo tapó nuevamente y lo dejó sobre el mármol, al lado del lavabo. Caminó nerviosa mientras esperaba a que saliera el resultado, preguntándose a sí misma cómo sería su vida si realmente fuera a tener un bebé, cómo cambiaría la vida de Steven con un hijo al que dar el cariño que no tuvo él, ¿serían buenos padres?

Las mujeres, esperaban fuera del dormitorio deseando que fuera cierto lo que sospechaban, Lorraine y Steven eran la pareja perfecta.

Cuando al fin se abrió la puerta del baño, Lorraine tenía la expresión más extraña que le habían visto nunca. No podían intuir si era felicidad o si era tristeza. Llevaba el test de embarazo en las manos y al salir se lo ofreció a su hermana.

—¿Es positivo? —preguntó mirándola, suponiendo que ya sabía la respuesta antes de salir del baño.

—Lo ... lo es —respondió con la mirada en el vacío.

—¿Y por qué estás así?

—Un bebé... Yo no esperaba tener un bebé tan pronto. Solo hace tres meses que conozco a Steven —

Lorraine se sentó en el borde de la cama, acompañada por su madre y su madrastra.

—Sois la pareja más bonita que he conocido —dijo su madre, sosteniéndole una mano entre las suyas.

—Vaya, gracias... —murmuraron Lexa y Erin.

—Vamos, chicas, sabéis a lo que me refiero.

Antes de que pudieran seguir hablando sobre el asunto llamaron a la puerta.

—No digáis nada, primero quiero decírselo a él... —todas asintieron antes de que la puerta se abriera.  
—Lori —Dijo Nathan, su padre—. Acaba de venir una chica preguntando por tu prometido. Eu, Eu...  
Lorraine no esperó a que terminase de decir ese nombre. Supo rápido a lo que venía a la mansión y no iba a permitir que confundiera a su novio.  
Corrió por el pasillo y al llegar a las escaleras vio como se metían, solos, en el despacho, ese despacho que nunca usaba nadie.

Después de contarle a Liam que realmente había basado la homosexualidad de Steven en una novela, que lo había hecho para que nunca pudiera tener a una chica a su lado y que aún le amaba, el mayor de los hermanos abofeteó su cara como había hecho con Lorraine y le pidió que jamás volviera a presentarse ante él, pero no le dolió, aunque había adorado a Liam, lo que pudiera sentir se convirtió en miedo al ver el trato que le había dado a Lorraine.

Euleen pasó días deseando hablar con Steve sobre lo ocurrido, pedirle disculpas y rogarle que la perdonase, pero pocos días después se enteró de su compromiso, y que su boda sería el mismo día que iba a casarse con Liam.

Aguantó tanto como pudo. Viajó a miles de kilómetros con tal de olvidarse de ese día, de ese enlace en el que creía que ella era la que debía ser la novia. Pero regresó, y lo hizo en el momento preciso. Entró en la mansión como si esa fuera su casa y preguntó por su ex.

Cuando Steven se encontró con Euleen sintió como la rabia aceleraba su pulso.

—¿Puedo saber qué demonios haces aquí?

—¡Oh Stevie ... ! —Exclamó, emocionada por verle de nuevo.

Trató de acercarse a abrazarle justo en el momento en el que Lorraine miraba por la rendija de la puerta. Justo en ese momento dio un paso atrás con el miedo apoderándose de ella ¿Y si de verdad Steven nunca podía dejar de sentir algo por ella? Se apartó para marcharse, para huir, pero Steven empezó a hablar.

—Eres una desvergonzada, pero tengo que darte las gracias por ese amor retorcido que sientes. Si no hubiera sido por ti, jamás habría conocido el verdadero amor, nunca habría ido a buscar a la autora de ese libro en el que te basaste para tus infamias y nunca me habría enamorado de ella como lo hice.

Lorraine casi no podía contener la emoción por lo que había escuchado.

—¿Enamorarte de Elizabeth Abbott?

—De Lorraine, la persona tras ese pseudónimo.

—Esa p ...

—Mide tus palabras —interrumpió, sabiendo que iba a tratar de ofenderla en su propia casa—. Ahora, si me disculpas, te quiero fuera de esta casa. Lo último que quiero es que se incomode con tu molesta presencia.

—¿Molesta?

—Sí, has oído bien. Molesta. Sales conmigo, me engañas, sales con mi hermano, me difamas y ahora vienes a qué, ¿Crees que voy a dejar mi vida perfecta por ti?

Lorraine respiró hondo y entró en el despacho totalmente enaltecida, con una actitud que sorprendió al futuro marido y a sí misma.

—¿Puedes ... ? ¿Steve, nos puedes dejar solas? —Élla miró con el ceño fruncido— Solo quiero hablar con ella de mujer a mujer ...

Euleen no esperó a que Steven saliera, ni esperó a que Lorraine dijera más. Empujó a ambos, pasando entre los dos y corrió el exterior de la casa.

La futura novia le dio alcance antes de que subiera a su coche y la frenó de un brazo.

—Yo no voy a darte las gracias como ha hecho Steve. No voy a decirte que lo que hiciste estuvo mal porque yo soy quien se ha beneficiado de tu dudosa moral y tu mente retorcida. Pero sí te diré, que en un futuro te pienses dos veces antes de volver a ponerte delante de mi casi marido. Jamás permitiré que nadie vuelva a hacerle daño, ni que le hagan sentir infeliz. Ahora lárgate. Lárgate y no vuelvas siquiera a ensuciar su nombre pensando en él.

Euleen subió a su vehículo, mirándola con los ojos llenos de ira. Sin pensarlo, aceleró, golpeándola con el capó y haciéndola caer contra el suelo aparatosamente.

Mientras el coche se alejaba con un acelerón, Lorraine se puso en pie. No le había hecho daño, aun así se había asustado pensando que iba a atropellarla.

Nathan corrió a socorrer a su hija, con el semblante serio y las manos temblorosas.

—Estoy bien, papá ... —dijo al ver que no tenía color alguno en la cara.

—Esa maldita desgraciada ... podía haberte ...

—Sólo ha sido un empujón ... pero no se lo digas a nadie, ¿vale? No quiero que nada enturbie este día

—pidió, abrazándole con fuerza.

—Mi pequeña ...

Padre e hija entraron en la mansión sin que nadie más supiera sobre el pequeño percance de la entrada.

La hora de la comida pasó deprisa, y la tarde pasó aún más deprisa mientras maquillaban a la novia, la vestían y le rizaban el pelo para el recogido.

Había llegado la hora acordada, sobre la arena de la playa habían situado el altar con la preciosa decoración. Todo estaba listo.

Mientras la familia de Lorraine iba acomodándose en las sillas, Steven esperaba a su ya casi mujer. La impaciencia por el momento del enlace le hacía tocarse las manos, tocarse los labios y caminar con pequeños pasos, pero al fin llegó. Nathan bajó las escaleras delante de su hija y estiró una mano para ponerla a su lado al pisar la arena.

Llevaba el vestido más bonito que había visto. No era nada parecido a lo que hubiera querido Henry, pero eso era lo que lo hacía más perfecto para el momento. Un vestido largo hasta los pies, de varias telas de gasa fruncida, ceñido por la parte del pecho con una bonita puntilla en contraste, sin más decoraciones. Llevaba el pelo recogido en un moño como los que llevaban las diosas en el olimpo.

Preciosa. Estaba tan hermosa que hasta Afrodita se habría retorcido de la envidia.

Cuando Lorraine puso los pies en la arena y tomó la mano de su padre para que la llevase al altar, se fijó en el escenario que había preparado su familia. El velador con gasas azules y blancas, una alfombra de pétalos de flores, bordeados con globos de papel blanco con velas que le daban una iluminación tenue pero íntima ... y lo mejor, Steve. No habían hablado de los trajes desde que se comprometieron, y por un momento, antes de salir del dormitorio, temió que desentonase mucho, pero al ver a su casi marido frente a ella se dio cuenta de lo mucho que estaban compenetrados, de lo parecidas que eran sus formas de pensar. El traje de lino beige era perfecto para él, para el tipo de boda que era. Y además iba descalzo sobre la arena, igual que ella.

Cuando la miró, Lorraine pudo ver las estrellas de sus ojos brillar de forma distinta. Se moría por llegar hasta él, por agarrar su mano sabiendo que nunca más volvería a soltarla y al fin, terminado el recorrido, Nathan la dejó ir después de un abrazo y un beso.

—Hola —sonrió de esa forma que la volvía loca.

—Hola ... —Estaba tan nerviosa que casi no sabía si le había respondido.

—Estás preciosa —Lorraine no pudo responder, estaba tan nerviosa, tan emocionada que solo quería que terminase para poder abrazarle, además estaba la noticia de su embarazo.

Ni los padres, ni el hermano de Steven quisieron ir a la boda, aunque este tampoco quería que fueran. Lo último que quería era tener ahí sentadas a tres personas que solo se mostrarían desagradables con los demás.

Aun después de las negativas, Henry quiso comprobar que el tema de la boda no era una farsa y, sabiendo la hora del enlace se plantó allí. No quería hacer acto de presencia, ni que su hijo creyera que se preocupaba por él, cuando lo que realmente le preocupaba era la imagen de su apellido. Se ocultó tras unos matorrales lo suficientemente cerca como para poder presenciar lo que para él era una auténtica aberración.

—¿Amor? ¡Ja! Eso no son más que sensiblerías absurdas. El matrimonio es una institución y eso solo es un negocio más —dijo el señor Logger mientras miraba asqueado al grupo de gente bajo el velador.

Lorraine y Steven entrelazaron las manos mientras el juez dictaba los artículos del código civil.

—Lorraine Gibson —dijo el juez—, ¿Quieres y aceptas contraer matrimonio con Steve Logger, aquí presente junto a ti?

—Hmm —murmuró, como si tuviera que pensarlo— Sí, ¡Claro que quiero!

El padre de Steven miraba desde su escondite sintiéndose asqueado. Realmente estaban casándose, realmente su hijo había abandonado su vida de riqueza y lujos para unirse con esa chica.

—Steven Logger, ¿Quieres y aceptas contraer matrimonio con Lorraine Gibson, aquí presente junto a ti?

—Sí, acepto. Acepto a Lorraine Gibson y a Elizabeth Abbott.

Lorraine empezó a reír por la ocurrencia.

—Bien. Pronuncien sus votos.

—Yo, Lorraine, prometo dar lo mejor de mí para llenar de felicidad tus días, tu casa y tu vida.

Prometo compartir mis pensamientos y mis deseos contigo. Siempre te respetaré, te apoyaré, y te ayudaré a que no caigas, y si caemos nos levantaremos juntos. Mis ojos nunca mirarán a otro hombre que no seas tú, y te amaré solo a ti por el resto de mis días —hizo una pausa y todos creyeron que había terminado cuando empezó a hablar de nuevo— Quizás no es original, pero no puedo poner lo que siento en unas cuantas palabras cuando lo todo lo que quiero es darte mi vida y que la tomes sin medidas. —Steven alzó una mano y acarició su mejilla.

—Yo, Steven Logger, prometo amarte como nadie y ser el mejor cada día. Quiero ser lo que mereces y llenar de felicidad tu vida como tú llenas la mía. Prometo estar siempre a tu lado y que seré todo lo que quieras que sea, menos un protagonista gay —murmuró esto otro, haciéndola reír por la ocurrencia—. Mis votos tampoco son muy originales, en otras circunstancias otro los habría escrito por mí, pero creo que no son estas las palabras que cuentan sino las de cada de nuestra vida. Quiero que tú seas lo último que vean mis ojos antes de ir a dormir y que lo primero que vea por la mañana. Quiero pasar el resto de mi vida contigo y el resto de palabras sobran. Te amo por encima de todo y ... Señor juez, ¿Podemos acabar de una vez? Quiero terminar ya y que esta preciosidad sea oficialmente mi mujer ...

Todos rieron por la petición de Steven, todos salvo el señor Logger, que seguía escondido entre los matorrales, sintiéndose avergonzado de su propio hijo.

El juez le hizo caso. Ofreció los anillos, los impresos para que los firmasen, y poco después se

marchó.

Los hermanos de Lorraine habían preparado fuegos artificiales y, tan pronto como el juez se marchó, los chicos empezaron a lanzar cohetes mientras las chicas les rodeaban con velas en las manos.

—Te quiero —dijeron al unísono antes de besarse.

Los Gibson decidieron dejarles solos para que se besasen.

Estaban sentados en la arena, uno al lado del otro, rodeándose con los brazos cuando una estrella fugaz cruzó el cielo. Ésta vez fue Steven quien quiso pedir un deseo.

—Pensaba que no creía en esas cosas, señor Logger.

—Tampoco creía que pudiera ser feliz, y en este momento todo en mi vida es perfecto gracias a usted, señora Logger.

—¿Y qué deseo vas a pedir?

—Que nos dure la felicidad para siempre.

Lorraine llevaba horas muerta de ganas de confesar que estaba embarazada. Había planeado durante todo el día cómo y cuándo decírselo: lo haría cuando estuvieran en la cama, cuando, como era de esperarse, hicieran el amor en su primera noche de casados, pero ya no aguantaba más. Colocó las manos en sus hombros y le obligó a recostarse sobre la arena para ponerse sobre él. Steven sonrió y la abrazó.

—Llevo ... Steve, llevo todo el día deseando decirte algo ... —el brillo de alguna de las velas que aún había encendidas hacía que sus ojos tuvieran una iluminación distinta.

—¿Y qué es?

—Vamos a ser papás. Estoy embarazada.

Los dos se quedaron en silencio, mirándose. Steven rodó sobre la arena, quedando encima de ella.

—¿En serio? Lorraine, ¿es en serio? —Su voz estaba llena de emoción.

Casi no podía creer lo que oía, pero cuando ella asintió con la cabeza se levantó casi de un salto poniéndola en pie. La abrazó fuerte, y la levantó del suelo para girar con ella. Corrió por la arena como un loco mientras Lorraine reía y volvía solo para besarla y volver a correr.

—¿Lo sabe tu familia? —preguntó. En su voz se notaba el deseo por contárselo a todo el mundo.

—Solo las chicas ...

El recién casado no lo pensó, cogió a su mujer en volantas y corrió hasta la casa, tenían que saberlo todos, debían saber que en no mucho tiempo habría otro cumpleaños que celebrar.

El amor prometía recompensar a Steven por ese pasado frío y sin felicidad. Quizás no tendría la succulenta herencia que había rechazado, pero ningún dinero podría pagar lo que tenía ahora.